

ORTO

218/1



ALEMANIA

ITALIA

SEPTBRE

1 pta

Ayuntamiento de Madrid

LIBERTINAJE Y PROSTITUCION

GRANDES PROSTITUTAS Y FAMOSOS LIBERTINOS

Por E. ARMAND
DOCUMENTOS PARA UNA INTERPRETACION
SEXUALISTA DE LA HISTORIA
Precio, 10 pesetas

Una de las primeras interpretaciones acerca de la influencia del hecho sexual sobre la vida política y social del hombre. Esta formidable obra, de unas 500 páginas, formato 15 por 21 centímetros, va profusamente ilustrada con numerosos grabados del INSTITUTO DE INVESTIGACION SEXUAL DE VIENA

HE AQUÍ EL INTERESANTÍSIMO Y COMPLETO SUMARIO:

PRIMERA PARTE: LA PREHISTORIA

Paraíso terrenal y edénismo. Los vasos etruscos. Ninfas, faunos, silvanos y sátiros. La leyenda de Hércules. ¿Son los sátiros los antropoides antepasados del hombre? La primera prostituta. El erotismo de los primitivos y sus consecuencias. La prostitución hospitalaria.

SEGUNDA PARTE: EL ORIENTE ANTIGUO

Parsifae. La prostitución sagrada. La leyenda del Minotauro. Las hijas de Lot: El levita de Efraín. Judá y Tamar: Onán. El rigorismo mosaico. El *Cantar de los cantares*: La Sulamita. Rahab, Dalila, Judit. Las costumbres del Asia anterior. Isis y Osiris: Ródope.

TERCERA PARTE: EL MUNDO GRIEGO

Demetrio y Lamia. Alcibiades. Safo. Megalostrata: Las cartas de Alcifrón. Aspasia. Leonción: Epicuro: Danae. Lais. Friné de Tespiés. Tais y Glicería. Generalidades sobre las costumbres de los tiempos primitivos y de la antigua Grecia

CUARTA PARTE: ROMA

Acca Larentia: Fundación de Roma. El rapto de las Sabinas. Flora: Las Floralias. Generalidades sobre la prostitución entre los romanos. El culto a Priapo. Mesalina. Cómo se practicaba en Roma el libertinaje. La calle, los baños, los festines. Los grandes poetas romanos: El «Satiricón». Julio César, el superhombre latino. Cleopatra y Marco Antonio: Una vida inimitable. Octavio Augusto: Las dos Julias. Tiberio: La isla de Caprea. Calígula y Claudio: El lupanar imperial. Nerón y Esfóro: ¿Leyenda o historia? Galba: Apogeo de la pederastia. De Otón a Tito. Domiciano. Adriano y Antinoo. Cómodo. Heliogábalo: El mitracismo sobre el trono.

QUINTA PARTE: LA ERA CRISTIANA

Las grandes divisiones de la Historia. La Magdalena y los orígenes de Jesús. Marta y Magdalena. Jesús, divinidad solar. Arrepentidos y arrepentidas entre los primeros cristianos. Costumbres de los cristianos primitivos. Los ágapes de los primeros cristianos y los agapistas. La orgía bizantina: Teodora.

SEXTA PARTE: LA EDAD MEDIA

Las costumbres medievales: Carlomagno. España en la Edad Media. La Torre de Nesle. La Corte de los Milagros. Los ejércitos y la prostitución. Ocultismo erótico: El sábado. Incubos, súcubos, filtros de amor. El enigma de Gil de Rais. La Gran Ramera. La papija Juana. Las cortes de amor. Las sectas eróticas. El erotismo católico. El pecado original, la condenación católica de las manifestaciones de amor y la práctica de los grandes dignatarios de la Iglesia. Tanchelín. Los «klœffers»: Historia del pequeño «Josquín». Los Hombres del Saber. Los Templarios. Las sectas eróticas de

los musulmanes. Cómo se refrenaba la lujuria en la Edad Media.

SÉPTIMA PARTE: EL RENACIMIENTO

El Renacimiento: La hermosa Imperia. Los Borgia. La corte de los Valois. Enrique VIII, el Barba Azul coronado. La Casa de Austria. La prostitución en los países de lengua alemana. Los anabaptistas. Juan de Leyden, dictador en Munster. Los Eloístas o *Libertinos de Amberes*. Solimán el Magnífico: La poligamia coránica. Don Juan. La sífilis, el mal de los ardientes.

OCTAVA PARTE: LOS TIEMPOS MODERNOS

Los muchachos y los cinturones de castidad. Los ligeros, sus procesiones y el diablo en el convento. El Verde Galante. Luisa Labe, Marión Delorme, Ninón de Lenclos. Las posesiones: Gaufridy, Urbano Grandier, La Sodoma de Louviers. El sexo del diablo. Luisa de la Vallière, la Montespán y la Maintenón. El tráfico de venenos. Las misas negras en el tiempo del Gran Rey. Las amantes de Molière. La Gran Made-moiselle y Lauzun, el don Juan del Gran Siglo: La Regencia: Los Roués. Luis, el muy amado. El Parque de los Ciervos. El pecado filosófico. La secta de los Skoptsy o Scopits. El amor en el siglo XVIII.

NOVENA PARTE: LA ÉPOCA DE LOS ENCICLOPEDISTAS.

DE SADE, RETIF DE LA BRETONNE Y SUS TIEMPOS Catalina II, la Semíramis del Norte. De Sade y el sadismo. La obra y la filosofía de De Sade. El sadismo y sus raíces. ¿Qué es el sadismo? El sadismo sin De Sade. El caballero d'Eon. La logia *La amistad amorosa*. Los afrodisiacos y los cosméticos en el siglo XVIII. Las virginidades simuladas. Los antivenéreos. La literatura erótica en el siglo XVIII. Retif de la Bretonne. El acontecimiento del Collar. Los aventureros de la Corte de Versalles. Casanova, *homo eroticus*. La Revolución: Theroigne de Mericourt.

DÉCIMA PARTE: DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN. EL MUNDO CAMINA HACIA UNA ÉTICA SEXUAL NUEVA

Proyecto de reglamento para una casa de prostitución bajo el Directorio. Desde Nápoles hasta fines del segundo Imperio francés. De la señora de Krudener a Rasputín. El Extremo Oriente. Las revelaciones de la *Pall Mall Gazette*. Las casas de citas. La prostitución y la libertad sexual entre los civilizados y los primitivos. Policía de las buenas costumbres y abolicionismo. Las anomalías sexuales. El autoerotismo; el símbolo sexual. La ambisexualidad. El masoquismo. El freudismo. El spiesismo. La represión y el Instituto de las Ciencias sexuales de Berlín. Los mormones. El *decreto de la Unión Anarquista* de Saratof (?). El malestar sexual y sus consecuencias. Reacción contra los celos y las muertes pasionales. El amor y la cuestión sexual entre los Utopistas. Las realizaciones sexuales. Pornografía o educación sexual. Conclusión.

De entre todas las opiniones de los grandes escritores sobre la gran obra de Armand, destacamos las de los tres autores más caracterizados. HAN RYNER, el conocido escritor, ha dicho: «Libertinaje y prostitución es, hasta la fecha, lo mejor que se ha escrito sobre este tema.» CAMILLE SPIESS, el célebre ensayista especialista: «Este libro es, a todas luces, de lo más instructivo sobre la materia.» El doctor L. ESTEVE califica el libro Libertinaje y prostitución, «un magnífico manual de erotología».

Ayuntamiento de Madrid

Oro

REVISTA DE DOCUMENTACION SOCIAL

Dirige: **MARÍN CIVERA**

Gráficos: **JOSE RENAU**

Año II Núm. 16

Valencia, 17 de febrero de 1933

Llamamiento

Por un "frente único" contra el fascismo internacional

EN el momento actual del mundo, ni el capitalismo ni la burguesía son los temibles enemigos directos del proletariado universal.

La burguesía está llegando —si es que virtualmente no ha llegado ya— al término de su mandato.

La crisis del Estado —como no ha mucho escribía Robert Lonson— es en realidad una crisis de clase, cuya significación no es otra que la de un lapso de desorientación —de inorientación, más bien— a consecuencia de que la burguesía ha dejado de gobernar de hecho, y el proletariado no ha comenzado a gobernar de derecho.

Burguesía y capitalismo han perdido el control del mecanismo económico, cuyas directrices se resisten ambos a abandonar, no porque se consideren aún capaces para la gestión, sino porque no se resignan a renunciar a los beneficios que han venido percibiendo por ella.

Buena prueba de todo esto es el hecho registrado recientemente en Francia, donde el ministro de Hacienda se ha visto precisado a solicitar de los Sindicatos de funcionarios y antiguos combatientes, consejos y orientaciones relativos a los pro-

yectos financieros concernientes a dichas organizaciones, en vez de acudir en busca de asesoramiento tales a la Cámara de los diputados, «suprema instancia del Estado» y «único representante autorizado de la nación».

¿Quién es el más poderoso enemigo «directo» del proletariado?

Prescrita la burguesía, debilitado hasta la extenuación el gran capitalismo, una y otro han buscado la fórmula de eludir la responsabilidad por gestión directa en la dirección de los pueblos, sin perder las prerrogativas materiales ni el usufructo de los beneficios económicos. Esta fórmula, buscada con ahínco de naufrago, ha sido hallada al fin; esta fórmula es el fascismo. El fascismo internacional es el auténtico y formidable enemigo, directo y único, del proletariado mundial.

A enemigo único, frente único. Tal debe ser la consigna de los productores organizados.

Por eso nosotros sumamos hoy nuestra voz a las voces que tan insistente e ininte-

rrumpidamente vienen sonando en pro de una coordinación eficaz y decisiva de las fuerzas proletarias de todos los países.

Evidentemente, esta coordinación de fuerzas, esta concentración de energía y combinación de su acción y efectos, han de tener una finalidad constructiva; pero, evidentemente también, para llegar a esa finalidad hemos de pasar por un medio demoledor, destructivo. El gran edificio de la futura sociedad sindicalista y cooperativizada, requiere un espacio —un solar— donde erigirse. Este espacio, este terreno, hallábase ocupado por el arcaico caserón feudal, revocado por las ya desvirtuadas concepciones liberal y democrática.

Si el frente único obrero hubiera sido una realidad antes de ahora; si las divisiones internas de las organizaciones de trabajadores no hubieran hecho preciso mirar hacia el seno de sí mismas, sino hacia el exterior, donde la gran ofensiva de las fuerzas seculares reaccionarias se preparaba, la acción conjunta de las izquierdas apolíticas habría fácilmente deruido el viejo edificio. Desgraciadamente no ha sido así, y aquellas fuerzas, aprovechando los efectos del aforismo «Divide y vencerás», se han lanzado a la tarea que era de nuestra incumbencia (aunque su móvil fuera antitético a nuestro móvil). Y he ahí el porqué de su victoria.

A nosotros toca ahora reparar el daño que hemos hecho a la causa de la evolución histórica. Así como el fascismo internacional, barriendo esas concepciones de liberalismo y democracia, ha comenzado a edificar su propio cuartel, así nosotros hemos de lanzarnos a la destrucción de su obra, de la que evidentemente daremos cuenta mejor hoy que cuando sea consumada, fortificada y puesta en condiciones de inexpugnabilidad.

Circunstancias que hacen más fuerte y temible al enemigo común

Sabemos quién es el enemigo; sabemos dónde está, pero para batirlo mejor, será preciso que lo conozcamos a fondo, que sepamos de su táctica y de su armamento.

Tratemos, pues, de estudiarlo, de analizarlo serenamente, con imparcialidad, que nos permitirá después ir contra él: ni con el pesimismo —que descorazona— de

creerle invencible, ni con un optimismo —suicida— de considerarle inferior.

No es lícito dudar del prodigioso avance del fascismo en Europa. Italia, Hungría, Polonia, Yugoslavia, Alemania están en sus manos. En Suiza, el Consejo de Estado de Ginebra ha declarado la ofensiva a socialistas, sindicalistas y comunistas, y actúa en su contra como actuaría un Pilsudski o un Mussolini. En Francia, aún no hay más que preparativos; pero no hemos de engañarnos respecto del sentido de ciertas manifestaciones de campesinos, contribuyentes y antiguos combatientes, maquinadas en circunstancias que conocemos bien, por elementos también harto conocidos por nosotros, y mediante cuyas manifestaciones se hacen invocaciones a la dictadura en contra del Parlamento y en beneficio de la burguesía.

En cuanto a España, a pesar de la experiencia primorriverista (que no fué otra cosa que un ensayo fascista, con sus milicias —somatén—, su partido estatal —U. P.—, su Gran Consejo —Asamblea Consultiva—, etc., etc.), a pesar de aquella experiencia, de lamentable recuerdo, hemos asistido a acontecimientos de significación fascista, y a nadie se oculta que los fracasos de la socialdemocracia gobernante que no ha sabido dar satisfacción a ninguna de las aspiraciones de ningún estamento nacional, han creado un estado de opinión favorable hacia los llamados sistemas de fuerza.

Así, pues, no exageramos al señalar este avance del fascismo en Europa; pero hemos de añadir que representa tanto mayor peligro, cuanto que el fascismo —como antes hemos dado a entender— no es una simple reacción, sino que es un régimen nuevo construido sobre la línea de la evolución histórica, aunque produciendo una desviación. Por eso dijimos que las fuerzas seculares habían usurpado nuestra misión y, aunque con móviles esencialmente opuestos, se habían lanzado a la realización de la obra de nuestra incumbencia.

Y he aquí la razón de que el favor popular se haya orientado hacia el fascismo; porque éste no ha venido a restaurar los desacreditados regímenes liberal y democrático, sino que ha venido como enterrador del Estado en su pasada concepción y como creador de un Estado moderno, digamos de un Estado sindical.

Otra de las circunstancias que hacen del

fascismo un enemigo formidable es la táctica hábilmente empleada por la burguesía y el capitalismo a la hora de apoyarse en él, de tomarlo como intermediario, para seguir gobernando entre bastidores, ya que les era imposible actuar, descaradamente, sobre el escenario.

Esta táctica ha consistido en utilizar al proletariado mismo como base de la ofensiva antiproletaria. Mussolini, Hitler, Pilsudski, son hombres procedentes del proletariado o del socialismo. El estado corporativo italiano nació de la ocupación de las fábricas por los trabajadores. La obra de Marx ha sido quemada en Alemania en nombre del socialismo, siquiera de un socialismo nacionalista

¿De dónde ha de partir la reacción antifascista?

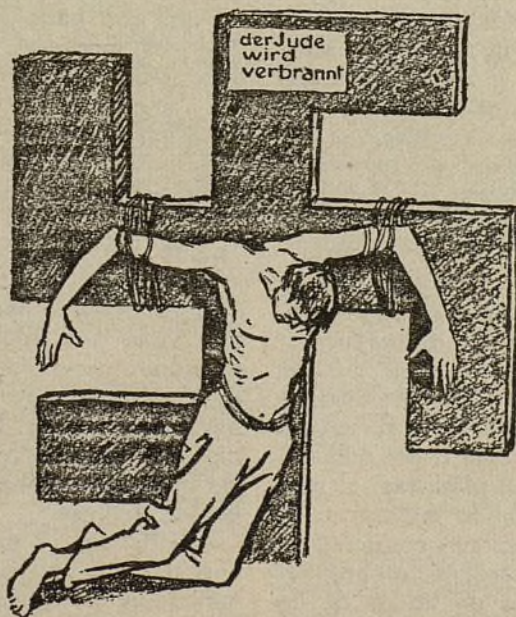
Conocida la naturaleza del enemigo a combatir, réstanos ahora organizar la ofensiva. No puede ser esto cuestión de un simple llamamiento como el presente. Pero sí podemos señalar un detalle —el primero— de esta organización, o sea, el punto de partida.

Evidentemente, no hemos de esperar que sea la Alemania que vive bajo la represión, en el punto álgido de ésta, ni la Italia, en que el fascismo no ha llegado

aún al declive de su curva biológica, de donde parta la ofensiva contra el fascismo internacional. Ha de ser lógicamente de una de las pocas naciones no fascistizadas de Europa. Entre ellas se encuentra España.

El proletariado español está, pues, tan obligado, al menos, como el proletariado francés, a tomar la iniciativa. Si los países en donde las organizaciones de productores acaban de sucumbir, tienen éstas una responsabilidad histórica contraída, sobre nosotros pesa la inminencia de contraerla, en el caso en que permaneciéramos con los brazos cruzados ante la realidad de los hechos y la incontrovertibilidad del peligro.

Pero lo que nos corresponde como iniciativa no es sólo deber nuestro como operación; es deber también de las organizaciones proletarias de todos los países; precisamente, el aislamiento en la acción ha sido la tónica de todos los fracasos del obrerismo internacional. De aquí la necesidad siempre sentida —aún cuando los enemigos eran varios— de un frente único de combate; pero más sentida y más lógicamente obligada hoy, cuando el enemigo es único, pero único, porque resume en sí a todos los enemigos del pasado y, por tanto, equivalente en fuerza y número a todos ellos reunidos.



Los Bancos Cooperativos

Los Bancos Cooperativos en el mundo

EN todos aquellos países en que el sistema de Cooperativas de consumo ha alcanzado algún desarrollo, se ha dejado sentir bien pronto la necesidad de contar con un organismo bancario capaz de financiar y sostener los almacenes al por mayor y las organizaciones regionales y locales, y de proveerlas de capital y crédito.

Unas veces, como en la Gran Bretaña y en Alemania, los almacenes al por mayor se han limitado a crear en su seno un servicio de Banca; otras veces se ha considerado preferible constituir Bancos independientes, más susceptibles, por su misma independencia, de adaptarse sin dificultad ni riesgo a las necesidades de la cooperación. Así, por ejemplo, se fundó en Francia la Banque des Cooperatives de France, de París; en España, la Banca Cooperativa del Norte de España, de Bilbao; en la U. R. S. S., la Banca Panrusa de la Cooperación (Vskobank, de Moscú, la Banca Ucraniana de la Cooperación (Ukrainbank), de Kharkov.

En todas partes, los Bancos Cooperativos se desenvuelven, prosperan y prestan al movimiento cooperatista el servicio que hay derecho a esperar de ellos. La crisis económica mundial, lejos de eclipsar su esplendor, ha demostrado, por el contrario, a los escépticos y a los indiferentes, cuánta es la solidez de los puntales de los Bancos Cooperativos. Las liquidaciones de sus tesorías han resultado siempre satisfactorias. Lejos, en efecto, de disminuir los depósitos, han aumentado constantemente de una manera ostensible, porque los ahorradores, experimentados, por lo demás, ante los escandalosos *cracs* financieros, han confiado el resto de sus economías a los Bancos Cooperativos, que les parecían ya los únicos establecimientos serios y estables. Con ello, estos Bancos se han beneficiado de la ruina o del debilitamiento de los Bancos capitalistas, al mismo tiempo que han podido intensificar su concurso a las organizaciones cooperativas y participar grandemente con importantes sumas en las emisiones de títulos de las Sociedades Cooperativas, títulos que son

considerados por sus clientes como valores en cartera.

Los Bancos Cooperativos, pues, representan actualmente, en la economía de los países europeos, un papel tan importante que no es lícito pasarlo en silencio. Indudablemente que estos Bancos —a excepción de los de la U. R. S. S.— no tienen todavía una talla que les permita contrarrestar la influencia de los Bancos capitalistas o suplantarlos. Pero si las circunstancias continúan siéndoles favorables, es decir, si la prolongación de la crisis reduce aún más el número de Bancos privados y si los consumidores se dan mayor cuenta del interés de la cooperación, de que les es necesario a ellos mismos luchar contra el comercio privado mayorista y de detall, es indudable que los Bancos Cooperativos representarán en un porvenir cercano un papel de primer orden y se verán en situación de tomar posiciones en la solución de los problemas económicos actualmente planteados en el mundo.

Su misión.-Su actividad

En tanto que ciertas Cooperativas de consumo, contando con una extensa área de acción y una numerosa clientela asegurada, disponen de capitales importantes que con harta frecuencia permanecen inactivos, hay otras, recientemente creadas o en proa a la competencia encarnizada del comercio al detall y a la hostilidad de los Municipios y de las organizaciones reaccionarias, que sufren, vegetan o mueren, faltas del capital imprescindible.

Para evitar, en lo posible, estos casos, el Comité Bancaire Cooperatif International indica la conveniencia de que cada Asociación cooperativa nacional trate de concentrar todas sus operaciones monetarias y de crédito en un solo Banco Cooperativo o en el departamento bancario de su Sociedad al por mayor. Las instituciones nacionales tienen, en efecto, interés en arbitrar los medios de poder realizar las operaciones de defensa.

Los Bancos Cooperativos, por medio de descubiertos en cuenta corriente, préstamos sobre mercancías, descuentos de tratos, etc., proveen a los establecimientos

cooperativos de los medios de procurarse el utillaje necesario, de abastecerse, de luchar, en una palabra, victoriosamente, contra el comercio privado; les aseguran no sólo los fondos iniciales de instalación, sino también todos los medios de tesorería necesarios, aun a grandes empresas deseadas de adaptarse a las necesidades económicas de los consumidores y productores asociados.

Estos fondos que los Bancos Cooperativos pueden arriesgar a plazo más o menos largo, los reciben de los militantes cooperadores que deseen colaborar con sus economías a la realización de su ideal, o bien de los organismos cooperativos que tengan disponibilidades; así, las sumas procedentes de la cooperación quedan en la cooperación misma y sirven a su triunfo. Y esto es lo que explica el que, aunque su capital social sea en general muy reducido, los Bancos Cooperativos tengan un movimiento de negocios considerable.

El informe presentado en 1930 por el Comité Bancaire Cooperatif International indica, particularmente, que los Bancos cooperativos han recogido 684.250.873 dólares. Si se comparan estas cifras con las de 1927, es fácil comprobar el considerable progreso obtenido, pues en esta fecha los Bancos Cooperativos sólo disponían de 549.817.659 dólares.

Las sumas utilizadas en descubiertos o en descuentos ascienden a 648.644.695 dólares.

Si entre estos Bancos no tomamos más que los que especialmente sostienen la cooperación de consumo, observaremos que su importancia es grande y que su desarrollo ha sido continuo. En efecto: en 1927 habían recogido, por depósitos, 267.685.000 dólares; en 1929, los mismos Bancos, por el mismo concepto, recibieron 396.567.000 dólares, o sea, un aumento de casi el 50 por 100. Invirtieron en 1927, 213.081.000; luego, en 1929, tenían en cartera comercial y deudores, 319.079.000 dólares.

Hay que hacer mención especial de la Gran Bretaña, que conserva siempre alrededor de la mitad de estos depósitos, y cuyo aumento ha estado de acuerdo con el ritmo general. La Gran Bretaña poseía de economías, en 1927, 136 millones, y ha recogido 208 millones, en 1929.

Si se valora en un total igual, por lo menos, la suma de depósitos recogidos en las

Sociedades Cooperativas que no figuran en la estadística nacional, no es exagerado decir que el movimiento cooperativo de consumo en Europa ha enjugado de 700 a 800 millones de dólares de ahorro cooperativo.

La Banca Cooperativa Internacional

En el Congreso de la Internacional Cooperativa se adoptó un proyecto de constitución de una Banca Cooperativa Internacional, presentado por la Fédération Nationale des Cooperatives de France.

Imponíase la creación de esta Banca Cooperativa Internacional, para regularizar los cursos nacionales de producción, para obtener en el interior del movimiento cooperatista cambios internacionales más fáciles. Y, hasta ahora, solamente han impedido que el proyecto se realizara en su totalidad dificultades materiales de diversos órdenes.

La Banca Cooperativa Internacional no tendría, desde luego, como finalidad última el sustituir a los organismos bancarios internacionales, sino que, por el contrario, coordinaría y fomentaría sus relaciones internacionales de manera que les fuese permitido efectuar ciertas operaciones que dichos organismos nacionales no podrían intentar aisladamente, sino en muy pequeña escala y con graves riesgos.

Aquella podría negociar los cambios, utilizar las plusvalías de los capitales enjugados por los Bancos Cooperativos afiliados, compensar los cambios internacionales entre sí y, de este modo, reducir al mínimum la compraventa de divisas, negociar empréstitos a muy largos plazos, correspondientes a inmovilizaciones importantes, conceder a las organizaciones nacionales descubiertos garantizados por *stocks* permanentes o temporales, etc., etc.

Las tareas que podría desempeñar esta Banca Cooperativa Internacional serían tantas y tan importantes que a nadie es lícito dudar de que, pese a los obstáculos con que tropieza su constitución, no está lejano el día en que sea una hermosa realidad.

Porvenir de los Bancos Cooperativos

La experiencia de la Revolución rusa ha demostrado definitivamente la solidez y la flexibilidad del aparato cooperativo. Han

sido los grupos cooperativos de consumo los que en la Rusia soviética, sitiada por todas partes por el invasor extranjero y minada en el interior por los blancos, han hecho posible que el proletariado en lucha tuviera medios de abastecimiento. En todas partes en que había Cooperativas, en todas partes donde se fundaban, la población, libertada del yugo de mercaderes y ventajistas, pudo satisfacer sus primeras necesidades de alimentación y vestido. La importancia del papel que habrán de desempeñar las Cooperativas en una revolución futura es imposible de imaginar actualmente.

Ahora bien; la organización cooperativa necesita, para sostenerse, servicios financieros. El porvenir de los Bancos Cooperativos está, pues, íntimamente ligado al del mismo movimiento cooperatista, y a la inversa.

A medida que las masas se vayan dando más perfecta cuenta de su fuerza y se lancen conscientemente al asalto de la economía capitalista, de la economía de beneficio; a medida que se organicen ellas tanto y tan bien en el terreno económico como en el terreno social, favorecerán y precipitarán la eclosión, el desenvolvimiento; en una palabra: la Federación de Cooperativas. En el régimen capitalista, las Cooperativas, por la misma razón que los Sindicatos, son al mismo tiempo que los centros de la resistencia proletaria, los cimientos de la organización económica futura.

Por otra parte, en las Cooperativas, como en los Consejos de fábrica (o Comités de fábrica), es únicamente donde los obreros organizados pueden adquirir su educación técnica, familiarizarse con los delicados problemas de la distribución y de la producción, adquirir, en fin, las capacidades necesarias para reemplazar a los actuales dirigentes de la economía.

Esto supuesto, no es imposible concebir una regresión del movimiento cooperatista y, consecuentemente, tampoco podemos imaginarnos un porvenir desfavorable para los Bancos Cooperativos, dada la influencia creciente de las masas organizadas en la vida económica de los Estados europeos.

Ahora bien; ¿quiere decir todo esto que la cooperación y, en el mismo sentido, los Bancos Cooperativos representen para nosotros una meta, esperada sin ánimo de pasarla, o sea, nuestro ideal económico? Ciertamente que no. Porque nosotros

somos anarcosindicalistas, y precisamente porque no concebimos en modo alguno ningún sistema perfecto, fuera del comunismo libertario, es por lo que la cooperación, con su programa limitado y especializado, no puede parecernos esa panacea universal que algunos ven en ella. La cooperación es un medio; más bien, una etapa; pero nunca un fin.

Pierre GANIVET

Lector: ¿qué opina usted de ORTO?

Con este interrogante nos dirigimos a todos cuantos tomen en sus manos nuestra Revista, para solicitar de ellos el apoyo moral de sus orientaciones.

ORTO no es para nosotros, sino para sus lectores. Es, pues, natural que se presente tal y como ellos la quieran.

Evidentemente, esta Revista, obra de humanos al fin, no es perfecta. Pero aspiramos a que lo sea; y lo será cuando cada lector encuentre en sus páginas aquello que sea de su agrado, de su preferencia o de su necesidad. Pero esto no podremos conseguirlo sin el concurso directo de nuestro público. Por eso preguntamos: Lector: ¿qué opina usted de ORTO? ¿Echa usted de menos algo que tratara de una materia determinada? ¿Le parece que nuestros colaboradores enfocan certeramente los actuales problemas del mundo del trabajo? ¿Ha encontrado usted algo que esté en pugna con la ortodoxia sindical que inspira nuestra actuación? ¿Qué encuentra usted de superfluo, qué echa usted de menos en ORTO?

A todas estas preguntas deseamos que nuestros lectores respondan; qué-pales la seguridad de que sus orientaciones nos son necesarias y les serán agradecidas y cumplimentadas en la medida de lo posible.

Así, ORTO será doblemente «su» revista, porque será «para» ellos y será «por» ellos.

No deje usted de escribirnos seguidamente, lector, dándonos la opinión que le merezca ORTO.

Las Sociedades Cooperativas de consumo

(Continuación)

BAJO esta forma definitiva es como la Cooperativa de consumo está destinada a realizar, en el porvenir, el imperio de los consumidores en todas las esferas, en que la clientela podrá imponer su voluntad al productor, hállese éste organizado o no. Y es bajo esta forma también como obtendrá las condiciones más ventajosas para los consumidores en aquellos aspectos en que los productores son poderosos y están lo bastante unidos para crear, en caso necesario, los propios establecimientos de venta; y aun en aquellas otras esferas en que la existencia de un monopolio impide la entrada a los consumidores reunidos. Es bajo esta forma, en fin, como las Sociedades Cooperativas del consumo podrán representar un papel importante en el mundo del porvenir.

II

La Revolución rusa demostró toda la potencia del movimiento cooperatista durante los años de penuria; y en el período crítico de la Guerra mundial, las Cooperativas de consumo desempeñaron, en ambos campos, espontáneamente, un papel de la mayor importancia. Y esto, que la Gran Guerra vió crearse como algo accidental, subsistirá en gran parte y podrá desenvolverse metódicamente en una sociedad socialista o comunista libertaria.

Mas, de todos modos, los neocooperatistas exageran frecuentemente la potencia de los consumidores organizados y establecen a su arbitrio las dificultades que habrá que vencer para llegar a la dominación absoluta de la distribución; como si esto no fuera, en definitiva, una cuestión de tiempo, de experiencia y de propaganda asidua.

También sucede que muchos neocooperatistas no limitan su ambición solamente al dominio del consumo y entienden que

la conquista de la producción íntegra y el sometimiento de la organización de la misma a la voluntad de los consumidores asociados es la tarea a emprender, tarea de cuyo éxito ulterior no tienen la menor duda. Por haber triunfado en una parte de la distribución, creen, con un exceso de optimismo, que ya nada habrá que pueda resistírseles.

Hasta un economista tan experto y prudente como Charles Guide opinaba, en su tiempo, que los cooperatistas, si no han llegado todavía a apoderarse de la producción, van camino de ello; y agregaba que las Cooperativas pueden llegar a ese dominio de la producción con tal de que, como es lógico, se hallen nacional e internacionalmente bien organizadas: «Sería detenerse a la mitad del camino y hacer una labor ineficaz por incompleta, el limitarse a distribuir, de acuerdo con las leyes de la cooperación, unas riquezas que continuarían produciéndose con arreglo a las leyes de la concurrencia.» (Charles Guide, obra citada (I), pág. 254.)

Sin embargo, aun en una sociedad socialista o simplemente comunista libertaria, y aun no estando la producción, en sus ramas principales ni en su mayoría de casos, realizada «con arreglo a las leyes de la concurrencia», no es cierto de ninguna manera que los consumidores asociados puedan superar a los productores organizados. Ante todo, es preciso estudiar las ventajas y desventajas que se presentan a los consumidores en el mismo momento de abordar el problema de la producción. Y, hoy por hoy, se ha de reconocer que la principal —y aun podemos decir la única— ventaja que las Sociedades Cooperativas de consumo ofrecen sobre las empresas rivales, en cuanto a la producción se refiere, es el *coniar con una clientela fija y asegurada*. Confesemos que esta ventaja es muchas veces algo considerable,

(I) Véase el principio de este artículo en nuestro número anterior.

porque el productor que está seguro de colocar las mercancías que produzca puede regular inmediatamente y, por así decirlo, un día por otro, la producción bajo consumo, evitando con ello, en parte al menos, esas alzas y bajas, esas fluctuaciones incalculables de la industria que, con frecuencia, significan la ruina de los establecimientos mejor abastecidos. Pero ésta, ya lo hemos dicho, es, en realidad, la única ventaja considerable.

Cierto que si, en cuanto a multitud de artículos, fuera imposible para una Cooperativa de consumo encontrar suficiente salida en sus propios medios, podría procurarse otros, aunque fuese en el extranjero, mediante la intermediación de almacenes al por mayor; pero esto está muy lejos de ser una ventaja absoluta y definitiva; porque no existe ninguna reglamentación *ad hoc* que pueda obligar a los miembros de una Sociedad a adquirir en los almacenes cooperativos todos los artículos necesarios. Pueden, sí, esos miembros, buscando su interés inmediato, comprar a las Cooperativas los artículos que en ellas se encuentren al precio corriente de la localidad, pero quedarán en libertad de ir a proveerse en otra parte de aquéllos cuyos precios resulten demasiado altos. Y he aquí cómo queda reducida en proporciones considerables esa clientela *asegurada* que aporta la Sociedad Cooperativa de consumo.

La certeza, pues, de encontrar una clientela fija no es más que relativa, y sometida a determinadas condiciones y circunstancias. Los miembros que aceptan cualquier mercancía y no importa a qué precio, son una minoría que no debe contar a nuestros efectos.

En general, hay que admitir que las Sociedades Cooperativas de consumo no pueden ofrecer a sus miembros productos fabricados por ellas mismas o por Cooperativas extranjeras, más que en aquellas ramas en que cuenten con fuerza para afrontar la competencia de los establecimientos de fuera. Si las fábricas y talleres instalados por las Cooperativas de consumo no se hallan en situación de vencer a la concurrencia, su clientela se les escapará de las manos. Esta es, sin duda alguna, la principal razón por que, por ejemplo, Mme. Sydney Webb-Potter, en su libro sobre el movimiento cooperatista en la Gran Bretaña, no se ha limitado a regis-

trar los fracasos sufridos en el orden de la producción por los Sindicatos obreros, sino que registra también los padecidos por las Sociedades Cooperativas de consumo. «Los almacenes del Nord y la Wholesale inglesa —escribe— han tenido que aprender también una lección onerosa, de la que la «especería», esta «vaca lechera» de la Cooperación, está pagando sin duda los gastos. La joven Wholesale escocesa está a punto de llegar a un fin prematuro y ha comprometido gravemente su desarrollo para una decena de años por una pérdida de 10.000 libras esterlinas en los *Scottish Iron Works*. (Beatrice Potter, *The Cooperative Movement in Great Britain*, Londres, 1899, capítulo V, págs. 136-37.)»

Evidentemente, todo depende de la rama de producción a que se aventure la Cooperativa de consumo y de las circunstancias especiales con que se encuentre, así como también, en segundo término, de la capacidad industrial y financiera de sus directores, etc. Así ocurre que lo que en un caso es un magnífico triunfo, en otro caso es un fracaso lamentable.

Lo más frecuente es que la Cooperativa se encuentre de buenas a primeras pisando un terreno que le es extraño, mientras que los productores ya llevan en sí mismos su experiencia. Inclusive llega a darse una evidente oposición entre los intereses de la Cooperativa, como productora, y los intereses de sus miembros, como consumidores; y donde principalmente se presenta esta pugna de intereses es en la diversidad de procedimientos de «popularización» y «falsificación» de los productos, fenómeno que se da lo mismo en la producción que en el comercio (1). En estas circunstancias, la Cooperativa, por su origen, ha de defender los intereses de los consumidores y abandonar los de los productores.

Analicemos ahora otro aspecto de la cuestión. Los millares o miríadas de miembros de una Cooperativa de consumo sólo se reúnen en Asamblea general unas cuantas veces al año. Son, pues, en realidad, una media docena de administradores los que deben entender en todo lo concerniente a la alta dirección de las industrias de que se trate. Y aunque sé cierto que no hay necesidad de tener al frente de una empresa de producción directores «que

(1) Véase en nuestro número anterior el principio de este artículo.

sean del oficio» (Charles Guide, obra citada, página 272), sí será necesario, por lo menos, que se encuentren al corriente del negocio. Pero es inadmisibile el exigir que esas pocas personas que están al frente de una empresa cooperativa de consumo —aunque fuesen genios— estén suficientemente duchas en todas las exigencias de la producción de los mil y un artículos de uso en la vida social moderna y puedan medir sus armas con los empresarios industriales o con los grandes capitalistas o financieros, que han gastado toda una vida en especializarse en una rama determinada de la producción.

En términos generales habremos de reconocer que, tanto en el presente como en el porvenir, la intromisión de las Cooperativas de consumo en los dominios de la producción no tendrá un éxito claro y definitivo más que en cuanto a los artículos corrientes de fácil venta, cuya fabricación no requiera experiencias o capacitación especiales, o no esté demasiado sujeta a las exigencias del arte y de la moda.

En este caso, los servicios de las Cooperativas serán solicitados con frecuencia, por el hecho de que sus productos son artículos de confianza. En tal sentido, señalaremos, al lado de muchas ramas de la alimentación (manteca, especias, pan, etcétera), las Sociedades Cooperativas de construcción (Building Societies) que ya han dado en muchos países notables resultados, especialmente en conexión con el movimiento a favor de las «ciudades-jardín».

Claro que también en esto pueden darse muchas excepciones de la regla general; por ejemplo: el caso en que uno de los administradores de una Cooperativa de consumo fuese por casualidad particularmente idóneo para la alta dirección de un establecimiento de una industria especial. Pero, por capaz que sea un almacén al por mayor de montar, v. gr., una fábrica de aceros moderna, con carbónaje, altos hornos, etc., aún faltará saber si hay lugar para una nueva empresa de esta naturaleza, y si los capitalistas coaligados en la industria del hierro y del acero aceptarán sin lucha al nuevo competidor en vez de apresurarse a arruinarlo con sus tarifas antes de que haya llegado a situación de poder medirse con ellos en la producción de hierro batido, raíles de acero, locomotoras, etc.; por

que si bien puede ser verdad que haya dolido a Pierpont Morgan el enfrentarse con la Cooperative Wholesale Society, como diera a entender en cierta ocasión el Secretario general de la Federación Nacional de Cooperativas francesas de consumo (A. Daudé Bancel: *Le protectionisme et l'avenir économique de France*, pág. 54), con mucha más razón se arrepentiría un almacén al por mayor inglés de haberse puesto en lucha con el Steel Trust americano y hasta con los Maestros de Forja ingleses, por poco desarrollada que esté todavía la organización nacional de estos últimos.

Constatemos una vez más que en este respecto los productores tienen, de manera absoluta, la ventaja sobre los consumidores, y ello, no solamente porque los primeros están ya establecidos, sino también porque pueden atender fácilmente a los puntos de consumo en todas las direcciones, mientras que los consumidores, diseminados en diferentes localidades —considérense los países muy alejados entre sí—, no podrán, sino muy difícilmente, entenderse con la producción.

La vida práctica demuestra que los principios generales que acabamos de desarrollar son exactos.

Efectivamente, apenas queda una rama de producción en que las Cooperativas de consumo hayan tenido casi en todas partes un éxito indiscutible: la fabricación del pan. Pero aquí se trata de un alimento de uso diario y cuya fabricación es tan sencilla, tan rutinaria, que no ofrece sino un aspecto de extensión de la producción doméstica, cuyos conocimientos se pierden en la noche de los tiempos. El productor, en esta industria, sabe casi con certeza lo que consumirá su clientela día por día, lo mismo que sabe de antemano el precio de la materia prima en almacén, el trigo.

Sin embargo, apenas se pasa de la panadería a la repostería, en que la mano del oficial puede tener una influencia decisiva en la calidad del producto, ya deja la Cooperativa de Consumo, lo mismo en los grandes centros que en las pequeñas localidades, de estar cierta de satisfacer por completo a su clientela.

No ignoramos que hay casos que parecen desmentir esta verdad. Los almacenes al por mayor de Manchester y de Glasgow —por citar los ejemplos más en boga— poseen fábricas de chocolate, de bizco-

chos, de confituras y similares; tienen molinos de harina; fábricas de jabón y productos varios, como especias, droguela etcétera; una imprenta; manufacturas de tabacos, de calzado, de colchonería y mobiliario. Cuentan con plantaciones cooperativas de té en la isla de Ceilán, y una refinería de aceites en Sidney. Pero examinemos de cerca la lista de fábricas y talleres explotados por estos dos mamuts de la Cooperación, de los que —dicho sea de paso— los mismos cooperatistas ya comienzan a sentir el temor de que puedan abusar de su potencia hasta «transformar la Cooperación en una máquina centralizada y burocrática» (Charles Guide, obra citada, pág. 174), y veremos que, aparte de las fábricas de jabones, las imprentas, las manufacturas de tabaco, las fábricas de calzado, colchonería y muebles (todas ellas, pequeñas industrias de transformación); las empresas de producción explotadas por estos dos almacenes al por mayor, se relacionan particularmente con la alimentación (1).

De las industrias predominantes en la vida social (las del hierro y del acero, de la hulla, del petróleo, del vidrio, del papel; la industria textil; las grandes industrias eléctricas y químicas; las del transporte por raíl y por mar, etc.), ninguna se encuentra representada de manera siquiera relativamente importante entre los establecimientos de las Cooperativas de consumo inglesas ni escocesas (2).

Por otra parte, en muchas de las pequeñas y medianas industrias, de que las Cooperativas inglesas poseen empresas, la producción de éstas es como una gota de agua en el océano de la producción nacional o mundial. Y, sin embargo, precisamente con la producción nacional o mundial es con la que hay que comparar en muchas secciones las cifras de los negocios de las Cooperativas, porque sus chocola-

tes, sus bizcochos, confituras y mermeladas; sus tés de Ceilán y sus aceites de Sidney, etc., encuentran salida no solamente en Inglaterra, sino también entre las Cooperativas de otros países.

En resumen: Es natural que los consumidores organizados no se contenten con eliminar, por la cooperación local, los beneficios del pequeño comerciante detallista y, por la Federación de compra, los de los comerciantes mayoristas o semimayoristas; pero cuando llegan a querer apoderarse del mismo modo, en vista de sus primeras conquistas, de los beneficios del fabricante y del expedidor, las dificultades que encuentran ante la producción y el transporte son eminentemente serias y distintas —por razones técnicas— de las que puedan encontrar en el terreno puramente comercial.

Cuanto más se alejen las Sociedades Cooperativas de las esferas de la producción que se relacionan de cerca con el consumo, más tratarán de adentrarse en la producción de primeras materias y materias secundarias y de productos de transformación, sin servir al consumo directo de sus miembros, y más incapacitados se hallarán para competir con los productores organizados.

Aun cuando, en el porvenir, la lucha de concurrencia capitalista llegase a desaparecer completamente, no incumbiría a los consumidores, sino, lógicamente, a los productores, la organización técnica de la producción.

Y hasta en una sociedad socialista o comunista libertaria, conviene, es necesario, que los consumidores se entiendan con los productores inmediatos, mejor que pretender, contra todas las dificultades técnicas, el dominio directo de la producción.

Christian CORNELISSEN

París.

(1) Véase la distinción de los artículos de alimentación que hemos hecho en un escrito precedente, al tratar de las Asociaciones de campesinos, considerados éstos como productores.

(2) La «flotte» de unos cuantos navíos de la Cooperative Wholesale Society, no puede modificar por su existencia este juicio general.

N. de la R.—Con el próximo artículo, que se titula «El porvenir de las empresas nacionales, regionales o comunales», termina nuestro camarada, el gran economista Cornelissen, los interesantes trabajos sobre la evolución de la sociedad moderna, escritos, como todos, exclusivamente para esta Revista.

La Conferencia de Londres (septiembre de 1865) y la cuestión de Polonia

CUANDO Engels escribió a Marx (7 de noviembre de 1864): «Me gustaría conocer el Manifiesto de los trabajadores; debe de ser un verdadero «juego de manos», a juzgar por lo que me escribes sobre estas gentes», Marx le respondió (14 del mismo mes y año): «La cosa no es tan difícil como te figuras, porque estos «trabajadores» han dado siempre que hacer. El único hombre de letras que hay en la sociedad es el inglés (André) Peter Fox, que no sólo es hombre de letras, sino también gran agitador y uno de los del *National Reformer* (órgano de Bradlangh, atea; pero antiholgoakista (1). Te envío adjunta una carta suya muy amable que ha escrito sobre ese Manifiesto inaugural. Mazzini está muy disgustado porque los suyos han prestado sus firmas; pero es preciso poner al mal tiempo buena cara...»

La naciente Asociación vióse obligada a adoptar como órgano de prensa el *Be-chive*, semanario que era de las *Trade Unions*, pero cuya dirección corría a cargo del famoso Georges Potter, hombre aborrecido por todos los de ideas avanzadas. Se trató de adquirir subrepticamente las acciones de este periódico, a fin de conquistar mayoría de votos en su administración —proyecto que Marx comunicó a Engels en carta del 2 de diciembre—; pero no se llegó a ello. En el verano de 1865, un americano llamado Lewis, que preparaba un periódico, con el título de *The Commoner*, se puso al habla con el Consejo de la Internacional, pero tampoco se llegó esta vez a un acuerdo. El órgano de los mineros, *The Miner and Workman's Advocate*, reprodujo en diciembre el Manifiesto inaugural. Los masones de Londres, en número de más de

3.000 se afiliaron a la naciente Asociación (carta de Marx del 10 de diciembre).

Un memorial de felicitación al presidente Lincoln, a propósito de su reelección, cuyo envío fué propuesto por Dick y Howell en la sesión del 22 de noviembre, de cuya redacción se encargó Marx, siendo aprobada el 29 del mismo mes, sirvió hábilmente para aliar a cuantos luchaban contra la trata de negros con los que luchaban contra la explotación de los trabajadores asalariados. «Los obreros europeos saben bien —decía el memorial—, que así como la guerra americana de la Independencia inauguró una nueva era de esplendor para la clase media, así la guerra contra la esclavitud iniciará una era semejante para la clase trabajadora.»

El embajador de los EE. UU. en Londres no recibió a la delegación portadora del memorial, pero reexpidió éste a América y transmitió una respuesta muy cordial, aunque haciendo observar en ella que el Gobierno de su país se abstenía en todas partes de toda propaganda e intervención ilegales. Evidentemente, Lincoln, al acabar con la esclavitud de los negros, no pensaba en inaugurar con ello una revolución social.

Lincoln era asesinado poco después por el antiabolucionista Bootk, y la Internacional elevó al nuevo presidente, Andrew Johnson, otro memorial propuesto el 2 de mayo por Cremer y Lucraft y también redactado por Marx (Londres, 13 de mayo de 1865). En este segundo memorial, que era una reiteración del primero, se decía, entre otras cosas: «No dudéis jamás que, para iniciar la nueva era de la emancipación del trabajo, el pueblo americano ha entregado las responsabilidades de la dirección a dos hombres hijos del trabajo: uno fué Abraham Lincoln; el otro, Andrew Johnson.»

El buen Johnson no pensó ciertamente

(1) Holgoake era librepensador moderado, cooperatista y, durante mucho tiempo, se mostró inclinado al partido liberal.

mucho en tal misión. Su actuación fué generalmente considerada como un «lamentable fracaso», lo que no obsta para que, mucho tiempo después, se haya intentado decir algo en su alabanza.

Peter Fox trató de hacer aprobar el envío de otro comunicado, dirigido éste al Gobierno nacional polaco; pero tal propósito fué duramente combatido, en las sesiones del 13 y del 20 de diciembre y del 3 de enero, por Hermann Juny, Le Lubey y Marx. El debate giró sobre la supuesta actitud favorable de la política francesa, acerca de la independencia de Polonia. Afirmaba Fox ser tal la actitud de Francia, aunque terminó por decir que se refería a la Francia del pasado; Marx le contestó; y, tras un discurso histórico para él (discurso que es de lamentar no se haya impreso), acerca de la proposición de Jung y Le Lubey, el Consejo de la Internacional se pronunció unánimemente en favor de Marx. Este, que ya conocía de antemano el proyecto Fox, por haberlo visto en el Subcomité, habló de él a Engels, en 10 de diciembre, y decía, entre otras cosas: «Fox, como su amigo Beesley (el profesor positivista que presidió la sesión de fundación, el 28 de septiembre) y otros «demócratas», en contradicción con lo que ellos, no sin razón, llaman la «tradición aristócrata inglesa», y continuando la, llamada también así por ellos, «tradición democrática inglesa» de 1791-92, han encontrado en Francia, en la Francia de sus puntos de vista, un «amor» fanático en cuanto se refiere a la *política extranjera*, no sólo bajo Napoleón I, sino hasta bajo «Bonstropa» (nombre dado al tercer Napoleón).»

Marx no se equivocaba respecto del pensamiento íntimo de este Peter Fox. Por algo, cuando el 2 de mayo de 1865 Lessner (alemán) y Bordage (francés) propusieron a Lassasie para miembro del Consejo Central, Fox preguntó si el ciudadano Lassasie había tomado parte en el complot de Orsiri (enero de 1858) a lo que Lessner respondió negativamente. Ahora bien: ¿Qué podría importar a Peter Fox que Lassasie hubiese o no intervenido en el complot de Orsiri?

Yo he conocido, casualmente, al buen viejo Lassasie: era un obrero peluquero de Francia, muy pobre; intensamente consagrado al socialismo integral; hombre serio; pero lo menos partidario posible

de la violencia. Al ver, a raíz del atentado de Orsiri, que, por la «Ley de sospechosos», no estaba muy seguro por inofensivo que fuese, se marchó voluntariamente a Londres, donde aun vivió una cincuenta de años.

A este hombre modesto es a quien se debe la conservación del resto de los escritos impresos de Joseph Déjacque y de Coeurderoy —así como las referencias verbales sobre ambos anarcocomunistas revolucionarios de la época de 1850-1860— y, particularmente, la conservación de algunas ediciones completas del *Libertaire* (New York, 1858-1861).

En cuanto a mí, debo totalmente a Lassasie hallarme familiarizado con estos asuntos, de que comenzó a ilustrarme en el invierno de 1889-90.

Lassasie fué uno de los rarísimos franceses internacionalistas cien por cien que yo he conocido. El fué quien me refirió, hablando de 1870, en qué grado encontró el primer día de la guerra transformados de súbito a todos los proscritos franceses (lo que recuerda las impresiones de Malatesta cuando, en el otoño de 1911, la guerra por Trípoli cambió repentinamente a todos los italianos residentes en Londres —para no citar sus otras impresiones de este género percibidas en Londres en el verano de 1914—).

En resumen, que, aun detestando, como todo el mundo, a Napoleón III, Lassasie no se mezcló realmente en el complot de Orsiri, como Peter Fox supusiera...

En 1864-65, la Internacional íbase desenvolviendo muy lentamente. Se sentía por doquiera la necesidad de hallar el medio de desligar a ciertos individuos y a ciertas colectividades de sus lazos con hombres y grupos políticos de color democrático, reformista o socialista, pero de escuelas especiales, etc.

Estas separaciones eran necesarias a la independencia de los trabajadores; pero, ineludiblemente, habían de originar cierto aislamiento y de debilitar determinadas corrientes de utilidad general. Aun hoy sufrimos, y sufriremos siempre, las consecuencias, unas favorables, deplorables otras, de estas separaciones que han influido en toda la historia de la evolución progresiva de la humanidad.

Era algo necesario, ineluctable, fatal, que trabajadores y burgueses se separaran sobre el terreno social, porque es impres-

cindible, esencial, que, entre humanos, los libertarios se separen de los autoritarios; pero es sensible siempre que los factores capitales del progreso —librepensamiento, liberalismo, humanismo—, que establecen simpatía y solidaridad entre *todos* sus partidarios *sinceros*, se vean faltos de la cooperabilidad por causa de separaciones tales, las que, por otra parte, no han servido más que para crear organizaciones y corrientes de opinión, unas y otras imperfectas, que no han tenido cada una por sí misma la vitalidad necesaria para resistir al resurgimiento de las fuerzas reaccionarias seculares. Así es como, bajo el socialismo, el liberalismo hállase moribundo, mientras que el socialismo, sin libertad, falto de una potencia verdadera, no ejerce una atracción auténtica y considerable. En estas condiciones, el mundo va, allí donde más profundas han sido siempre las divergencias y escisiones, bien hacia la reacción más agudizada, bien hacia un burguesismo de irritante vulgaridad y esterilidad progresiva, o bien hacia un socialismo que, sin libertad, es el *homúnculo* del crisol de los alquimistas, y no el *hombre*.

Solamente en aquellas partes en que se ha comprendido que no era lícito descartar tan desdeñosamente a la libertad en todas sus manifestaciones para ocuparse exclusivamente del lado social, sino que ella debía encontrarse en el socialismo, crecer con él y por él; solamente allí se han dado movimientos favorables, pero que, por ser aislados, han carecido de posibilidades de expansión.

Estas bellas excepciones fueron el producto del último esfuerzo de Proudhon, moribundo: su libro póstumo *De la capacité politique de la classe ouvrière* (*De la capacidad política de la clase obrera*), editado en París en 1865 (1); el producto del esfuerzo de Bakunín, a partir del invierno de 1863-64, en Italia e internacionalmente; el producto del esfuerzo de algunos pensadores militantes, de Bélgica y de Suiza, como César de Pacpe, James Guillaume y otros; el producto, en fin, del esfuerzo de muchos trabajadores *españoles* de antes y después de 1868 y, desde entonces hasta el comunismo libertario de nuestros días, con más continuidad y perseverancia que en ningún otro país.

(1) Proudhon murió el 19 de enero de 1865.

La muerte de Proudhon cortó su temperamento, precisamente cuando el nacimiento de la Internacional le ofrecía una base real para observar y encauzar las tendencias obreras; más aún: su obra inacabada parece ahora representar todas sus ideas, mientras que, en realidad, tanto habría tenido que decir, dadas las nuevas condiciones de la vida política y social de los años 1860-1870.

Marx ha insultado a Proudhon indignamente en una necrología abominable, fechada el 24 de enero de 1865 y publicada en el *Sozialdemokrat*, de los lassallistas, de Berlín. Su carta a Engels del 25 de enero añade el detalle de que «ciertos golpes aplicados a Proudhon» caían sobre las espaldas de otro «y estaban destinados a él». Todos los intérpretes marxistas juntos no sabrían explicarnos estas críticas de Marx y en tal ocasión hechas.

Por entonces, los internacionalistas de París, Jolain y sus camaradas, habían sido tildados de *plomplonistas* (hechura del príncipe Napoleón), calificativo que, como una insinuación vaga, pesaba sobre ellos desde hacía mucho tiempo, a causa de no haber mostrado un republicanismo muy rigorista, para que los dejasen tranquilos en sus organizaciones corporativas al mismo tiempo que en la Internacional.

Y en el Consejo Central hubo una fuerte conmoción, porque Marx había propuesto el 7 de febrero que Leport, republicano a toda prueba, fuese nombrado *defensor literario* de la Internacional en París; se aceptó unánimemente (Leport había exigido esta denominación, según una carta de Marx a Engels, del 10 de febrero); Le Lubey había examinado previamente la situación en París...; y, sobre todo esto, sobrevino lo sorprendente: que Jolain y Fribourg, presentándose súbitamente en Londres en la sesión del 28 de febrero, intrigaron de tal modo, que el 7 de marzo las cosas se habían solucionado en su favor y el nombramiento de Leport quedó anulado. Después de esto, naturalmente, Leport no quiso saber nada de la Internacional; Le Lubey se retiró del Consejo el 4 de abril, para reaparecer en él como delegado de una sección de Londres, en junio; los italianos de la Asociación de Londres dimitieron sus cargos el mismo 4 de abril y fueron reemplazados por otros, y Schweitzer, jefe del grupo de los lassallistas, escribió a Marx que había per-

dido el interés de hacer que esta Asociación ingresara en la Internacional, en vista de que a cada paso que se daba parecía perjudicarse a alguien (carta del 11 de febrero).

En definitiva, que por todas estas cosas, Jolain y los suyos quedaron dueños de la situación en París, y los republicanos se desinteresaron o desconfiaron de la Internacional, muchos de los proscritos socialistas lo mismo y los blanquistas más que todos los otros.

En Londres, Eugenio Dupont, que residía en Inglaterra desde 1862, completamente adicto a Marx, llegó a secretario para Francia y, mientras que, al principio, todo pasaba por las oficinas de París (Jolain, Fribourg, Limousin) ahora había ramificaciones independientes, que se correspondían directamente con Londres, como Lyon, Neufchateau, Caen, etc.

Hasta septiembre de 1865 se habían vendido en París 1.200 carnets de afiliado. La ley sólo permitía reuniones de veinte personas, y refería Fribourg en una reunión del Subcomité celebrada el 25 de septiembre, que hallándose últimamente reunidos más de sesenta, hubieron de estar constantemente vigilando las puertas, ante el temor de ver llegar a la policía, dispuesta a detenerlos; también aludió Fribourg a la dificultad con que se lograba retener a los sesenta, desde las ocho a las diez de la noche.

Puede inferirse de todo esto, sin temor a equivocarse mucho, que las ideas y la propaganda de estos elementos no serían ciertamente muy aventuradas ni audaces. Únicamente de los medios de la conspiración directa y de la juventud escolar, que ya se agitaba notablemente —recuérdese el famoso Congreso Internacional de Estudiantes celebrado en Lieja, en septiembre de 1865—; únicamente de estos medios salieron algunos *corporativos* en París, pero de matiz muy moderado y excesivamente prudente.

Hubo en París un periódico llamado *La Tribune Ouvrière* (del cual sólo aparecieron cinco números, del 4 de junio al 16 de julio de 1865), y entonces fué suprimido; pero se trataba de un semanario extremadamente moderado.

Una Sociedad obrera italiana, de Londres, y tres Sociedades alemanas, de Londres también, habían ingresado en la Internacional; pero no significaba esto gran

cosa, frente a las fuertes organizaciones de los mazzinistas, en Italia, y de los lassallistas, en Alemania. En Bélgica existía la Asociación *Le Peuple*, a base de Sociedades socialistas de pensamiento libre y esfuerzo democrático; de ella salió la Internacional belga, que no tardó en brillar con luz propia; pero en la Conferencia de fin de septiembre, De Paepe dijo que «propiamente hablando, no se había comenzado a actuar sino hacía solamente seis semanas», es decir, en aquel mismo verano.

Quedaron en el Consejo algunos polacos, de Londres; pero no hacían otra cosa que divagar, sin lograr ponerse de acuerdo entre ellos mismos. Tan sólo de Suiza y Génova partieron esfuerzos sólidos debidos a Yohann Philipp Becker, un socialista, ya de cierta edad, procedente del Palatinado alemán, figura de los movimientos republicanos alemanes registrados desde 1830, quien se batió al lado de Garibaldi.

Becker figuraba entonces en la política del cantón de Ginebra, y de estos medios llegaron a la Internacional buen número de elementos, que creyeron conveniente organizar en secciones de oficios y en una gran Sección central a los electores trabajadores de Ginebra, núcleo de mucha importancia, que pesaba en la balanza de las numerosas elecciones ginebrinas y que disponía de la suerte de multitud de hombres de la localidad, ligados al cantón o a la ciudad como funcionarios nombrados por el partido vencedor.

Bakunín trató en 1869 de crear en Ginebra un socialismo real y verdadero con que sustituir a estos grupos de electores; pero la masa de intereses coligados —y coagulados— fué más fuerte que él y lo derrotó.

Y. Ph. Becker, que entonces se decía amigo de Bakunín, fué, antes y después, el nervio de estos *políticos*. Desde luego, nadie pone en duda que Becker se habría batido por una revolución social, lo mismo que se batió con Garibaldi, lo mismo que se batió en 1848-49; pero, mientras tanto, él fué quien organizó las campañas electorales con el mismo ahínco que las secciones de la Internacional.

El 30 de mayo de 1867, escribía Marx a F. A. Sorge (un alemán refugiado en New York, que le era completamente adicto), y le decía, entre otras cosas, que aquella

era la carta número 2.886 que escribía desde 1861 sobre asuntos de organización. En ella le daba consejos tales como fundar la Internacional, con elementos alemanes en los EE. UU., o bien tomar 15 ó 20 de los militantes más inteligentes, a ser posible jefes de colectividades alemanas, para constituir una sección. Esto se anunció al Comité Central de grupos de secciones de lengua alemana en Ginebra (el grupo de Becker). Y después se invitó a las Sociedades de trabajadores para que se afiliaran a esta sección y enviaran un delegado al Comité de la misma.

Cuando se cuenta con jefes así, las masas llegan, a su tiempo, por sí mismas.

En las sesiones públicas se arrastró la atención hacia la Internacional, y aunque no se fué contra los principios comunistas, tampoco se les difundió ostensiblemente. Becker esperaba, o por lo menos las buscó, adhesiones a su grupo y a su órgano mensual *Vorbote* (*El Precursor*), de Ginebra (1866-1871), lo cual fué una actuación autónoma que Marx y Engels no vieron con buenos ojos, pues, según ellos, era preciso afiliarse directamente a Londres. Y así —por lo referente a los alemanes, de Alemania lo mismo que de Austria, quienes no podían legalmente fundar Federaciones públicas—, Becker en Ginebra y Marx (que era el secretario alemán) en Londres, estuvieron en constante competencia, hasta tal punto, que existen todas las probabilidades de que, para afirmar Becker su independencia y reforzar su posición contra Marx, estuviese en buenas relaciones con Bakunín, desde el verano de 1868 hasta los primeros meses de 1870, sin perjuicio de volverse contra él más tarde y aun decir (véase su carta a Hermann Jung, secretario suizo) que no había estado nunca al lado suyo para otra cosa que no fuese conocerlo mejor (a Bakunín) y más fácilmente desbaratar sus planes.

En Inglaterra, durante este año de 1864-65, los inspiradores del Consejo Central procedieron con gran circunspección. Fueron éstos los miembros del *Subcomité* (*Standing comité*). Véase lo que escribía Marx acerca del Manifiesto a los polacos de Peter Fox: «Las cosas de esta índole se ponen siempre a deliberación del Subcomité, antes de pasar al Comité General (carta del 10 de diciembre).

Solamente se pueden reseñar los nom-

bres de los individuos que formaban el Subcomité, después de reorganizado éste, en la sesión del Consejo del 19 de septiembre de 1865; fueron, a saber: Odger, Eccarins, Dupont, Marx, Jung, Dell, Howell, Fox, Weston y Bobczynski. Todos estos elementos habían sido propuestos por Cremer y Lessner. Pero Cremer formó también parte (reunión del 26 de septiembre). Fueron, pues, Odger, Howell y Cremer los militantes tradeunionistas que pasaron su vida entera, desde entonces, actuando en la política obrera y, en parte, en la esfera parlamentaria. Fox, Dell y Weston, ingleses, actuaron más bien fuera de esta esfera y aisladamente. Por último, Marx, Eccarins, Dupont, Jung y el capitán polaco Bobczynski, constituyeron un grupo bien unido. Por todo lo cual cabe decir que, mientras Marx arremetía contra los pocos jóvenes tradeunionistas que se movían impulsados sólo por el interés de situarse y a la busca de un cargo de secretario de lo que fuese, él tenía, como vulgarmente se dice, «la sartén por el mango» en la Internacional de aquellas fechas.

El Consejo Central, que ya era heterogéneo desde su elección, siguió heterogéneo por los diversos reajustes que sufrió y fué una oscilación permanente; formábanlo unos sesenta individuos de los que apenas veinte acudían a las reuniones. A sus miembros podríamos dividirlos en tres categorías: la de los que llamaríamos «hombres del pasado» con ideas y hábitos fijos, inmutables: la de los arribistas, y la de los muy escasos que comprendían la importancia de la obra del renacimiento del socialismo, de la coordinación de las fuerzas del trabajo y las iniciativas y actuaciones colectivas internacionales, que la Internacional se proponía encauzar debidamente. Marx era de esta última categoría, pero, al mismo tiempo, era un «hombre del pasado» y un hombre que pretendía imprimir en lo porvenir el sello de su voluntad.

Así fué cómo en Inglaterra, sin fuerzas socialistas efectivas, se emprendió una campaña de agitación directa, inmediata, que corrió el riesgo de aparecer microscópica y que, si no resultó así, hubo de contentarse con vagas afiliaciones de Sociedades ya existentes, buscadas y logradas por Diputaciones que visitaban las Trade Unions. Howell refiere que se obtu-

vieron 18.000 afiliaciones de esta naturaleza y un número reducido hasta el absurdo de afiliaciones individuales.

Los políticos liberales y radicales, sabiéndose frágiles a su vez, se acercaban también al Consejo Central, con lo que Marx se halló en condiciones de fortalecer aquella espina dorsal de la organización que estaba integrada por hombres jóvenes y ambiciosos. En otros términos: la Internacional de Londres no se apresuró, aunque tampoco lo soslayara, a evitar que los trabajadores organizados siguieran yendo a la deriva de los partidos, aunque avanzados, burgueses, que es lo que venía sucediendo.

Y así llegó la campaña de agitación por la reforma electoral.

Marx escribía a Engels el día 13 de mayo: «A no ser por nosotros, esta *Reform League* no se habría iniciado jamás o habría ido a parar a manos de la clase media.» Ya había escrito, con fecha 1.º de mayo: «La *Reform League* es obra nuestra. En el Comité Interior de los Doce (seis miembros de la clase media y seis trabajadores), los trabajadores (1), son de los nuestros, miembros todos de nuestro Consejo.»

En efecto, Howell, el más activo de los «jóvenes ambiciosos», fué nombrado secretario de la *Reform League*.

Cremier y Odger, delegados por el Consejo a la Conferencia de Reforma Electoral, de Manchester (15-16 de mayo) propusieron una campaña de agitación pro sufragio universal, pero no triunfó su proposición.

El viejo Weston planteó la única discusión teórica del Consejo, proponiendo el 14 de mayo esta tesis suya:

«1.º El aumento del salario de una categoría especial de trabajadores, ¿no resultaría logrado a expensas de las otras categorías?»

«2.º La supuesta ventaja de un aumento general de salarios, ¿no quedaría anulada por el correspondiente aumento de precios?»

Marx resumió esta cuestión en dos puntos:

«1.º Según Weston, un aumento general de salarios no serviría a los trabajadores para nada.

(1) Entre los cuales figuraba Eccarins.

«2.º Por esta causa las Trade Unions no benefician.»

Weston era el único que opinaba así, dentro del Consejo, y defendía siempre estas opiniones en *The Beehive* (carta del 20 de mayo).

La tesis de Weston dió causa a una refutación extensísima de Marx, que éste leyó el 20 de junio (1).

Marx escribía por entonces *El Capital* y no le fué difícil improvisar esta extensa refutación, en la que anticipó mucho de lo que contiene el gran libro, aparecido en 1867 (carta del 24 de junio).

Sus conclusiones fueron:

«1.ª Un aumento general de salarios representaría una pérdida de la parte alícuota del beneficio total, pero, en términos generales, no afectaría al precio de las mercancías.

«2.ª La tendencia general de la producción capitalista no es de elevar, sino de hacer descender la media normal de los salarios.

«3.ª Las Trade Unions son beneficiosas como centro de resistencia ante los avances del capital. Si no triunfan en toda la línea, es debido a un uso poco juicioso de su potencialidad; en general, no triunfan, porque se limitan a una «guerra de guerrillas» contra los efectos del sistema actual, en vez de tratar simultáneamente de cambiarlo por otro; en vez de utilizar sus fuerzas organizadas, como una palanca para la emancipación definitiva de la clase trabajadora, es decir, para la abolición definitiva del salariado.»

El Congreso propuesto por Bruselas no se celebró. Marx se opuso a los que insistían en su celebración, alegando que resultaría contraproducente, que sería más bien una demostración de la debilidad y división intestinas de la organización, que de su fuerza, cohesión y número. Lo que a este respecto escribía en sus cartas del 24 de junio y 31 de julio está bien como argumentación; pero sería de averiguar el fondo auténtico —¿mezcla de celo y de orgullo?— que inspiraba estas posiciones de Marx, permaneciendo al margen, siempre

(1) *Value, price and profit*, de la cual apareció en Edimburgo una edición de 56 páginas; una traducción francesa, en París, en 1899, de 104 páginas, en 18.º, y fué publicada la primera vez en alemán por Eduardo Bernstein, en la *Neue Zeit*, de Stuttgart, en abril de 1898.

que se trataba de algo en que él no fuese árbitro absoluto.

Se convino en sustituir el Congreso por una Conferencia. Esta cuestión, ante el apremio de los elementos de París y de Ginebra, se decidió, sobre la base de un informe del Subcomité, en Consejo del 25 de julio.

En el índice de materias a tratar en dicha Conferencia figuraban, entre otros puntos, los siguientes:

3.º Combinación de esfuerzos, por vía de la Asociación, en las luchas nacionales entre Capital y Trabajo (punto éste sobre el que la Internacional obtuvo más tarde sus primeros éxitos, sorprendentes por su novedad: boicot a ciertas importaciones; huelgas internacionalmente sostenidas por un apoyo financiero, etc., etc.).

4.º Trade Unión: Su pasado, su presente y su porvenir.

5.º El trabajo *cooperador*.

6.º Impuesto directo e impuesto indirecto.

7.º Reducción de la jornada de trabajo.

8.º El trabajo de la mujer y el del niño.

9.º La invasión moscovita en Europa y el restablecimiento de una Polonia independiente e integral.

10. Los ejércitos permanentes y sus efectos en los intereses de las clases productoras (proposición hecha por los franceses).

Mas otra proposición (también de los internacionales franceses) sobre Educación, que fué desechada, así como una de Merriman y Tobi Stock, sobre «El Pontificado y su relación con el bienestar político de Italia y la civilización del mundo».

La Conferencia de Londres del 25 al 29 de septiembre de 1865 fué conocida, en su tiempo, por una extensa información del *The Workman's Advocate* (Londres) del 30 de septiembre de 1865, y una breve noticia de H. Fribourg y Ch. Limousin, publicada en *Le Siècle* (París) el 14 de octubre del mismo año, precedida de una carta simpatizante del historiador Henri Martén. Es de creer que el relato de esta Conferencia dado por Max Bach en la revista socialista *Neue Zeit*, en febrero de 1902 (páginas 585-89), fuese hecho a base de la primera información mencionada. En todo caso, nosotros tenemos a la vista cuanto figura en los documentos de la Internacional, impresos en 1914 y las actas de las sesiones, tanto de las públicas de *Adelphi*

Terrace, como de las privadas celebradas entre el Subcomité y los delegados continentales. Y, por añadidura, contamos con las Memorias inéditas, relativas a los años de 1851 (al final) hasta 1870, de Pedro Vésinier, miembro de la *Commune*, de París, que tomó parte en las sesiones públicas. Conocemos también, aunque no la hayamos tenido a la vista, la polémica entablada en Bélgica, así como las críticas de Bakunín (1872) sobre la famosa proposición antirrusa (punto 9.º de los citados), que forman un extenso manuscrito.

Pero no es éste el momento oportuno de detallar nuestras fuentes de información —fuentes, a veces, de difícil acceso, o únicas, como estas Memorias de Vésinier—; pero ya que esta Conferencia fué tan escasamente conocida en su tiempo, y lo sigue siendo, por falta de una edición que podría haberse hecho de sus actas, nosotros la trataremos debidamente en estos artículos, que no tienen otra pretensión que la de rodear a la Internacional de un poco de realidad, tras tantos años de leyenda y aun fantasía como gravitan sobre ella.

Vésinier, proscrito del 2 de diciembre de 1851; refugiado en Ginebra a raíz de las luchas armadas contra el golpe de Estado de su país —el departamento de Saône-et-Loire—; expulsado de Suiza una docena de años más tarde, y residente luego en Bruselas, había llegado a Londres hacía poco más de un mes, en los momentos que nos ocupan.

En la sesión del 12 de septiembre y, nuevamente, en la del 19, Le Lubey y Carter le propusieron candidato a miembro del Consejo Central; pero eran éstas las últimas sesiones precedentes a la Conferencia, y, por eso, en ella no tuvo derecho a voto. Después de la Conferencia se convirtió en algo así como la pesadilla del Consejo.

Marx escribía a Engels, el 15 de enero de 1866: «No vale (Vésinier) gran cosa como autor, como su *Vie du nouveau César* y sus demás folletos contra Bonaparte lo demuestran (opinión exacta, por cierto); pero tiene talento, gran fuerza retórica, mucha energía y, sobre todo, está totalmente falto de prejuicios.» Estas palabras dichas por Marx indican que no tenía grandes cosas que decir en contra de Vésinier, pues, en otro caso, no habría dejado de llamarle, como a tantos otros, canalla, idiota o inútil, por lo menos. Una línea más arriba decía: «Le Lubey es un cero; Peter

Fox le llama acertadamente el «Padre Eufantin» (equivoco entre «Eufantin», nombre de cierto *saintsimonista* y «eufantin», *infantil*).»

Cuando Le Lubey presentó a Vésinier a Marx, Dupont y Jung, solicitando el ingreso del primero, éste fué cortésmente invitado a asistir a las sesiones del Consejo. El propio Vésinier nos da una grata impresión de ellas, en estas frases: «Quedé muy edificado y profundamente conmovido al ver con qué sencillez y laboriosa perseverancia, estos hombres, obreros casi todos, venían, tras una jornada de duro trabajo, a laborar por la emancipación de sus compañeros proletarios.»

Estas líneas —que demuestran al mismo tiempo hasta qué punto es conveniente inspirarse en los textos de Vésinier— retratan la impresión que los continentales recibían de aquellas sesiones, desarrolladas de acuerdo con las costumbres inglesas, llenas de mutua consideración, sin interrupciones innecesarias, sin estridencias, sin ampulósidades oratorias, etc., etc.

Weston impresionó a Vésinier «por la sensación de buena fe, de bondad y de sencillez que emanaba de toda su persona»; en cuanto a Marx... «Le observé —dice— desde el principio, y su fisonomía sarcástica, su frente arrugada, su ceño fruncido y su sonreír meloso me inspiraron escasa simpatía.» Como se ve, Vésinier sabía ser tan mordaz como Marx para con sus enemigos, pero, en cambio, sabía querer a sus amigos y admiradores, lo que para Marx era un imposible, no obstante, el caso —excepcional— de Federico Engels.

El 25 de septiembre, el Subcomité se reunió con los delegados y algunos visitantes continentales: Jolain, Fribourg, Limousin, Varlin, de París; J. Ph. Becker, Dupleix, de Ginebra; César de Paepe, de Bruselas; Schily, abogado alemán refugiado desde 1849 en París y amigo de mucho tiempo de Marx; Dumesnil; Marigny, economista poco avanzado, y Clariel, que fué delegado por la Sociedad de tipógrafos de París.

En la discusión del estado de cuentas se declaró que los ingresos del Consejo Cen-

tral habían sido de 32 ó 33 libras esterlinas. Habíanse vendido en París 1.500 carnets a un franco, pero los gastos (local, viajes, etc.), absorbieron su importe.

En Ginebra había entonces 400 miembros, 150 en Lausana y 150 en Vevey; en Bélgica, 60, constituídos desde el mes anterior.

Vésinier, que no asistió a estas sesiones administrativas, refiere que se contaba con recibir algún dinero, sobre todo por los carnets vendidos en Francia, y que las explicaciones que se dieron, por no ser así, causaron una triste impresión.

Después de la rendición de cuentas, Becker y Schily propusieron acuñar una medalla conmemorativa de la Conferencia, cuyo coste sería de unos 10 céntimos y que, vendida a 60, serviría para ayudar al mismo tiempo a la caja de la organización y a la propaganda. Fribourg y Cremer hablaron con sensatez sobre ello; Dell y Weston se pronunciaron a favor de la proposición; Bobczynski quería que la medalla fuese de diversos precios, hasta de 2'50 *schilling* para los miembros vitalicios, que podrían ostentarla en las solemnidades públicas; Eccarins, a este propósito, se expresó así: «Estamos en plan de lucha y lo que primero necesitamos aclarar es si lo que queremos conmemorar es en realidad una victoria.»

Marx y Dupont pusieron fin a todas estas divagaciones, proponiendo que se arbitraran los fondos que cada grupo aportara según sus fuerzas, y que se terminara esta discusión con una velada. Pero el día siguiente se acordó encomendar a la Conferencia que se procurase 150 libras esterlinas para la propaganda y gastos de organización del futuro Congreso, señalando aportaciones proporcionales, aportaciones que fueron fijadas por el Subcomité y los delegados el día 29, en esta forma: Inglaterra, 80 libras; Francia, 40; Suiza, Alemania y Bélgica, a 10 libras. Pero esto no figura en los documentos conocidos, referentes a la Conferencia.

Max NETTLAU

(Continuará.)

Historia de las ideas y de las luchas sociales en España

XIII

ABRA Rivas, que fué uno de los oradores que habló, dijo:

«Después de felicitarme de la labor del Congreso y de que sus conclusiones son una refutación de los pronósticos que han hecho los ermitaños de Cataluña y de fuera de Cataluña: la labor del Congreso es la mejor respuesta a estos ermitaños. Ya era hora de hacer una reconcentración de fuerzas obreras para ponerse frente a la burguesía.

Manifiesta también que debían desaparecer las diferencias entre los obreros, y que han desaparecido según se ha demostrado.

Rodríguez Romero añade a continuación: «La misión del Congreso ha sido económica, inspirada en los actos sindicalistas de los hermanos que forman la Confederación General del Trabajo de Francia.»

Y, por último, Moreno, que preside, entre otras cosas, dice: «No puedo negar que en este Congreso se han manifestado diferentes criterios, pero una prudente tolerancia ha armonizado opiniones encontradas, procurando imponer cada cual su respectiva tesis dentro de la mayor cordialidad.

«El ideal sindicalista es la base de Solidaridad Obrera, y todos los individuos que han tenido representación en el Congreso han aceptado este principio.

«Se ha demostrado que hay obreros que discuten cuestiones de táctica y algo más; todo organismo puede disgregarse, romperse, pero no funcionar al revés; y, a pesar de los distintos criterios, ha imperado el sentido sindicalista. Contra la trilogía Capital, Estado y Religión, base de todo privilegio, oponemos la emancipación de los trabajadores.»

Mencionaremos, para terminar con todo lo relacionado a dicho Congreso, que se recibieron adhesiones de organizaciones extranjeras y se enviaron telegramas de saludo a las mismas.

¿Cómo acogió la clase trabajadora catalana y la española, particularmente la primera y más generalmente la segunda, la constitución del organismo sindical que acababa de nacer? ¿Cómo lo acogieron los demás sectores de opinión? Respecto a cómo acogió la constitución de Solidaridad Obrera la clase trabajadora española, baste señalar las adhesiones recibidas de otras regiones del país y las consecuencias ulteriores que siguieron. En cuanto a saber cómo la acogieron los demás sectores de opinión, para enterarse reproducimos la Nota que el Consejo de S. O. hubo de publicar en *Solidaridad Obrera* (periódico), correspondiente al 25 de septiembre de 1908:

Decía la Nota:

«A LA PRENSA BURGUESA, POR RADICAL QUE SEA

»Ni con sueltos insidiosos ni con noticias tendenciosas, nada ni nadie hará desviar en su marcha a Solidaridad Obrera.

»Conocemos a nuestros enemigos y a quienes nos odian, aunque nos estrechen la mano; las situaciones nebulosas nos encorran y preferimos la lucha franca, pues nosotros venimos a la arena con la visera levantada. Al vado o al puente.

»Nuestra situación es clara. Sin eufemismos de ninguna clase la expusimos en el Manifiesto que precedió a la constitución de Solidaridad Obrera, y con luz y con taquígrafos se ratificó en nuestro reciente Congreso.

»Nuestro terreno es exclusivamente la *lucha de clases*, y nuestro común enemigo, el burgués, vista el ropaje que vista.

»Para conseguir nuestra emancipación consideramos imprescindibles dos cosas: el concurso de todos los obreros que *trabajan* y estar alerta para no caer en las redes que nuestro enemigo pueda tendernos.

»Y nos importa muchísimo hacer esta afirmación: Solidaridad Obrera, en su corta existencia, ha tenido un desarrollo tan grande que ya se considera mayor de edad. Queremos luchar con nuestras únicas y propias fuerzas, y jamás, jamás, haremos

el juego a nuestros enemigos, aunque se nos presenten con el carácter de protectores.

»Si la potencia obrera demostrada en nuestro Congreso ha echado por tierra esperanzas alimentadas por alguien, desde que se inició el movimiento de Solidaridad Obrera, resignese, que nosotros no tenemos culpa de que fueran tan cándidos.

»Por encima de los cansados, de los vendidos y hasta de los vendidos, viene una juventud que, aleccionada por la historia, luchará *única y exclusivamente* por SU emancipación.

»Así, pues, nada de trabajos de zapa. Al vado o al puente.—*El Consejo de S. O.*»

Por esta época surgió una polémica por demás interesante en el seno de la organización catalana. Además del conflicto que la Sociedad Arte de Imprimir sostenía con el diario catalanista *El Poble Catalá* y con el diario radical *El Progreso*, surgió otro con la imprenta La Neotipia, imprenta obrera, fundada por anarquistas, según ellos.

La fundación de La Neotipia se hizo por acciones, convirtiéndola en Sociedad Anónima, en la que trabajaban sus fundadores, obreros que aportaron el capital inicial de la Empresa; pero en la que trabajaban también obreros que no eran accionistas, a los que se pagaba un salario y estaban sometidos a las mismas condiciones de explotación que los obreros de cualquier otro taller de propiedad particular. Sin embargo, los fundadores de La Neotipia sostenían el criterio que su taller era un taller obrero, una especie de Cooperativa obrera, distinto, por lo mismo, de un taller de propiedad individual.

Arte de Imprimir y la mayoría de trabajadores sostuvieron el criterio contrario, y habiendo surgido un conflicto en dicha imprenta, se llevó la cuestión a Solidaridad Obrera. Nombrada una Comisión investigadora que hiciese una información acerca del particular, en reunión de Juntas de Sindicatos, leído y discutido el informe, por unanimidad absoluta se acordó considerar que La Neotipia «era una entidad burguesa», es decir, que era una entidad patronal. Pero no todos se conformaron con la decisión de la reunión de Juntas de Sindicatos, ya que más tarde, a principios de octubre del mismo año, tres meses después, ya que la reunión donde se acordó declarar entidad burguesa a La Neotipia

se celebró en julio de 1908, discutióse nuevamente la cuestión a petición de la Sociedad Unión de Metalúrgicos, que estimó necesario revisar el acuerdo anterior, en un comunicado que publicó en la prensa diaria de la capital.

Celebrada la reunión, que fué agitada y apasionadísima, recayó nuevo acuerdo, por el que treinta Sociedades obreras afirmaban que La Neotipia era una entidad burguesa; pues explotaba como un patrono cualquiera a un determinado número de obreros; siete Sociedades lo negaron, y se abstuvieron de votar nueve.

La razón del cambio operado en el criterio de las Juntas de las Sociedades, ya que antes reconocieron todas que La Neotipia era una entidad burguesa, y, ahora, siete lo negaron y nueve se mostraban dudosas, no provenía de que un nuevo estudio de la cuestión, más profundo y meditado que el anterior, lo demostrase, no; nada de esto; provenía sencillamente de los manejos y maniobras de la lucha política, de la influencia y actividad de los partidos en el seno de la masa obrera.

La influencia del Partido Radical entre los trabajadores era muy profunda en aquel entonces. Y si no podía dominar en absoluto, sometiendo a las Sociedades obreras a su tutela y poder, tenía fuerza bastante para provocar situaciones parecidas a las que del asunto de La Neotipia podía resultar.

Es este un episodio muy interesante de la lucha sindical de aquel tiempo, y que hemos destacado por su simbolismo y significación. Pero no es éste el solo en las luchas libradas entre el sindicalismo y el Partido Radical. Es solamente el primero, pues, además del conflicto de La Neotipia, hay el sostenido ya directamente con el diario del Partido, *El Progreso*. Las formas exteriores de este conflicto parecen diferentes a las que tuvo el de La Neotipia, pero, en el fondo, son lo mismo; las impulsa la misma causa. Arbitro el Partido Radical lerrouxista de la política catalana de aquel período; sostenido por la masa popular para contrarrestar los desmanes de la gente de derecha, católicos, monárquicos y capitalistas, sus elementos más numerosos los reclutaba entre la clase trabajadora; por lo tanto, la existencia de Solidaridad Obrera y de una organización que despertase el sentimiento de clase entre el trabajador catalán era un peligro grave para él, y había que evitarlo, fuese como fuese.

De aquí estas maniobras encaminadas a provocar luchas internas en la organización, valiéndose de cualquier pretexto.

Y en demostración de cuanto dejamos dicho, reproduciremos íntegro el dictamen que elaboró la Comisión nombrada por Solidaridad Obrera para terminar el litigio de Arte de Imprimir con *El Progreso*, el órgano del Partido Radical. Pero antes de dar a conocer el dictamen de referencia señalamos que Ignacio Clariá, uno de los individuos afectados, y que en el año 1902 publicó el semanario anarquista *La Huelga General*, y fué la figura predominante en la huelga general del mismo año, vistas las resoluciones tomadas por el Congreso de S. O., fundó una entidad de arte de imprimir al margen de la que ya había. Provocó una división, aconsejada, patrocinada y sostenida por el Partido Radical de Barcelona.

Dice el dictamen, tras unas breves frases explicativas de la causa que motivó el nombramiento de la Comisión:

«**DICTAMEN:** 1.º Considerando que los obreros Clariá y Palau, ambos socios del Arte de Imprimir, se dedicaban a reclutar esquirols, conforme se ha comprobado, entre otros, en el caso del obrero Cabezas, a fin de poder hacer frente a las medidas que Arte de Imprimir pudiera tomar contra *El Progreso*, favoreciendo de esta manera de un modo manifiesto a una empresa burguesa, perjudicando a una Sociedad de resistencia, a la cual precisamente los aludidos Clariá y Palau pertenecían;

»2.º Considerando que Clariá y Palau, una vez expulsados de la Sociedad Arte de Imprimir por habérseles declarado traidores a la clase obrera, y en vista de que *El Progreso* había manifestado públicamente que sólo emplearía obreros asociados, fundaron una Sociedad análoga a la del Arte de Imprimir, y compuesta de disidentes y expulsados, dañando así de una manera también manifiesta los intereses de la clase obrera, máxime después de haberse declarado en el Congreso de Solidaridad Obrera que en ninguna localidad se admitiría más de una Sociedad de la misma clase;

»3.º Considerando que Clariá y Palau, abusando de las facultades que les concediera el cargo que ocupaban y ocupan todavía en *El Progreso*, contribuían a dividir a sus compañeros de trabajo en dos bandos enemigos, compuesto el uno de adic-

tos a sus personas, y el otro, enemigo de las mismas, y que esto se hacía y se hace apelando a procedimientos tan odiosos como son el de insultar y de repartir el trabajo difícil a los que no querían ni quieren someterse a sus caprichos y fantasías, para, así, privarles de ganar el jornal que, en justicia, les corresponde;

»4.º Considerando que Clariá y Palau, guiados por esas miras personalistas a que se alude más arriba, llegaron a difamar y a acusar al compañero Salas de defraudador de la empresa de *El Progreso*, y que, al comprobarse, como se comprobó, la inocencia de Salas, demuestran lo enemigos que son Clariá y Palau de la clase asalariada;

»5.º Considerando que habiendo revisado la Comisión de Arbitraje el Reglamento y Libro de Actas de la Sociedad Arte de Imprimir, en lo que se refiere a Salas constituye ya motivo suficiente para adoptar medidas enérgicas contra Clariá y Palau; y

»6.º Considerando, por último, que, después de la declaración del Congreso de Solidaridad Obrera, declaración que ya más arriba hemos especificado, no se puede considerar obreros asociados a los que están asociados a una Sociedad disidente como es la fundada por Clariá y Palau, y teniendo también en cuenta que, como hemos dicho más arriba, la empresa de *El Progreso* ha declarado que en su casa no admiten más que obreros asociados,

»La Comisión de Arbitraje declara que debe procederse inmediatamente a la expulsión de los obreros Clariá y Palau, de la imprenta de *El Progreso*, por no estar asociados, primero, y luego por haber traicionado los intereses de la clase obrera a la cual todos los aludidos dicen pertenecer.

»Barcelona, 6 de noviembre de 1908.—*A. Badía Matamala, Juan Escandell, Rafael Bernabeu.*»

Como es de suponer, la empresa de *El Progreso* no acató el dictamen, y el litigio entre la clase obrera organizada y el periódico del Partido Radical siguió en pie; se mantuvo aún por algún tiempo.

En octubre de 1908 se publicó el Proyecto de Estatutos por que había de regirse Solidaridad Obrera. De ellos sólo nos interesa destacar los artículos segundo, tercero y cuarto, que hacen mención de los fines que persigue la entidad. Los demás, como se refieren al funcionamiento inter-

no de Solidaridad Obrera, nos parece innecesario reproducirlos.

Dicen los artículos de referencia :

«Art. 2.º El objeto de esta entidad es: Procurar el mejoramiento de todos los trabajadores, favorecer su cultura intelectual, darse mutuo apoyo para la creación y fomento de Sociedades obreras y educarse en el ejercicio práctico de la solidaridad, para el mejor fin de su emancipación económica y social.

»Art. 3.º De los medios a emplear para lograr dicho objeto, son fundamentales: la propaganda societaria de los principios económicosociales; la enseñanza científica y racional para los obreros y sus hijos, y la relación y organización de la clase obrera sobre la base de la mayor autonomía posible.

»Como medios circunstanciales serán adoptados los que cada caso requiera y siempre por acuerdo tomado por mayoría de delegados de las Sociedades.

»Art. 4.º Pueden pertenecer a esta Confederación todas las Sociedades obreras de ambos sexos, legalmente constituidas, entendiéndose por obreras todas las pertenecientes a cualquier oficio, arte o profesión, incluso las llamadas intelectuales y todos cuantos en el ejercicio dentro de la sociedad se consideren explotados o cohibidos por el capital.

»No podrá pertenecer ninguna Sociedad que ostente un carácter político o religioso, ni de tendencia determinada que no se avenga al objeto y fin común por las Sociedades federadas perseguidos, como tampoco aquellas que se funden existiendo ya Sociedad de resistencia constituida del mismo oficio.»

Siguiendo el curso normal de los acontecimientos, destacamos la proposición del Grupo anarquista «Fermín Salvoechea», de Jerez de la Frontera. En una comunicación dirigida a los trabajadores andaluces, haciéndose cargo de las Conclusiones adoptadas en el Congreso constitutivo de Solidaridad Obrera, referentes a la jornada de ocho horas y a la necesidad de organizar a los agricultores en Sociedades de resistencia, «propone que de cada comarca se envíe a este Consejo (el de S. O.) una Memoria expresando la vida y costumbres del agricultor, así como la forma en que trabajan, para que, estudiando el asunto con datos a la vista, pueda formarse una base que sirva para organizar a tan sufrida clase

que, a causa del aislamiento en que vive, apenas si conoce las ventajas que los demás oficios han obtenido por medio de la organización».

Manifiesta también dicho Grupo sus deseos de que Solidaridad Obrera extienda su acción hasta constituir una Confederación nacional e internacional.

El llamamiento y la sugerencia de este Grupo confirma una vez más que la lucha sindical en Andalucía era casi nula, suplantada por la lucha de Grupos de tendencia definida, o sea de los Grupos anarquistas.

Sin embargo, como destellos de lo que comenzaba a ser por entonces, citemos el caso de los obreros carpinteros y albañiles de Algeciras y La Línea, que se reorganizaban por aquel tiempo a causa de un conflicto con la casa Ballester y Compañía. Pero el que hayan de reorganizarse para hacer frente a un conflicto planteado cuando no había organización, o era ésta tan débil que no podía, en las condiciones que la entidad se hallaba, sostenerlo, ratifica nuestra afirmación anterior.

Aparte intentos de reorganización sindical en Alcoy y otras poblaciones, merece destacarse lo que sobre el particular publicó la Junta Directiva de la Sociedad de Obreros en Madera, de Gijón.

Del Manifiesto que dió a la publicidad entresacamos lo siguiente :

... ..

Reorganizados no ha mucho tiempo en Sociedad de resistencia, y entendiendo nosotros que, dada la apatía en que se encuentra el proletariado de esta villa en lo que respecta a la acción sindical o societaria, debíamos circunscribir nuestro radio de acción al pequeño círculo en que se desenvuelve nuestro oficio, sino que, estimando como muy necesaria la acción concertada con todos vosotros, es por lo que os dirigimos este Manifiesto, esperando por este medio lograr vencer vuestra indiferencia hacia la cada día más necesaria acción sindical, volviendo de nuevo a poneros en el puesto que dejasteis abandonado a raíz de la memorable huelga general del año 1901.



»Una grave cuestión se halla planteada en las naciones invadidas por el moderno desarrollo industrial. Por una parte, plan-

téanla los potentados del capital, la burguesía, con su ambición desmedida de riquezas, ambición que hace acentuar cada día más y más la odiosa lucha de clases, producto únicamente de la actual forma de la propiedad, y que trae aparejada también, como uno de sus funestos resultados, una bárbara y feroz explotación contra los que para vivir tienen necesidad de ganar un jornal...

»Pero muchos trabajadores no se resignan a ser perpetuamente esclavos de esta triste condición; conscientes en lo que ellos entienden por sus derechos y por su personalidad, colócanse en abierta oposición contra la burguesía, tenga ésta uno u otro matiz político...

»A la unión, compañeros, debemos nosotros encaminar nuestros pasos también.»

Angel PESTANA



—¡ARRIBA LOS VIVOS....



(Dibujo de Claudot.)

Estadística de la producción, consumo y comercio exterior de España

DESDE este número empezamos la publicación de la Estadística Económica de España como principio y guía para la formación de la Estadística Económica Confederal, tan útil y necesaria a nuestros organismos sindicales y tan precisa para la organización constructiva del mañana deseado.

Nos mueve a ello la necesidad sentida en nuestros medios obreros de capacitar, en su aspecto técnico y documental, a la «élite» de trabajadores que, con su clara visión de los problemas económicos, ayuden a la confección y preparación de datos imprescindibles en cualquier transformación social.

Es indudable que las cifras nos darán la base de nuestras posibilidades de transformación y, por la humanización de las mismas, nos permitirá llegar a conclusiones vivas y orientadoras que nos sirvan en el período de transición.

Con los datos que vayamos publicando, planearemos, al final, una estructuración económica de nuestra sociedad que, no dudamos, servirá de base amplia y fecunda a disquisiciones y determinaciones ulteriores. Sin este trabajo previo, que debiera haberse realizado hace tiempo, no podremos salir del régimen de tanteos y de soluciones empíricas sin solidez alguna.

Con esta idea nos hemos puesto a la tarea, árida y difícil, de buscar las cifras en las estadísticas oficiales, siempre que nos han parecido exactas, y buscando en los archivos particulares y opiniones de los técnicos aquellas otras que, sin divulgarse, ofrecen mayor garantía.

Ha sido ésta una labor ingrata por cuanto la ciencia estadística está en España en embrión y se conocen pocos datos y aun la mayor parte de ellos inexactos. Sin embargo, hemos procurado llegar a la máxima exactitud y clasificación de los mismos, valiéndonos de los últimos procedimientos en el cálculo de probabilidades y siguiendo el ritmo moderno en la apreciación de la Estadística Matemática.

Vamos a empezar, pues, la inmensa tarea de la reunión de cifras, clasificación de las mismas por grupos de producción más importantes para hacer, más tarde, la comparación con el consumo, aunque esto último es una empresa difícilísima dado lo poco que hay hecho en España en esta rama de la Estadística.

Para todo ello pedimos el concurso de los técnicos y de aquellas organizaciones obreras que tengan hecho algún estudio, lo cual nos servirá para establecer nuestras cifras de control.

En general, solicitamos la ayuda de los compañeros y, especialmente, de los Sindicatos, en cuyas bibliotecas no debe faltar nunca nuestra Revista. Es lo menos que podemos pedir los que confeccionamos ORTO para compensación del sacrificio que su salida representa.

Para empezar esta sección de Estadística, damos a continuación dos gráficos demostrativos de nuestra Importación y Exportación, en los que se aprecia claramente la importancia de nuestras producciones agrícolas:

GRAFICO comparativo de los principales articulos importados.

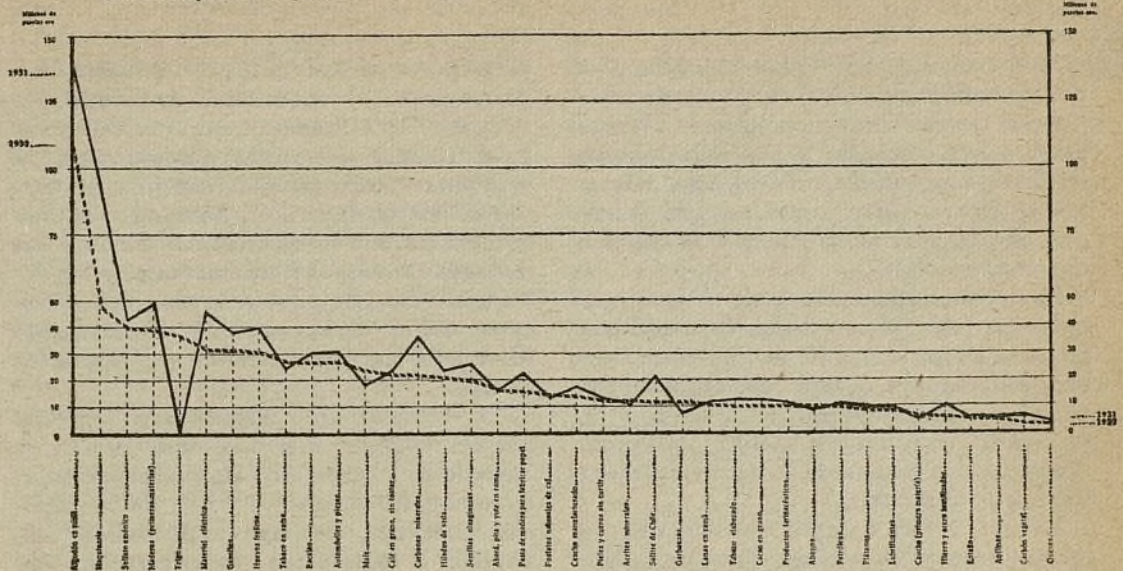
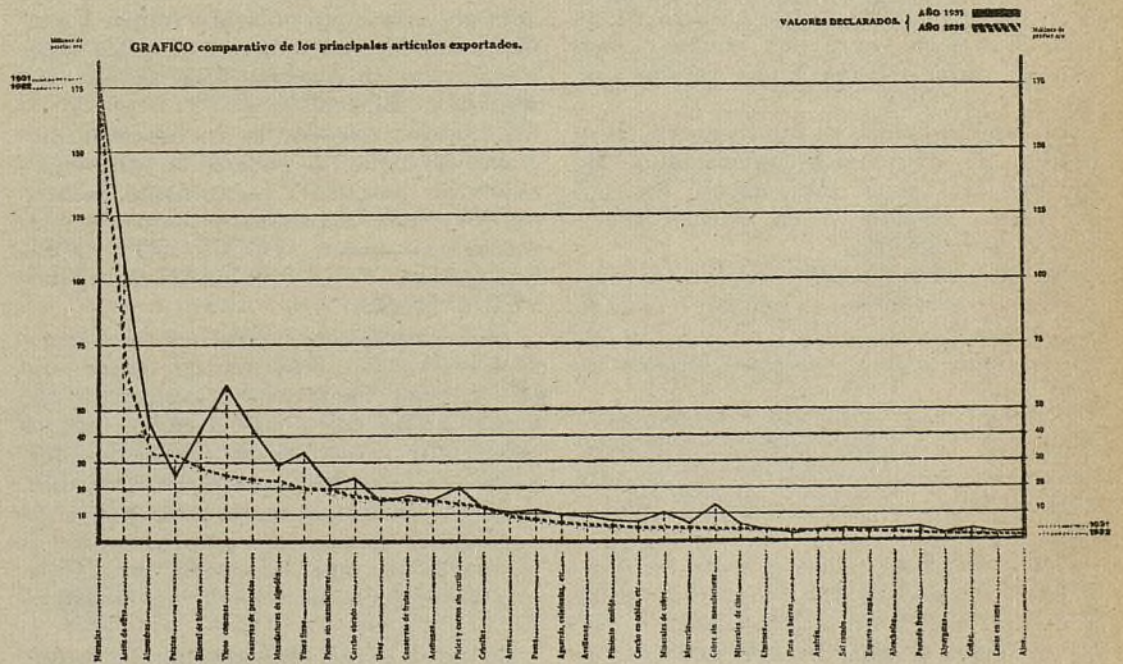


GRAFICO comparativo de los principales artículos exportados.



La Iglesia y la cuestión sexual

SIN duda, una de las inquietudes más grandes de los tiempos modernos es todo aquello que se relaciona con el sexo. Hemos llegado hasta hoy sin dar el debido lugar, en los libros y en la vida, al acto más solemne de la vida, acaso aquello mismo por qué la vida es y por qué la humanidad existe.

La Iglesia, educando a sus fieles en un ambiente de falso recato, de seudovergüenza, de equivocado pudor, contribuyó en gran manera a este resultado funesto para la verdadera moral, oprimiendo y deformando una función natural y limpia, dentro de los límites de la razón y del instinto, equilibrados.

La mujer fué siempre considerada por los representantes más genuinos de la Iglesia católica como un instrumento de sathanás, como una tentadora de la Humanidad.

María, mujer tipo a quien deben imitar las demás mujeres, es una virgen que fué madre fuera de todas las leyes naturales, y Jesús, el Hombre cumbre, nació de un connubio ilegal entre una virgen casada con un varón anciano y una paloma que era a la vez Dios.

El Espíritu Santo, en buena lógica, es el modelo de los grandes conquistadores de mujeres casadas, y José, esposo legítimo de María, el ejemplo de maridos sencillos y complacientes.

No intentamos ninguna especie de irreverencia; señalamos el hecho, estudiado a la luz natural de la ley y de la razón; y, considerado así, no puede ser juzgado de otro modo.

Partiendo de esta base, antinatural y antimoral, la Iglesia juzgó la vida artificiosamente, al relacionarla con la fecundación, el amor, el nacimiento y la sexualidad.

Los Evangelios, concienzudamente adulterados, no podían dejar sin interpolaciones este tema, y así encontramos allí que la virginidad es superior a la maternidad, y la renunciación al uso de los atributos que engendran la vida, superior al uso, aun legal, legítimo y moderado, de ellos.

Por eso los elegidos de la Iglesia y sus servidores más cercanos están obligados a un celibato perpetuo, que no guardan,

pero que se supone y les es impuesto bajo penas graves y coacciones continuas.

Cuando una función natural se desquicia y se somete a normas antinaturales, se crea una monstruosidad notoria y se trastorna toda la naturaleza humana; las consecuencias son incalculables. Sientan los teólogos principios fundamentales y los fieles sacan las consecuencias que van a volcarse sobre la Humanidad, trastornando su vida en todos los tiempos y de todos los modos.

La fecundación, hasta bien entrado nuestro tiempo, era una cosa secreta y misteriosa, y su modo, algo insospechado. Aún hoy innumerables fieles de las Iglesias cristianas ignoran la posibilidad de impedir o reglamentar la generación, sobre todo en países de abolengo católico. Crean a pies juntillas que Dios directamente hace concebir a las mujeres y acaso aun existen cándidos que sospechan sea esto posible sin intervención de varón.

En las regiones donde los hombres emigran grandes temporadas a ultramar y quedan solamente las mujeres, se habla seriamente, aun en nuestros días, de esta posibilidad... bíblica.

El mayor pecado, la transgresión más grave es burlar la generación o... reglamentarla, porque teológicamente hablando, los óvulos femeninos y los espermatozoides masculinos, **TODO SON COSA SAGRADA Y ES NECESARIO APROVECHARLOS.**

Todo acto genésico debe tender a la generación como motivo único y fundamental; el matrimonio está encaminado sólo a eso: a criar hijos para el cielo; cuantos más, mejor. Como en el pueblo de Dios, la infecundidad llega a ser causa de disolución matrimonial; mejor aún, motivo de posibilidad de un nuevo matrimonio viviendo el cónyuge infecundo, ya que se considera como matrimonio no consumado.

No existe ningún precepto teológico que obligue a la abstención con la mujer embarazada, aun en los últimos meses, y es frecuente entre cristianos seguir usando del matrimonio en este estado, a pesar de declarar la ciencia sus peligros y contraindicaciones.

Los mahometanos, tan calumniados por los cristianos, respetan absolutamente, por un precepto religioso y por una costumbre laudable, a todas las mujeres en ese estado; pero la Iglesia, en esto como en otras cosas, tiene un criterio menos moral y más inhumano que los islamitas. A pesar de ser infecundo esencialmente todo acto carnal realizado con mujer grávida, la Iglesia lo permite y en cambio prohíbe, como pecado gravísimo, todo intento de regulación sexual, cualquiera que sea el medio empleado para lograrlo... porque no está encaminado a la... fecundación.

Su criterio, absurdo a todas luces, es de una inconsciencia sobrehumana. De ser razonable y justo este criterio debería obligar, bajo penas graves, a utilizar todos los espermatozoides y todos los óvulos de sus fieles, desde el primer momento de la nubilidad, y, además, poner a disposición de sus fieles masculinos las mujeres necesarias para que, en ningún caso, fuera posible la pérdida de un espermatozoide de los millones que en cada eyaculación están prontos para fecundar uno de los millones de óvulos que cada mujer tiene dispuestos cada veintidós días en su misterioso órgano reproductivo.

Además, los innumerables óvulos aptos para la fecundación y los también innumerables espermatozoides dispuestos a fecundarlos que se pierden en los lechos impolutos ¡de sus vírgenes clausuradas! y en los lechos y otros lugares de sus varones, célibes y vírgenes también, deberían ser aprovechados ya que es un gravísimo pecado impedir la generación, y aun no se atrevieron a asegurar los teólogos que los varones y las hembras consagrados a Dios con el voto de castidad tengan atrofiados sus órganos generativos y dejen, en virtud de un milagro, de producir óvulos y espermatozoides... como antes de esta consagración eclesiástica, tantas veces burlada.

Los hijos de monjas y los hijos de curas y hasta de obispos y papas, son cosa frecuente y comprobada en la historia de la humanidad, prueba inequívoca de la perennidad reproductiva de sus úteros y de sus... falos consagrados a... Dios.

Y no se diga que bromeamos un poco con estas cosas tan serias. Deducimos consecuencias de premisas sentadas seriamente por los teólogos católicos... Si en ningún caso es permitido burlar la generación por medios maltusianos, porque esos

órganos han sido creados por Dios sólo para su función propia, *propter generationem*, esa función debe lograrse siempre que es posible, y cuán posible, que uniendo varones y hembras núbiles consagrados a Dios se cumpla el fin indicado.

Como el nombre puesto a esos órganos por los teólogos: «partes pudendas», «partes vergonzosas», los considera ya a ellos mismos como algo sucio y peligroso, la higiene y limpieza de ellos está muy condicionada y casi prohibida, siendo necesario colocar una hojita de parra aun a las estatuas magistrales que el arte griego o el moderno arte sitúa en los Museos, y las cristianas se tapan los ojos, entreabriendo la mano, al contemplarlos.

La educación de niños y niñas en la misma escuela está prohibida, y toda relación entre personas de ambos sexos, muy vigilada.

El desnudismo aun atenuado es un pecado gravísimo; el vestido debe llegar hasta los zapatos, y el traje de baño asemejarse a las túnicas sacerdotales, cubriendo todo el cuerpo; un apretón de manos es cosa pecaminosa y debe besarse sólo una mano: la de los sacerdotes, y un solo objeto: el cordón o la correa que usan los frailes y las monjas. Todo ósculo en carne núbil es pecado que puede llegar a ser mortal y merecer el infierno eterno, a poco que se descuide quien lo intente. Llega a tanto el celo de los teólogos por la unión de un espermatozoide con un óvulo, que, aun en caso de un acto genésico ilícito, inmoral, no es lícito interrumpirlo una vez... comenzado. Sólo son honestas y buenas cristianas dos especies de mujeres: las vírgenes o las madres prolíficas, que aceptan todos los hijos que Dios les manda, aunque no puedan mantenerlos ni educarlos y se mueran o vivan enfermos y hambrientos toda la vida.

Toda función humana debe someterse a la razón, menos una: la generación, que debe ser cuanto más inconsciente y misteriosa, mejor; las mujeres cristianas, verdaderamente puras y santas, deben ir a la noche de bodas ignorándolo todo y, en adelante, cuanto menos aprendan de estas cosas, mejor.

«Dios dió al varón y a la mujer los órganos de la generación para engendrar en legítimo matrimonio, tal como por El fué instituido.» En este aforismo está resumi-

da toda la moral católica y cristiana, y, fuera de esto, todo es inmoral y prohibido. Maltusianismo, neomaltusianismo, eugenesia, limitación de la natalidad, reglamentación de los nacimientos, profilaxis antivenérea, prevención contra las infecciones venéreas, contactos prudenciales con medios evitables de contagios... Todo inmoral, todo pecaminoso, todo prohibido.

Así ha llegado la Humanidad hasta nuestros días alocada, enferma, torturada. Gracias a las enseñanzas de las Iglesias ha sido imposible mejorar la raza humana, cosa que se ha logrado reglamentando la generación y sometiendo a leyes razonables con las razas de vacas, perros y hasta gallinas. El secreto, el misterio, la rutina han guiado al acto más grande de la Naturaleza, y se ha dejado al azar, a la fatalidad, al *fatum*, el porvenir de la especie, el desenvolvimiento de la Humanidad.

La Iglesia, en esto, como en otros asuntos trascendentales, es la culpable, acaso la única culpable de estas monstruosidades existentes y de las abominaciones pasadas. El sexo era un enemigo de la Humanidad y era preciso acorralarlo, emboscarlo, reducirlo a su límite máximo, encerrarlo en un cerco de acero, desposeerlo de su belleza y de su luz; como un monstruo ha sido perseguido; como un demonio ha sido castigado; como el supremo enemigo de la Divinidad ha sido sacrificado, desfigurado, masacrado en una lucha titánica, de la cual ha salido, a pesar de todo, como era natural, vencedor.

Y para que no falte ninguna clase de contradicciones entre los teólogos, resulta interesante y... pintoresco saber que Roma, el Papa, la Iglesia, permite el matrimonio a una mujer a quien a la fuerza o por motivos razonables de evitar gravísima enfermedad se le hayan extirpado los dos ovarios, y prohíbe el matrimonio al varón a quien le falten los dos testículos. Ni uno ni otra son aptos para la generación, *único punto interesante para la Iglesia*. ¿Por qué esa indulgencia para la mujer estéril y ese rigor para el varón estéril? Misterios teológicos que no intentamos desentrañar; a menos que esas mujeres aptas para el placer, pero incapaces de engendrar, sean obsequiadas en razón de ser seguras como amas de cura o subintroductas.

Nos concretamos a señalar una incongruencia entre tantos desatinos teológicos. Ni la vasectomía, ni la limitación de la pro-

le, ni los anticonceptivos son lícitos en ningún caso porque dificultan o impiden la generación libre y a todo caño. Esta es la doctrina y la enseñanza de las Iglesias cristianas más ortodoxas y, desde luego, la doctrina teológica, infalible, de la Iglesia católicorromana.

Pero la ciencia y la historia enseñan que la constricción de la virilidad o de la femineidad engendra monstruos, y que los asexuales, hembras o varones, son, en buena parte, debidos a ese torturamiento de la sexualidad.

Además, la ciencia ha demostrado que los descendientes de alcohólicos, sifilíticos, anormales, enfermos... suelen resultar semejantes a sus progenitores; que el mundo está poblado de monstruos, locos anormales, homosexuales, enfermos..., gracias a las enseñanzas de las Iglesias cristianas, que obligan a sus víctimas a seguir engendrando hijos, a pesar de sus deformidades..., para no pecar y no ser condenados eternamente a la pena de fuego, *que quema y no consume*. La ciencia está en esto, como en casi todas las cosas, contra las enseñanzas *infalibles* de la Iglesia, y terminará por hacerse oír.

Unas estadísticas tomadas al azar lo demostrarán.

El doctor Polmann hace la descripción de 800 descendientes de una mujer alcohólica hasta la sexta generación, hallando 107 hijos ilegítimos, 102 mendigos, 181 prostitutas, 76 delincuentes y 7 homicidas, obligando a gastar al Estado 6.030.000 marcos.

El doctor Malley estudia dos famosas prostitutas de Nueva Evora, que en el espacio de cinco generaciones engendraron 709 delincuentes de toda especie, entre ellos 152 prostitutas, obligando a gastar al Estado, sin lograr redimirlos ni mejorarlos, 5.500.000 dólares.

El doctor Legrad, en Francia, de 215 familias de alcohólicos que sometió a examen halló, en el espacio de tres generaciones, 814 degenerados o delincuentes, 197 alcohólicos, 322 locos o idiotas, 161 muertos antes de nacer, 37 abortos y 131 muertos apenas nacidos.

El doctor Bourneville encontró, en París, de cada mil niños locos, idiotas y epilépticos, un 62 % procedentes de padres alcohólicos...

¿Para qué seguir llenando cuartillas con estadísticas, bien fácil, por otra parte, de

encontrar? Basta recordemos que el número de locos y anormales crece sin cesar, gracias a las enseñanzas de la Iglesia, que preconiza la generación a caño libre y sin control, aun en los borrachos, epilépticos, anormales y demás enfermos, a quienes no pone trabas al matrimonio, obligándoles o a pecar y condenarse, o a hacer hijos... para los manicomios y hospitales...

¿Cuál es la doctrina moral, filosófica, económica y religiosamente hablando: la de la ciencia heterodoxa y condenada por la Iglesia, que condiciona la generación y reglamenta los nacimientos y limita las concepciones, sobre todo entre anormales, locos, epilépticos, criminales..., o la de las iglesias que siguen considerando el más grave pecado hablar de estas cosas, dejando al instinto brutal, a la pasión ciega y sin trabas la más noble y alta función humana, que trae consecuencias de orden social gravísimas que pagan los hijos, sin quererlo y sin desearlo, y paga la sociedad, sin comprenderlo y sin intentarlo?

El dilema está bien claro: o teología o ciencia. O eugenesia, limitación, regulación, maltusianismo científico y sentido genésico, sometido a la razón y a la conciencia, o generación a caño libre, sin regulación ni estudio, sin método ni progreso, sin medios profilácticos y eugenésicos. La Humanidad puede escoger. Siguiendo las enseñanzas de la Iglesia logró esta Humanidad enclenque, atormentada, anormal; si sigue las enseñanzas de la ciencia, encontrará su camino y cesarán de nacer seres torturados y torturadores, monstruos, sin nombre y sin sexo, que concibieron en sus retortas místicas los teólogos y realizaron, en sus matrices enfermas y atormentadas, las mejores mujeres de la Cristiandad.

Porque, según enseña San Juan Crisóstomo, el pico de oro de los teólogos, en su homilía 62 sobre San Mateo, ni aun siguiendo a Orígenes el mal tendría remedio: «No se mitiga por la castración la concupiscencia, sino que se hace más ardiente, pues el esperma tiene fuentes por otro lado y se agita. Pues unos dicen que el furor erótico procede del cerebro, otros que... de los lomos.»

Bien explica el santo padre la causa de las aberraciones sexuales, tan frecuentes en los conventos, en los seminarios y entre los castos forzosos, que se castraron es-

piritualmente, conservando sus órganos intactos.

Ellos son la levadura más fermentada de la homosexualidad, que tanto se extiende por el mundo.

Y ahora comprendemos por qué Domiciano y Nerva dieron severísimas leyes para contener, sin poderlo lograr, la costumbre de la castración, que hacía cada día más numerosos los desdichados, que eran hombres entre las mujeres y mujeres entre los hombres.

Constreñir el sexo, encubrir sus funciones, ocultar sus misterios, torturar los cuerpos y las almas ha sido siempre misión de las Iglesias cristianas.

Ya es hora de desobedecer sus mandatos. El desnudismo, la limpieza sexual, el uso normal y razonable de los órganos de la generación, la educación sexual, la eugenesia, el neomaltusianismo consciente y científico, la vuelta a la Naturaleza, la vida libre y sin trabas artificiales y artificiosas, la ciencia enseñando y el hombre aprendiendo.

Ese es el único camino de salvación y la única manera de vencer todas las lacras, los horrores, las deformidades creadas por el error, el engaño y la hipocresía, predicada y enseñada **TEORICAMENTE POR LAS IGLESIAS CRISTIANAS.**

Porque... en la práctica, ya diremos lo que ocurrió en la práctica en un próximo artículo.

Matías USERO TORRENTE

Ex sacerdote católico

Advertimos a nuestros lectores en general y suscriptores que la dirección de ORTO se ha trasladado a Madrid —Apartado 454—, adonde debe dirigirse toda la correspondencia directiva; la correspondencia administrativa, giros, etcétera, envíese a nuestra Administración, en Valencia, calle de Vilargut, 3, "El Consorcio".

Objetadores de conciencia

LA decisión de partir para Londres me ha llegado esta mañana súbitamente, y desde la estación de San Lázaro, en lugar de apearme en París, que había empezado a serme familiar, me subí al tren que iba hacia el norte. Me he desviado así del itinerario fijado, pero decidido a dejar intacto mi cuaderno de notas. Pretextos: algunas conversaciones, algunas visitas a los centros de las organizaciones pacifistas internacionales para la realización de ciertas cuestiones de táctica.

El viaje a Londres ha sido un paseo, un intermedio en la excursión por Europa. El primer día: París-Dieppe-Pas de Calais-Newhaven y una tarde de orientación en Londres. Al día siguiente, carreras apresuradas a través de la brumosa y lluviosa metrópoli que percibí de manera fragmentaria, reconociendo de todos modos algunas plazas, el Hyde-Park, algunas manzanas de edificios, los muelles del Támesis, algunas instituciones oficiales: el Parlamento, la catedral de Westminster y varias arterias: desde la atareada Old-Street hasta el pintoresco Piccadilly, que recorrí holgadamente en 1925. El tercer día: British Museum —viaje a través de los milenios, la historia del planeta, entre los vestigios de todas las civilizaciones e indagaciones de unas cuantas horas en la biblioteca y en las secciones etnográficas—. El cuarto día, vuelta por el mismo camino, que no contemplé siquiera desde la ventanilla del Pullman ni desde el puente del barco: la mar estaba mala, agitada, caótica, y, para evitar el balanceo, permanecí extendido en el salón del medio, hojeando los *magazines* como en una peregrina convalecencia.

Londres debe ser considerado, sin embargo, como una gran piedra preciosa en el collar de las capitales europeas. E Inglaterra, con su industria y con su tráfico, con su civilización, debe ser integrada a Europa a pesar de todo su «espléndido aislamiento» que, en esa interdependencia universal es una sátira gastada lo mismo que John Bull, que sólo he visto en caricaturas. Londres es ese nudo vital de un sis-

tema de arterias y de nervios cuyas extremidades palpitan y vibran en todos los rincones del mundo. A la evocación del imperialismo británico aparecen todas las colonias, unas, vastas como un continente, y otras, simples islas estratégicas en el Mediterráneo o simples factorías en Oceanía. Sería prolijo resumir aquí la geografía del planeta, queriendo sugerir la fuerza de un Estado que ha llegado a la cúspide de su gigantasia y que, al cumplir su «misión histórica», cede de manera imperceptible, convirtiéndose las colonias en dominios y éstos en naciones que piden la autonomía y después la independencia: niños que fueron criados por una madrastra y que, al descubrir su propia individualidad, enarbolan la bandera nacional o revolucionaria en las ciudades dotadas de la técnica occidental.

El libro de Philipp Sassoon, antiguo ministro de la aviación inglesa, ha puesto en evidencia, más que otras exposiciones, la grandeza de ese imperialismo británico, pero también su inevitable evolución. Ilustrado con algunas admirables fotografías tomadas desde la altura, este libro, *La tercera ruta*, es el informe preciso y protocolario de una inspección aérea de los centros «de defensa» del imperio británico. Las colonias más distantes están unidas a la metrópoli por escuadrillas militares que en algunos días e incluso en algunas horas llegan hasta los rebeldes, dispersándolos —como se ha demostrado— por medio de una granizada de balas y meteoros explosivos... El ministro del Aire regresó satisfecho a Londres, para exponer ante el tranquilo Parlamento, tan seguro de sí mismo, la perfecta organización de la aviación británica que, en el corazón del África, en las fuentes del Nilo, en el Irak, en Afganistán y a los pies del Himalaya, vela por la tranquilidad de la aristocracia bancaria e industrial de la brumosa Albión.

Pero hay muchos ingleses que ven más allá de las apariencias monumentales del imperio y que se arriesgan a defender a los pueblos coloniales contra una «protec-

ción» que ya no tiene sentido. No consideraré al imperio británico tal como un bloque delimitado, como lo hace Goudenhove-Kalengi en la apología del Paneuropeísmo. La civilización inglesa, que no puede reducirse a los pabellones del tráfico mundial, como se apresuran a afirmar algunos sociólogos de gabinete, se halla ligada por la ciencia, por la literatura y por el arte a la cultura europea. Algunos momentos de la formación cultural europea serían inexplicables sin la aportación de un Shakespeare, de un Fox, de un Spencer y de un Darwin, de un Carlyle y un Disraeli, de un William Blacke y de un Oscar Wilde, de un Bernard Shaw y de un H. G. Wells.



Tengo que hacer observar en estas páginas la contribución esencial de los intelectuales ingleses al internacionalismo pacifista. Ella representa un carácter positivo y directo al sobrepasar la fase de los desideratums pasivos. Animados de tendencias más generalmente humanas, buen número de intelectuales ingleses han aplicado en su acción supranacional las cualidades específicas de su raza. La tenacidad, que sabe afrontar las violencias y el terror de los amos; un don de la precisión, un simple método de investigación y una documentación de los hechos que convencen más que los argumentos sentimentales. Sin discursos, en exposiciones claras y sólidas, han reunido datos y estadísticas presentados en un orden evidente, sin dar la posibilidad de una réplica casuística, como por ejemplo *Las mentiras en la guerra mundial*, de Arthur Ponsonby, presidente de War Resisters International, y cuya carta por la Paz ha sido firmada por cien mil hombres decididos a rechazar nuevas hecatombes. Sociólogos e historiadores han publicado el contenido de los tratados secretos, han denunciado los cálculos que son la base de tantas declaraciones por «el derecho y la civilización». Un Norman Angell, en su *La gran ilusión*, ha dado pruebas de una clarividencia profética. J. Maynard Keynes ha hecho graves advertencias en *Las consecuencias económicas de la Paz*, de 1919. Bertrand Russell, matemático y filósofo, un Romain Rolland, inglés por su actitud durante la guerra. Y el heroico, el martirizado E. D. Morel —cuyo

recuerdo debiera conservarse— fundador de La Unión por el Control Democrático, que ha ganado para ésta a todas las conciencias libres de Inglaterra y de otros países: más de cuatrocientas organizaciones con un millón de miembros están afiliadas a esta Unión. Su influencia ha sido también grande en los Estados Unidos. Los catorce puntos del presidente Wilson, lanzados en la víspera de la participación de América en la guerra, comprenden los principios fundamentales de La Unión por el Control Democrático, y no fué ella la que traicionó estos principios cuando se firmó el Tratado de Versalles.

A diferencia de La Unión por el Control Democrático, que tiende a evitar las guerras, otra organización de Inglaterra: War Resisters International (la Internacional de los Resistentes contra la Guerra) tiene como finalidad, como lo indica su título, la resistencia directa a toda clase de guerras. En tanto que el poder ejecutivo del Estado se halle en manos de una clase privilegiada, es problemático el evitar la guerra; pero la resistencia individual y colectiva es posible en todas las circunstancias.

War Resisters International, fundada en 1921 en Holanda con el nombre de Pace, fué trasladada a Inglaterra en 1923. Sostenedida también por los miembros importantes de La Unión por el Control Democrático, como Geo Lansbury, Wilfred Wellock (presidente de No More War Movement), esta organización, bajo la dirección abnegada de A. Fenner-Brockway, de H. Runham Brown, de Martha Steinitz y de Grace Beaton, tiene secciones en Francia, en Alemania, en Checoslovaquia, en Suiza, en Noruega, en Suecia, en Holanda, en Bélgica, en Finlandia, en Bulgaria, en España, en los Estados Unidos, en el Canadá, en Australia, en Nueva Zelanda, en la India... 42 secciones de 20 países fueron representadas y delegados de los principales movimientos pacifistas independientes tomaron parte en el primer Congreso de Hoddeston (Londres, 1925). Vi allí una especie de Parlamento supranacional, sin fausto, pero con una fuerza impresionante que dimanaba de la convicción y de la acción directa. Algunos delegados hablaron en nombre de varias organizaciones que cuentan millones de adheridos. Se proclamó allí la creencia en la unidad esencial de todas las naciones, por encima de la raza o de la religión.

La lucha contra el militarismo y contra la guerra fué preparada asimismo en este Congreso, como en los de Sonntagsberg (Tirol, 1928) y de Lyon (1930). Las resoluciones concernientes al servicio civil, a la actitud para con el Estado, el capitalismo, el comunismo y el fascismo, no han quedado como letra muerta, pues son aplicadas estrictamente por las secciones locales. El Boletín de War Resisters registra numerosos hechos de resistencias acaecidos en casi todos los países. Los pacifistas de todos los matices, desde anarquistas hasta tolstoianos, responden con la misma negativa que proviene del mandamiento bíblico primordial: «¡No mates!»

La acción de estos *consciencious objectors* (objetadores de conciencia), pues todos rehusan por motivos de conciencia, ha determinado a los Gobiernos de algunos países (Dinamarca, Noruega, Suecia, Finlandia) a instituir leyes especiales para el juicio de los que se niegan a llevar las armas. Estas leyes varían; en general, los que rehusan las armas son destinados a un servicio civil de mayor duración (1). Pero muchos enemigos de la guerra no quieren contribuir a ella ni aun de una manera indirecta, ni por medio de trabajos civiles, que podrán ser útiles en caso de guerra, ni mediante empréstitos de Estado que serán engullidos por el Moloch militar; no quieren hacer siquiera el servicio de la Cruz Roja que salva al soldado para lanzarlo de nuevo en el infierno sangriento. Así es como yacen por millares en las cárceles.

(1) Citamos a este propósito algunos estudios: A. de Bevere, «La objeción de conciencia», en la revista *Evolution*, núm. 7, julio de 1927; Manuel Devaldés, «El Estado mundial y el problema de la objeción de conciencia», en la revista *Mercure de France*, núm. 700, agosto de 1927; «Modern Marturs», documentos recogidos por W. R. I., Londres, 1928, y los folletos de Madeleine y de Marguerite Hecquet.

La acción de La Internacional de los Resistentes contra la Guerra tiene un efecto muy señalado en lo que concierne a «la autoridad del Estado». El punto 5 de su Declaración merece ser reproducido aquí en su totalidad:

«Vemos una causa importante de guerra en la concepción falsa y tan extendida del Estado. El Estado existe para el hombre y no el hombre para el Estado. Es necesario que el reconocimiento de la santidad de la vida humana sea el principio fundamental de la sociedad humana. Además, el Estado no es una entidad soberana e independiente, puesto que cada nación es una parte de la gran familia de la Humanidad. Por eso sentimos que los pacifistas serios adopten una posición puramente negativa, ya que su obligación es consagrarse a la abolición de las clases y de las barreras entre los pueblos y a la creación de una fraternidad universal basada en los servicios mutuos.»

En los Congresos de La Internacional de los Resistentes se ha llegado a esta conclusión lógica: la federación de todas las organizaciones que luchan por la paz en una Internacional Pacifista cuyo núcleo es el Joint Peace Council. He tenido numerosas ocasiones de convencerme, en mis peregrinaciones europeas, de que esta idea de la federación (lanzada por mí en el Congreso de 1925) corresponde a una necesidad orgánica, y que el Joint Peace Council llegará a ser finalmente una Internacional Pacifista suprema, garantía definitiva de la paz mundial. Debemos a los objetadores de conciencia de Inglaterra, intrépidos y clarividentes precursores, nuestra gratitud por la transformación de una idea en acción realizadora.

Eugen RELGIS

Bucarest, 1933.



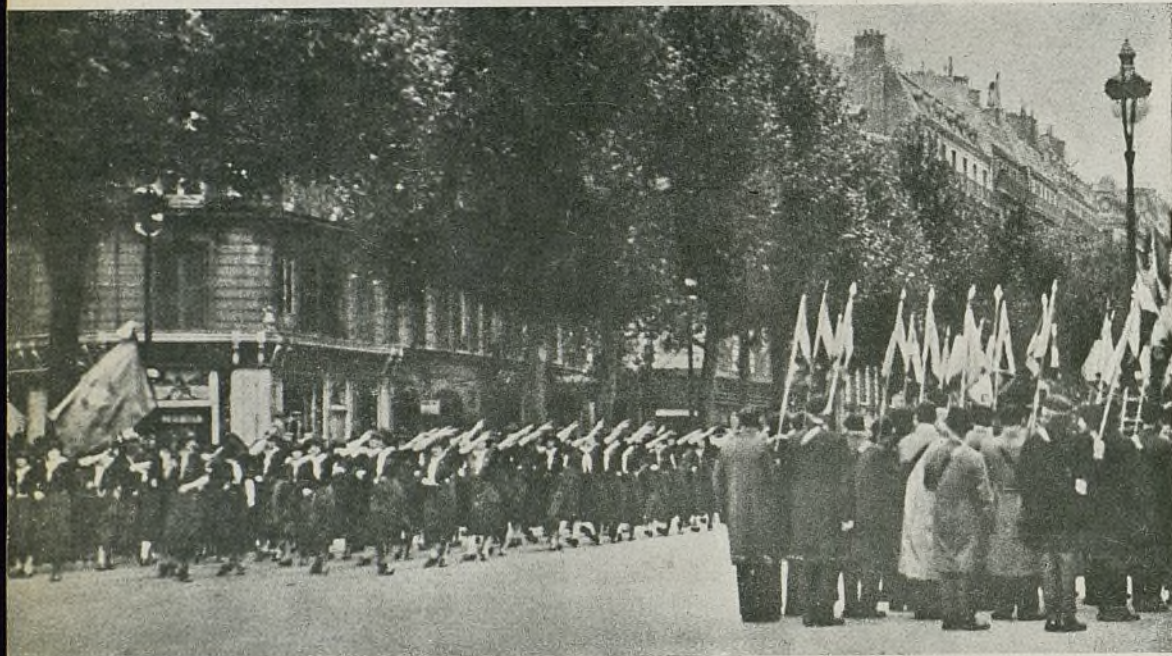
Las instituciones armadas cuidan de que no sea perturbada la tranquilidad de las «gentes de orden». (Fotomontaje de Manola Ballester.)



Alcaldía de Madrid

¡EL TERROR BLANCO INTERNACIONAL SE ORGANIZA!

En París. Las muchachas miembros de Acción Francesa saludan con el brazo levantado la estatua de la Virgen de Orleáns. El fascismo de Acción Francesa es ferozmente antialemán y quiere restaurar la monarquía borbónica.



En América, un grupo insignificante hizo una salida para darse a conocer en Filadelfia.

Estudiantes rumanos, en parte uniformados, llevan una cruz a la tumba del soldado desconocido.



INGLESAS FASCISTAS.—Sir Oswald Mosley, líder de los camisas negras ingleses, pasa revista a sus tropas femeninas, que se ofrecieron a la curiosidad pública en Londres por primera vez el 16 de julio.



El emblema de los fascistas ingleses, idéntico al de sus congéneres italianos.



Una foto del cuartel general de los fascistas ingleses, cuya estructuración y normas están inspiradas por completo en el fascio italiano.



Octavilla repartida por los fascistas ingleses, cuyo texto dice:

«La verdad sobre la batalla que sostiene Adolfo Hitler en pro de la civilización.

¡Cómo destruir a los destructores del mundo!

¡Viva Hitler!

¡Viva el Japón!

¡Viva Henri Ford!

Los tres campeones de la humanidad.

¡Mueran los judíos y sus tres instrumentos de control del mundo:

El patrón oro.

El soviet.

La Liga de las Naciones!»

The TRUTH about Adolf Hitler's Battle for Civilisation!
How to Destroy the World's Destroyers!
HAIL HITLER!
HAIL JAPAN!
HAIL HENRY FORD!
The Three Outstanding Champions of Humanity.
Knock Out the Jews' Teeth; overthrow their Three Great Instruments of World Control: The Gold Standard, The Soviet, The League of Nations.
Price 2d. each. 1/6 per dozen.

Las tropas fascistas han arraigado fuertemente en la Pusta. Su líder ha visitado hace poco a Hitler.



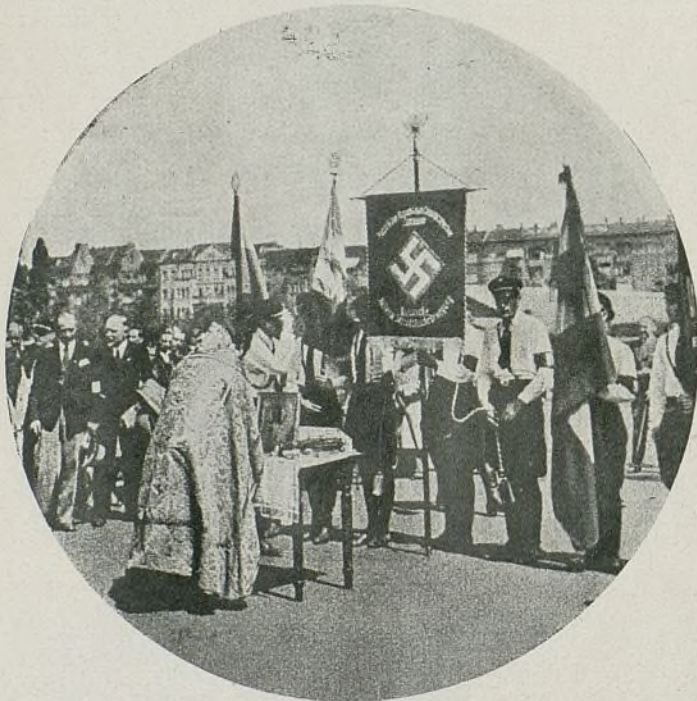
La swástica húngara que lleva en el centro el mapa de la Gran Hungría, cercenada por el Tratado de Triánón.





Como antiguamente en Alemania, los «nazis» suecos marchan protegidos por la «poli». Como bien puede verse, los «nazis» suecos imitan a los alemanes hasta en los más mínimos detalles.

FASCISTAS RUSOS EN BERLIN.—Bendición de un estandarte del partido nacional socialista ruso en la plaza de Fehrbelliner.



En el Japón saludan con el brazo levantado. El reciente partido fascista del Japón está dirigido por el ex ministro del Interior, Adatschi.



El infierno de la patología sexual

La patología del amor es un infierno, cuya puerta no debe abrirse jamás —dice Remy de Gourmont en su *Physique de l'Amour*—. Esta declaración melodramática sólo podía haber sido firmada por un filósofo del amor, por muy admirables que fueran sus opiniones, pero sin la menor preparación científica, y es sorprendente verla avalada por un ginecólogo como Van de Velde.

Es, desde luego, una ventaja, como decía Aristóteles, ser maestro de la metáfora, y aquí una puerta del infierno es una metáfora muy bella, pero equivocada. No estamos aquí en la situación de una *Divina Comedia*, como la que el Dante ofrecía, sino en los reinos de la biología, donde lo fisiológico se convierte siempre en patológico casi imperceptiblemente y sin necesidad de abrir ninguna puerta.

Los elementos de la patología han de encontrarse en los procesos fisiológicos y patológicos, que aún siguen las leyes de la fisiología. Todo hombre, normalmente constituido, en materias sexuales, cuando lo examinamos cuidadosamente, suele presentar algún elemento anormal, y el hombre anormal no hace más que manifestar de un modo desordenado o extravagante alguna fase del hombre normal. Normal y anormal, tomados en su sentido de masa, no son más que variaciones de diferente grado de la misma curva. La mujer amante que exclama: «¡Te comería!», está relacionada y sólo separada por pequeños eslabones de John the Ripper. Todos poseemos dentro de nosotros, en una forma más o menos desenvuelta, los gérmenes de todas las atrocidades.

No es, sin embargo, porque sea anormal, por lo que un acto sexual se hace reprobable. Este punto de vista prevaleció una vez. Una estrecha concepción de lo que es natural, ha dominado; todo era antinatural y habría de vituperarse, si no castigarse muy severamente, pues quizá era un crimen y casi seguramente un pecado. Ahora que nuestro conocimiento de lo que es natural ha aumentado y que la existencia de variaciones sin fin en la Naturaleza se admiten, una concepción diferente tiende a prevalecer. Hallamos una distinción natural. La cuestión no es ya: «¿Es anormal el acto?», sino: «¿Es perjudicial?» La sociedad no se ve influida por las variedades de parejas sexuales, sino por los problemas de determinar cuáles de aquellas variaciones infringen daño. La cuestión es de alguna importancia desde que se creyó por médicos experimentados que muchas «perversiones», como tales variaciones de la actividad sexual suelen llamarse comúnmente, se han hecho más comunes durante los últimos años. Numerosas causas han contribuido a este resultado.

En parte, se da una significación a la disminución de la prostitución y a una mayor repugnancia a la

relación sexual con las prostitutas, sustituyéndose por el placer sexual con mujeres que, por escrúpulos morales o temores de embarazo, no quieren permitir las relaciones sexuales normales.

En adición a esto, ha de considerarse probablemente un grado mayor de refinamiento en el avance de la civilización, que lleva a los amantes a hallar placer en actos que entre los primitivos, o aun entre ellos mismos, en ausencia de un amor pasional, serían desagradables. Hay, desde luego, también, aquello que por una desviación hondamente enraizada del sentimiento sexual, tal como la inversión, masoquismo o fetichismo, sólo hallan una satisfacción sexual posible cuando el estímulo llega a ellos, pero por algún medio anormal. Aun aquí, lo que llamamos «perversión» cuando no se llega a un punto extremo, es como Wolbarst establece la que se halla frecuentemente como elemento normal en las vidas de individuos normales. Freud ha dicho, y, probablemente, con acierto, que no hay una persona saludable en quien no aparezca alguna vez algún elemento de anormalidad. Esto es: que la conclusión a la que llegamos más lentamente es que la gratificación anormal del impuesto sexual, aunque inútil o aun reprobable, no exige ninguna condena por nuestra parte, excepto en dos casos: el uno, que afecta a la medicina, y el otro, a la ley. Esto es: en el primer caso, el asunto de la actividad anormal puede ser dañoso para la salud, en cuyo caso necesita de una terapéutica médica o psicoterapéutica, o, en el segundo caso, puede ser dañoso para la salud o los derechos de su compañero o de un tercero, en cuyo caso la ley está autorizada para intervenir. Hay un número de casos en los cuales esto ocurre, en tanto hay también muchos otros casos en que en países diferentes la ley reacciona, o, en opinión de algunos, devuelve el daño infringido. Tales daños son, por ejemplo, la seducción de un menor, la injuria a los derechos de otro cónyuge por adulterio, el contagio venéreo durante el coito, la imposición de lo que en el aspecto objetivo (aunque no se intente así) es crueldad para obtener el placer sexual, etcétera. En muchos de estos temas hay una conformidad, generalmente.

Un asunto sobre el cual continúa la más absoluta discrepancia de opiniones, y en diferentes países, es la homosexualidad.

La homosexualidad ha existido siempre y en todas partes. Es una de las condiciones intersexuales que se mantienen en la curva natural e inevitable de las variaciones. Aparte de esto, y aparte también de fundarse en la relativa indiferencia sexual de la vida primera en algunas tierras y civilización, se ha hecho más popular como moda o más perseguida como ideal. No puede ser arrancada de raíz ni por disposiciones legales, por muy severas que sean, ni por una reprensión social. En los primitivos pueblos cristianos, después que el Estado, con Constantino, hubiera sido

canonizado por la nueva religión, la homosexualidad fué objeto de feroces decretos, y en Francia, aun hasta el tiempo de la Revolución, los pederastas solieron ser quemados. Después de la Revolución, sin embargo, el Código de Napoleón, todos los actos de simple homosexualidad, llevados a cabo en privado por adultos consentidores, cesaron de ser castigados, aunque se recurría a penas severas si se ejecutaban en público con un menor. Esta regla es la seguida por aquellos códigos influidos por el Código de Napoleón. En otros países, sin embargo, y principalmente en Inglaterra y los Estados Unidos, la antigua actitud severa persiste aún y parece difícil modificar las antiguas leyes, ya que todo lo que se ha logrado ha sido evitar que se cumplan a rajatabla.

Aún hay mucho que hacer para contribuir al nacimiento en la sociedad de una actitud más amplia y comprensiva. Aparte de la consideración de que los actos sexuales, cuando no son motivo de ofensa pública, interesan a las personas que los cometen y a nadie más, hemos de recordar que tales actos son principalmente el proceso resultante de una constitución innata. Cuando los así llamados o que lo parecen, casos congénitos de desviación sexual, vienen ante el médico, éste se halla ante un difícil problema. Tratará de hacer al paciente «normal», cuando para él la «normalidad» sería lo que para una persona genuinamente normal sería antinatural y una perversión. Estoy de acuerdo con Wolbarst, que dijo que «nos podemos encontrar posiblemente en el camino exacto, si actuamos en él desde el punto de vista de que una desviación sexual que ha dado satisfacción sin daño a un individuo cualquiera, debe juzgarse normal para aquel individuo», aunque debe añadirse que nuestra actitud se modificará si al mismo tiempo el daño se infringe a otro individuo. No tenemos el propósito de emprender la tarea ineficaz de la supresión drástica, aunque facilitaremos el tratamiento médico o aun quirúrgico de los que deseen escapar de lo que pueden juzgar como una carga congénita y adquirida, demasiado pesada para ser soportada. Debemos tratar de ser no sólo justos, sino comprensivos.

La mayor tolerancia en materias sexuales ahora aparece deseable y no sólo es un motivo de justicia para las personas que se apartan de lo normal. Pesa en toda la constitución social y añade una nueva estabilidad al sistema moral. No sólo es una tarea sin esperanza el tratar los delitos sexuales como inmoralidades o crímenes, sino que la moral se desacredita con sus fracasos, y el hecho de prevalecer las variedades es adulterado, ya que en tales materias, por lo que nos es dable saber (está perfectamente reconocido en lo que atañe a la ley seca), las prohibiciones son nuevos excitantes.

Licht, el historiador de las manifestaciones sexuales en Grecia, ha señalado la rareza de las perversiones sexuales (la homosexualidad no es más que el suplemento normal al matrimonio); en Grecia, Loraon señala que para los griegos los asuntos sexuales estaban fuera de la moral (excepto cuando eran niños las víctimas o se trataba de violaciones) y tenían que verse únicamente como ofensas contra el Estado.

Dondequiera que las relaciones normales son

libres, las variaciones no son artificialmente adulteradas, y si ocurren, tienden a pasar inadvertidas. «Puede parecer paradójico, pero es cierto —afirma Wolbarst—, que la difusión de la perversidad sexual en América, recientemente, ha sido debida principalmente, y aunque sin querer, desde luego, a las agencias morales.»

No podemos esperar ni desear la vuelta a la moralidad griega, y su ideal de «lo bello, tanto en el cuerpo como en el alma», estaría ahora fuera de nuestro alcance. Pero no dudamos que gradualmente acabaremos con las falsas nociones y las rígidas tentativas de prohibir legal o socialmente hechos que han causado tanta molestia y confusión en la historia sexual de nuestro pasado tan cercano. Haciéndolo, purificamos nuestra atmósfera espiritual y fortalecemos nuestro código moral, apartando de él prescripciones que son meramente un reconocimiento de debilidad.

La educación sexual como medio de contrarrestar el desequilibrio de la patología

Cuando registramos las manifestaciones de la infancia, vemos que, en relación con el sexo, muchas veces son completamente nulas, como si no existieran; cuando se presentan suelen ser vagas e inconcretas, y cuando son definidas no deben aplicarse del mismo modo que si fueran manifestaciones que tuvieran lugar en un adulto.

Consecuencia de esto ha sido que —alejando aquellas personas, cada vez menos en número, que se horrorizan de la sugestión de algún impulso sexual en la psiquis infantil— aun buenos observadores varían mucho en los hechos que deducen en relación con el sexo en la temprana vida de los hombres. Hay algunos que no pueden llegar a percibir ninguna manifestación sexual genuina entre niños normales; hay otros que las reconocen, pero tanto en niños normales como neuróticos, aunque creen que estas manifestaciones cambian y varían, y hay otros que, aun admitiendo la presencia de signos sexuales, no lo juzgan como normales en la niñez. Esta es la opinión de Rank en su obra *La educación moderna*. La sexualidad es natural en el niño; es más bien el enemigo natural del individuo, contra el cual se defiende desde el principio con todo el vigor de su personalidad. Tal punto de vista, al menos se armoniza con la actitud común frente a la cultura primitiva, aunque estemos o no autorizados a hacerla retroceder hasta la niñez.

La actitud esencial hacia la sexualidad en el niño es, por consiguiente, de una higiene cuidadosa, que debe ser siempre y en todo caso no molesta. Los impulsos eróticos infantiles son frecuentemente inconscientes, y nada se gana por hacerles convertirse en conscientes o por concentrar la atención en ellos. Es necesario evitar que el niño se dañe o dañe a los otros. Parece asimismo deseable en algunos casos prevenir a la madre, no contra un propósito excesivo de castigar al niño que exhiba estas tempranas manifestaciones, sino contra algún

exceso de ternura que pueda despertar indebidamente las emociones de niños muy susceptibles. Es, sobre todo, necesario cultivar una comprensión de la naturaleza infantil. Los adultos suelen inclinarse a atribuir sus propios sentimientos a los niños. Muchos actos de los pequeños, que en adultos revelarían motivos sexuales viciosos, no tienen frecuentemente en ellos ni siquiera el menor motivo sexual, sino que surgen meramente del impulso del juego o del afán de conocimiento. Este engaño ha sido, sin duda, favorecido en los últimos años por los partidarios sin reservas de las doctrinas psicoanalíticas. Es lamentable que los que gustan de estudiar la niñez hayan sido frecuentemente gentes que han ganado su competencia en el estudio de enfermos neuróticos. «Todas las conclusiones generales han derivado del estudio de los seres neuróticos», dice Otto Rank en su *Educación moderna*, y añade: «Por ello, debe ser recibida con gran cuidado, puesto que, en otras condiciones, el hombre reacciona de modo diferente.»

Añade que el niño de hoy no puede ser comparado con el hombre primitivo, y que sería tal vez mejor que la educación no fuera demasiado definida y concreta.

Se mantiene ahora por las mejores autoridades que la dirección sexual de los niños deberá comenzar en una edad muy temprana, y que una madre sabia y tierna es la persona ideal a quien toca desarrollar este deber maternal. Puede añadirse que sólo una madre puede desempeñar este papel adecuadamente, y que la especial preparación de las madres es una condición esencial para el completo desenvolvimiento de los hijos. Hay un peligro, del que se habla algunas veces: el de que las mentes infantiles se concentren artificialmente en temas sexuales, de los que de otro modo pudieran permanecer inconscientes. Es importante, sin embargo, recordar las operaciones naturales de una mente infantil. Un deseo infantil de conocer de dónde vienen los niños no es ningún síntoma de consciencia sexual; es un deseo natural de descubrir un importante hecho sexual; es un deseo natural de descubrir un importante hecho científico. Nuevamente, a una edad un poco más avanzada, el deseo de conocer y ver cómo son los cuerpos de las personas del sexo opuesto, son igualmente inocentes y naturales. Es la supresión forzada e irrazonable de estas curiosidades naturales, y no su satisfacción, la que favorece una consciencia sexual anormal. El niño, secretamente, se concentra en la solución de estos misterios, únicamente porque cualquier tentativa de resolverlos es rechazada de modo sistemático.

No debería haber nada especial sobre el conocimiento del sexo en la información que la madre proporciona a su hijo. Cuando la relación entre madre e hijo es natural e íntima, toda función debe venir de tiempo en tiempo a ser considerada, y la madre sensible tratará con cada una de ellas cuando surjan, aunque no llevando su información más allá de lo que el niño exige. Los órganos sexuales y de excreción se tratarán como todos los demás y sin el menor signo de repulsión o disgusto. Los criados

y las doncellas han solido tratar siempre estos actos sexuales o de excreción con disgusto. La madre cabal no siente repugnancia por las excreciones de su hija, y esta actitud es importante, porque en cuanto los órganos del sexo y de la excreción están en la superficie tan unidos, cualquier actitud de repulsión hacia uno influye forzosamente al otro. Se dice algunas veces que la actitud justa que debe inculcarse es que ambos órganos no son ni sagrados ni repulsivos. Pero de un modo u otro debe aclararse en breve, que si bien los dos órganos son naturales y no repulsivos, hay una diferencia entre su significado final, y que lo que procede del sexo puede ser tan trágico para el individuo y tan trascendental para la raza, que aunque rechacemos la palabra «sagrado» por el sexo, hemos de encontrar otra de igual significación.

El valor de la temprana instrucción sexual en la vida que sigue, lo muestra el doctor Katherine Davis en su extensa investigación entre las mujeres casadas. Divididas en dos grupos, según se juzgaban felices o desgraciadas en su matrimonio, pudo ver que un 57 % del grupo de las felices había recibido alguna instrucción sexual en su niñez, y solamente un 44 % de las desgraciadas la habían tenido. Los resultados del doctor G. V. Hamilton, que se fundan sobre un área mucho más pequeña, no están completamente de acuerdo, pero hay un hecho significativo de que la mejor base para la instrucción sexual de las niñas era la madre; un 65 % de las mujeres casadas que recibieron esta educación estaban en el grupo de aquellas cuya relación sexual era satisfactoria; pero menos del 35 % figuraban en el grupo de las infelices; cuando la temprana información venía de muchachas de la misma edad o de conversaciones obscenas, el porcentaje de las felices descendía a 54, y la vida matrimonial del pequeño grupo que había recibido esta información del padre o del hermano, era, desde luego, completamente insatisfactoria.

Los puntos que deben señalarse con especial interés son los que las sencillas y naturales preguntas del niño deberán responderse siempre del mismo modo, simple y natural, en el momento en que se enuncian, para que sus pensamientos no se detengan en ellas y la emoción se engendre por la creación de un misterio. Es precisamente por esperar demasiado por lo que suelen engendrarse los malos pensamientos.

En cuanto se relaciona con el cuerpo desnudo, buena parte de la curiosidad mórbida del niño se despierta en él cuando crece sin haber visto los cuerpos desnudos de niños del sexo opuesto, y así la contemplación casual de adultos desnudos por vez primera pueden producir una impresión dolorosa. Es de desear que los niños se familiaricen con la contemplación de los cuerpos desnudos de los otros, y algunos padres adopten a su vez el plan de bañarse desnudos con sus hijos cuando los últimos son aún muy pequeños. Muchos riesgos se evitan de este modo, en tanto esta simplicidad y franqueza tiende a alejar el desenvolvimiento de la consciencia sexual y a destruir la creación de cu-

riedades indeseables. Puede aún suceder que el muchacho que se ha criado familiarmente con su hermanita desnuda, hasta no descubra que hay ninguna diferencia sexual de su conformación física. Todas estas influencias dilatan la precoz consciencia sexual y son de buen augurio para todo desenvolvimiento sexual; el sabio higienista se da cuenta de que este fin no puede lograrse más que por la creación artificial del misterio.

Pero debemos siempre conservar en nuestra mente la idea de que la actitud hacia el niño que pueda reconocerse como la mejor no está establecida aún de un modo definitivo. Es cierto que, como se ha dicho últimamente, el niño tiene que crear sus padres, de acuerdo con sus necesidades; es asimismo verdad que la situación así presentada no es fácil de ajustar a la base de nuestras antiguas tradiciones, en donde la existencia debe ser en todo instante reconocida, con lo que la posición del niño es mucho menos simple de lo que solía ser. Esto hoy no es, en realidad, muy difícil. No está sujeto a un método colectivo, generalmente adoptado y previamente determinado en cuanto a su educación, pero no está aún lo bastante desenvuelto para asumir la propia disciplina del adulto.

«El niño de hoy —hace notar Rank— tiene que pasar por una niñez más crítica que el niño de cualquier otro período anterior en la historia del hombre.»

No debemos, por consiguiente, sorprendernos si aun bajo condiciones, generalmente mejorando, nos encontramos aún el niño difícil. Lo mismo la herencia que la educación tienden aún a la producción ocasional de niños de este tipo. Los puntos de vista más claros que comienzan a prevalecer, probarán frecuentemente un guía suficiente al tratar estos casos, sin recurrir a la asistencia especial de un experto, pero no siempre hemos de mirar con satisfacción la creencia en aumento de mirar a estos niños difíciles, no como antes simplemente traviesos o «viciosos», sino temas de estudio para la atención combinada del médico, el psicólogo, el psiquiatra y el sociólogo.

Las clínicas para el bienestar infantil son muy de desear y se reconocen cada vez más como próximas desde 1909, en que con la ayuda de la inspiración y de la generosidad de Mr. W. F. Dummer, el Instituto Juvenil Psicopático, con el doctor William Healy como director, fué organizado en Chicago, quedando constituido en 1914 como un departamento de los Tribunales infantiles. Esto puede decirse en cuanto al origen del movimiento en favor de estas clínicas de asistencia infantil. Como desde entonces se han desarrollado, consisten esencialmente en un grupo de personas: psiquiatras, psicólogos y sociólogos. Sucede algunas veces, que un doctor con un equipo especial y personal para tales casos puede de un modo más simple y conveniente combinar estas tres funciones en sí mismo, pero rara vez coinciden ni puede el doctor habitualmente encontrar tiempo para trabajo de tanta especialización. Es probable, por ende, que estas clínicas continuaran desenvolviéndose, aunque no en relación con nin-

guna escuela especial de pensamiento o de práctica, lo que sería muy de lamentar. El Instituto Nacional de New York, de Asistencia Infantil, se ha planeado en gran escala. La clínica londinense de asistencia infantil se organizó en 1930.

Las investigaciones invocadas por la Asistencia Infantil nos permiten llegar a un conocimiento más profundo de los tipos humanos. Lo que ahora se llama «Constitucionología», el estudio de los tipos especiales psicofísicos, en los cuales tienden a caer los seres humanos, mostró excepcionales atractivos para los médicos de un primer período, puesto que tal estudio es, sin duda, de gran importancia, lo mismo para la Medicina que para la vida misma. Es únicamente en los últimos años cuando los datos han tenido existencia real al colocar este estudio sobre una sólida base. Puede decirse que fué sólo en 1921, con la publicación del libro que marca toda una época, del profesor Kretschmer, *Physique and Character*, que la actividad constitucionológica se ha conocido con los mismos cimientos científicos, aunque está aún en período de crecimiento y desarrollo. Observados ampliamente, la educación sexual posee hoy una significación más profunda de la que ha tenido jamás. La iniciación sexual en la pubertad ha sido siempre de una importancia racial reconocida. En el Africa Central, por lo que sabemos, y en muchas otras partes del mundo, entre gentes a los que llamamos más o menos adecuadamente «primitivos», tal iniciación es a la vez un rito sagrado y una preparación práctica para la vida adulta. El niño puede ser, y frecuentemente es, familiar con el sexo como un juego, y los adultos suelen mirar estos juegos sexuales con indulgencia. Pero la pubertad se hace ya materia muy seria. Las solicitudes de la comunidad y de la raza, sus derechos han de ser considerados; el joven o la muchacha ha de ser preparado para su puesto social en el grupo, y para ello es necesario lo que se llama una educación moral. Es frecuentemente pequeña y cortante, quizá se acompaña de alguna mutilación física o de severa abstinencia o insolación, en tanto los mayores proporcionan la instrucción en los deberes de la vida y revelan los sagrados misterios de la tribu. De aquí en adelante, el niño se hace hombre o mujer, y adquiere nuevos privilegios, nuevos derechos, nuevas responsabilidades. Es un sistema admirable; nada mejor podría pensarse en condiciones de vida más o menos primitivas. Desgraciadamente, en el cristianismo, las reliquias de tales sistemas han decaído hasta ser insignificantes y haber desaparecido en absoluto.

Hoy nos damos cuenta de la pérdida y tratamos de repararla. Pero no podemos ya construir sobre el mismo plano, y antes de construir hemos de considerar la naturaleza de la fase de civilización que estamos viviendo. En esta fase, la insistencia está de parte de la inteligencia y de los métodos de enseñanza, que han adquirido mayor popularidad y que son métodos de educación por la inteligencia. Así se ha llegado a que nuestro sistema educativo haya hasta el presente excluido casi completamente al elemento irracional del sexo; ellos han tenido

muy poco de común con aquéllas admirables, y en tanto como las condiciones lo permiten, completan esquemas de iniciación que prevalecieron en las primeras edades del mundo, las edades en las que el hombre aprendió a ser hombre. La educación con nosotros no ha sido una educación para la vida, sino sólo una parte de la vida, especialmente para ganar dinero.

Esto se ha asociado —en varios grados— con la indiferencia, el disgusto, aun el desprecio, para aquella parte de la vida que se funda en el impulso sexual, ya que ha fracasado de venir a la esfera de la inteligencia, con lo que nuestras actividades educativas estaban en contacto. Es un hecho familiar que entre los productores de nuestro sistema educativo; los individuos más hábiles, esto es, los que muestran estrechas habilidades concentradas en el cultivo de la inteligencia, suelen adoptar una actitud provocativa y cínica donde los temas del amor y del sexo se estudian. Esto es: el resultado natural de su preparación escolar, aunque no fué aún designado previamente. No es, ciertamente, el resultado natural de los antiguos métodos de iniciación en la vida. Al construir nuestro nuevo sistema hemos evitado el peligro de los sistemas de los que tienen su procedencia directa.

Pero hay otro punto, y uno en el cual debemos evitar el ejemplo de las sociedades primitivas, y él es el de dilatar la iniciación sexual hasta la pubertad. La obra de los psicoanalistas ha reconocido el hecho, que aunque previamente sabido, no era adoptado en toda su significación, que la sexualidad no comienza en la pubertad. El sentido racial de la sexualidad comienza en la pubertad, pero su influencia personal, que es racial indirectamente, puede, y frecuentemente lo hace, comenzar mucho antes, aun en la infancia.

Un resultado práctico de este hecho es que la primera iniciación en los temas sexuales, al surgir en la primera niñez, se ha tomado de las manos de la comunidad que antiguamente conducían las iniciaciones durante la pubertad y colocarlo en las manos de los padres. Bajo estas condiciones, no es una iniciación formal y consciente, pero un proceso tardo, natural y casi imperceptible bajo la dirección de un padre, generalmente la madre, que se libera de los «taboos» y las inhibiciones que primero hicieron dificultoso para los adultos reconocer la existencia de los fenómenos del sexo en cuanto hacía referencia a sus hijos o a hablar de ellos naturalmente.

En las escuelas, de un modo simultáneo, y según el niño se desarrolla, podemos esperar razonablemente el ver en él una educación elementalmente biológica, recogiendo los hechos principales de la

vida humana, incluyendo, aunque sin ninguna insistencia indebida, el sexo, y proporcionando esta enseñanza a niños y niñas. Como un distinguido biólogo, Ruggles Gates, ha dicho: «Todo niño estudiante, niño o niña, debería, como una parte esencial de su educación, recibir alguna instrucción en relación con la naturaleza, la estructura, la acción de los organismos, como las plantas o los animales, tanto como su parentesco y las reacciones de unos sobre otros. Ellos deberían saber algo más sobre la herencia y darse cuenta de que todo organismo hereda y transmite sus peculiaridades genéticas, hasta los detalles más nimios.

Esta educación, según se desarrolla, conduce a una iniciación racial, correspondiéndose con los ritos de pueblos más primitivos. Es a lo largo de estas líneas biológicas que podemos llegar a la concepción moderna de aquel aspecto del sexo que los antiguos miraban como sagrado, pues no debemos, lo digo una vez más, aceptar la idea de aquellos tonos, aunque bien intencionados, que desean educar a sus hijos en relación con la sexualidad al mismo nivel o altura en que la nutrición y la excreción. A lo largo de la línea de la biología, es fácil comprender que el sexo es más que esto; no es meramente el canal, a lo largo del cual la raza se mantiene y edifica: es la fundación de todos los sueños del futuro. Hay otros fines más personales, a los cuales debe dirigirse el impulso sexual, pero siempre permanece este hecho sólido y central.

Los otros fines, asimismo, son importantes. La indiferencia y aun el desprecio, con el cual nuestros sistemas educativos han tratado el impulso sexual, han coartado los poderes amplios de este impulso. Sin embargo, han hecho al mismo tiempo más urgente la necesidad de mirar más y desenvolver las energías que residen en el impulso sexual. La inteligencia sola, indispensable como lo es desde luego, es estéril; no tiene ninguna influencia vital y penetrante en el organismo. Pero entre las tendencias esterilizadoras de nuestra vida, el impulso del sexo permanece aún sin pareja, por muy oculto y despreciado que haya sido. Es aún, quizá como Otto Rank lo ha definido, «la última reserva emocional que la racionalización exagerada de nuestra educación nos ha dejado». Aquí, como en sus manifestaciones naturales y en sus sublimaciones —pues las dos van juntas— ningún país puede florecer con la completa supresión de la otra; poseemos la máxima esperanza por lo que hace a nuestra civilización futura.

Dr. HAVELOCK ELLIS

(Versión española de Hildegart.)

La economía española y el Sindicalismo

NUNCA como ahora se ha visto tan claro la necesidad de ordenar los intereses de la economía capitalista. El mundo marcha a la deriva de sus propios errores, sin encontrar el cauce normal que le lleve a puerto de salvación. Cuando han visto que la libertad económica les llevaba a una ruina segura, han pensado que una ordenación, una intervención y dirección del Estado era necesaria para evitar el derrumbe definitivo.

La economía liberal, clásica, ha cedido, al fin, al peso de sus contradicciones. De ahí la pugna, la enorme tragedia que se cierne sobre el sistema burgués. Porque para ordenar ha de ceder en mucho su apetito de lucro.

Para la economía capitalista ha sido un gran contratiempo tener que rectificar sus postulados básicos de libertad de contratación y desenvolvimiento económico.

Hemos venido observando en nuestro panorama económico cómo nuestra nación va resolviendo el difícil problema de la intervención con el liberalismo atávico de nuestros empresarios.

Recientemente tenemos varios casos típicos de esta naturaleza. La Conferencia del Azúcar se ha reunido, bajo los auspicios del Gobierno, para tratar de la solución de sus problemas específicos. Dejando aparte los intereses particulares que se mueven alrededor de esta Conferencia, vemos cómo la economía capitalista ha llegado al grado máximo de su descomposición. El problema del azúcar nos da una idea clara. Hay exceso de producción de remolacha; cada año ha ido aumentando ésta hasta llegar a rebasar el consumo nacional; se ha fabricado azúcar en exceso y, en cambio, no hemos visto una sensible baja que beneficiara a los consumidores. Hay grandes existencias de azúcar en las grandes fábricas; mas no por eso se ha visto disminuir su cotización para que llegara a todos los ciudadanos. Y ante una posible baja del artículo, por su gran exceso de fabricación, se reúnen ahora para concertar la restricción de plantaciones de remolacha y otras ordenaciones y limitaciones de la economía azucarera, con el fin de sostener los precios y no producir más que la cantidad indispensable a las necesidades, no del consumo, sino de su renta. Lo importante, para ellos, es que ésta no baje, aunque grandes zonas del pueblo no lo puedan adquirir.

Luchan en este asunto dos grupos dispares de la economía: los que aún pueden resistir el régimen de libertad industrial, por el equipamiento moderno de sus fábricas, y los que no pueden competir por su utillaje atrasado. Los primeros rechazan la intervención; los segundos claman la intervención reguladora y coercitiva del Estado, para evitar su muerte. Unos, que quieren llegar a la contingentación de la producción azucarera; otros, que reclaman la libertad en el ejercicio de la industria.

Lo cierto es que la producción ha ido creciendo. De 167 toneladas en los años 1922-23 a 367 en 1931-32, para descender en este último año a 250.

Igual que con el azúcar está ocurriendo con otros productos básicos de nuestra economía agrícola. El vino, que figura entre nuestros primeros artículos de exportación, se está reduciendo para evitar el exceso. Los interesados se agrupan en forma sindical, comprendiendo su organización desde la célula productora hasta el gran exportador, con el fin de restringir las plantaciones de viña y que nuestros caldos obtengan un

Ayuntamiento de Madrid

precio remunerador en sus cálculos. Lo mismo ocurre con el aceite, la naranja y otros productos. Todos han adoptado nuestra estructuración sindical, pero con vistas al mayor lucro.

Ante esto, el sindicalismo obrero español debe estructurar también su Consejo Económico Nacional y estudiar y conocer perfectamente esta organización patronal, cuyos datos y estadísticas pueden servir de base a estudios futuros, de forma que, en el momento adecuado, puedan ensamblarse las dos organizaciones y llevar a cabo la gran obra de la transformación social, sin grandes convulsiones en la economía. Sólo faltará modificar ligeramente su estructura y que sea el propio trabajador quien dirija.

No basta, en una revolución social, el acto de fuerza demoledor, sino que hay que tener algo pensado para oponerlo a lo existente.

Y en esta difícil tarea de la revolución constructiva se ve la capacidad de un pueblo que quiere regir sus propios destinos en ruta hacia una completa emancipación.

Por eso es conveniente seguir con interés esta transformación radical de la economía española y tenerlo todo dispuesto para cuando llegue el momento de resolverlo.

La economía capitalista se reacomoda, cambiando su estructura y su funcionamiento; nosotros debemos aprovechar esto para readaptarnos y exigir oportunamente la dirección de nuestra vida social.

El conocimiento de las cosas es, a veces, más revolucionario que todos los actos de fuerza.

C.



Dibujo de Vincent Van Gogh

La actuación del anarquismo militante

(Conclusión)

EL anarquismo es, pues, doctrinalmente, un conjunto de principios objetivos por una parte, y la interpretación consciente de una amplia realidad constructiva, por otra.

Si hubiéramos de comparar ahora los fundamentos, los fines y los medios del socialismo autoritario o exclusivamente económico con los del anarquismo, podríamos establecerlos como sigue:

Cooperativismo: Corriente económica que tiende a desplazar sin violencias al capitalismo mediante su organismo técnico, la Cooperativa exclusivamente, y que se ha estancado, abandonando casi por completo su misión inicial, que sólo realiza en grado ínfimo y por la fuerza de los hechos.

Socialismo estatal (o Comunismo).— Corriente que, basándose en la lucha de clases, tiende a establecer el socialismo mediante la ínfima minoría de un partido que se proclama la más consciente y se atribuye todos los derechos. Sus instrumentos de realización son el Estado y los Sindicatos, las Cooperativas, los Consejos comunales organizados y funcionando según su voluntad.

Sindicalismo.— Corriente que quiere apoderarse de la dirección de la sociedad y regirla mediante sus organismos funcionales, los Sindicatos, los cuales deberán administrar todo y dar las normas para toda la vida social.

Anarquismo.— Corriente que ve, en todas las instituciones de apoyo mutuo, incluyendo la Cooperativa y los Sindicatos (que no son el cooperativismo ni el sindicalismo), instrumentos eficaces de emancipación, y que considera necesaria la reunión de todas para que, armonizando sus esfuerzos, ellas mismas reorganicen la vida social, sin necesidad de nuevas minorías gubernamentales que no tienen otra superioridad que su afán de mando y sus pretensiones desorbitadas.

¿Cuáles son, por consiguiente, las posibilidades de acción del anarquismo militante?

No residen todas ni pueden residir en el mismo, ya que, condenado a ser siempre minoría, no le es posible imponerse por sus propios medios sin caer en el gubernamentalismo; y menos posible le es aún por carecer de organismos originales, destinados a cumplir los fines de la vida. Pretender inventarlos por sectarismo de escuela supondría la destrucción de los ya existentes, lo que no intentaremos, porque no tenemos más fines que contribuir a la emancipación de los hombres por el camino más corto y con los esfuerzos estrictamente indispensables.

Y como el anarquismo se basa doctrinalmente en la existencia de las fuerzas mencionadas, como esas fuerzas son insustituibles, nuestra misión debe ser ir a ellas, darles una clara noción de sus fines y prepararlas lo más y lo mejor posible para que sepan cumplirlos.

Entre la base y el objetivo de una doctrina, se precisa una táctica de acción acorde y coherente. Esta táctica es nuestra intervención en el seno de esas fuerzas mientras, naturalmente, y como podrá suceder en parte de los Municipios rurales, no lleve a un electoralismo desviador. Se debe orientar o fundar esos organismos económicos.

«Favorezcamos —decía Malatesta— las organizaciones que más se acercan a nosotros; combatamos las que traicionan, según nosotros, la causa de la revolución, pero también sostengamos la necesidad de que los compañeros traten de infiltrarse por todas partes llevando nuestra propaganda y el espíritu nuestro.

»Las masas son, más o menos, las mismas en cualquier organización que se encuentran, y las que están fuera de toda organización no son siempre las menos avanzadas.

»Deber nuestro es trabajar en las masas, en todas las masas.»

Tal es el camino en consonancia con nuestras bases doctrinales y nuestra acción de reconstructores. Descuidarlas nos

obligará a apoyarnos siempre en la base crítica solamente y nos condenará a esa anemia física y mental que se registra en tantas naciones donde, como en Francia, y mañana en la República Argentina, si no se ensanchan los conceptos y las tácticas de lucha, nuestro movimiento fué en otros tiempos pujante y prometedor.

Es, por lo demás, lo que se ha hecho en la actividad sindical. Y, en verdad, sabemos que la intervención ha sido útil. Poco importa que no se haya triunfado siempre. El mundo no se transforma de la mañana a la noche, en cualquier momento, al simple conjuro de nuestra impaciente voluntad.

Si en lugar de perderse en pequeñas corrientes enervadoras se hubiera ido también a las Cooperativas, a las entidades culturales, aplicando una norma inteligente de acción, se habría podido hacer una obra importantísima. Quien mira desde fuera, sin conocer, con hosca disposición, creyendo sólo en la virtud exclusiva de la institución a la que se dedica, puede negar lo que vamos a decir. Pero hemos tenido ocasión de constatarlo personalmente y, apoyados en nuestra propia experiencia, podemos afirmar que en las mismas Sociedades de socorros mutuos se puede hacer excelente labor.

Muchas publican revistas, tienen bibliotecas bien nutridas, organizan conferencias. Los directores y los colaboradores de esas revistas, la calidad de los libros ofrecidos a los socios, el contenido de las conferencias dadas, todo puede preparar mentalmente a los componentes de esas entidades a aceptar mejor un nuevo régimen y en colaborar espontáneamente para su implantación. Es una cuestión de inteligencia, de tacto, de cultura, y también de superioridad moral. El prestigio que da la conducta personal y el mérito evidente irradia siempre alrededor del que lucha.

Incluso si no se les conquista definitivamente para nuestras ideas, es ya mucho conseguir que elementos predispuestos a la hostilidad las respeten y guarden una actitud neutral durante un movimiento. Quien transforma el enemigo en simple espectador, a veces benévolo, no ha trabajado en vano.

Casi nada de esto se ha hecho. Hemos temido demasiado el contacto con las impurezas ajenas. Pero demasiadas veces

nos hemos secado el alma y el corazón, o hemos caído en un misticismo que también anulaba nuestra influencia social. ¡Basta ya de esa posición dogmática de negadores sempiternos! ¡Es hora de irrumpir en cuanto pueda servir para la realización de nuestras ideas, a fin de saturarlo de espíritu anárquico, de anhelos revolucionarios!

Una duda, una objeción pueden surgir: ese reparto de fuerzas, esta distribución de actividades, ¿no han de ocasionar una dispersión de los defensores de nuestras ideas y la extinción de nuestro movimiento específico, del anarquismo militante que actúa en estos momentos y puede actuar mañana?

Indudablemente la extinción ha de producirse, si no existe, al margen de esa acción, una cohesión permanente de los anarquistas. Por la falta de contacto integrador, la especialización unilateral ha absorbido a tantos de nuestros compañeros que se han dedicado a la lucha sindical y vuelto sindicalistas, o han desaparecido en otras actividades del movimiento social.

Sostenemos por esta razón que la organización de los anarquistas es indispensable. Consideramos imprescindible su unión permanente para planear y llevar a cabo esa acción múltiple en todos los organismos que conviene influenciar en su conciencia latente y en su obra diaria. La organización es necesaria para la amplia labor. Si ésta no se hace, naturalmente aquélla sobra; pero la primera es la condición indispensable de la segunda.

Precisado nuestro criterio sobre la actividad del anarquismo antes de la revolución, expondremos ahora cómo debemos obrar, a nuestro entender, durante la revolución misma.

Fundamental, exclusivamente, para no desdecir todos sus postulados, el anarquismo deberá orientar, proponer las mejores soluciones, esforzándose por ser siempre la conciencia lúcida de la obra, esta vez agigantada, que la población llevará a cabo.

Evitemos que el deseo de hacer pronto y bien nos lleve a transformar nuestra organización en un partido gubernamental. Fácil es dar este paso, pero no lo es siem-

pre, en el momento de la acción, diferenciar el consejo de la orden. La buena voluntad, la pasión revolucionaria, el deseo de que el movimiento no se estanque, no tome derroteros equivocados o que así nos parezcan, pueden mover a ejercer una dictadura abierta o encubierta.

Los problemas de la revolución, tan intensos, tan complejos, deben tener en nosotros hombres preparados para resolverlos, aptos, por su cultura especializada, el acierto de sus previsiones basadas en la observación atenta y en el análisis minucioso de los hechos, por su agilidad mental, y su espíritu de iniciativa, para guiar siempre, para sugerir en cuanto pueda hacerlo una minoría, los caminos más apropiados.

Influenciar, pero no dictar; vigilar todos los aspectos de la vasta empresa multitudinaria, listos en todos momentos para señalar los peligros de tal procedimiento, de tal abandono, de tal recrudescimiento contrarrevolucionario, para acudir donde se observen los puntos débiles, a fin de hacer frente a los peligros y evitar catástrofes en ciernes.

Antes y durante la revolución, esa relación constante de los anarquistas, lo que llamamos la cohesión permanente de sus esfuerzos, nos parece indispensable. Pero en todo momento habrán de obrar anárquicamente, proponiendo siempre las soluciones que mejores les parezcan en las Asambleas populares, en los Sindicatos, en las Cooperativas, en las Comunas, en las entidades culturales. Habrán de someter sus iniciativas a la aprobación de la mayoría, y si fuesen rechazadas y las creyeran aún las mejores, seguir propagándolas hasta lograr su voluntaria aceptación.

Ser en cuanto se pueda la conciencia y la inteligencia vigilante, demostrando con la acción propia el mayor acierto de lo que se proponga, procurando en la emulación colectiva, en la competencia de todos para mejor asegurar la victoria decisiva, hacer lo más y lo mejor posible, acatando siempre las decisiones que mejor resuelvan lo que se quiera solucionar. No hay otro camino.

Profesar, o suponer que se profesan las ideas más avanzadas, da a menudo lugar a que ciertos hombres se crean con derecho a mandar, de imponer su voluntad con el pretexto sofístico de que son forzosamente las más acertadas, puesto que

no hay doctrina social superior a la suya. Llamando las cosas por su nombre, esto es dictadura. La vemos a veces asomarse en el desprecio de las mayorías cuya ley hemos criticado en la democracia burguesa, pero deberemos acatar en la sociedad nueva. De lo contrario, la minoría sería la que impondría su ley, y esto sería dictadura. La palabra puede no gustar, porque comprendemos perfectamente que se presta a equívocos y a juegos peligrosos, por su actual interpretación. Pero es también una realidad: seguiremos normas democráticas. La modificación estribará en que, en lugar de practicarse el gobierno del pueblo por el pueblo, según reza la definición farisaica dominante, se practicará la administración de la sociedad directamente, para y por la sociedad misma. Y los sociólogos, no los filósofos abstractos ni los seudoliteratos del anarquismo, nunca han rechazado, para el futuro, y en la vida actual de los Sindicatos u otros organismos afines, la resolución de los problemas por la mayoría. Sabemos que a veces esta mayoría pueda equivocarse, pero peor es la equivocación permanente de una minoría dictatorial.

Todos los procedimientos compulsivos de los núcleos gubernamentales no han logrado ni lograrán jamás hacer ir a un pueblo más allá de lo que su madurez mental, política o social le permita. Si creyéramos lo contrario, insensato sería ser anarquistas.

Las circunstancias, siempre más complejas de lo que supone el que soluciona a priori todos los problemas, decidirán. Pero creemos necesario orientarnos de antemano hacia esta línea de conducta: instaurado el Comunismo libertario no necesitará más de defensores especializados ni de propagandistas. No hará falta más, por lo tanto, la organización especial entregada a esta tarea. La subsistencia de una fuerza política independiente del resto de la población, sería un anacronismo, que podría cristalizarse y ser germen de un nuevo Estado. Estemos siempre alerta contra nosotros mismos. El hombre fabrica sofismas con tanta facilidad, que con la mejor buena fe llega a creerlos. Ya se oprime en nombre de la libertad. Se invocan las ideas más nobles para justificar los hechos que más las contradicen. Nada extraño sería que se llegara a practicar la autoridad con la intención de propiciar la anarquía. So-

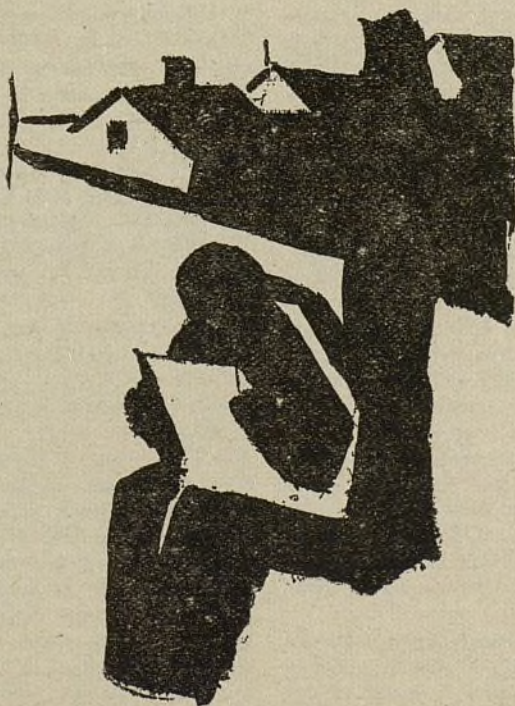
mos hombres como los demás, y como los demás podemos desviarnos. ¿No ha nacido ya en algunas mentes el deseo de imponer la anarquía mediante organismos especiales de lucha a la población en general?

Conviene evitarlo, puntualizando detenidamente cuáles han de ser nuestras nor-

mas de acción. Pero no olvidemos que nunca haremos con la fuerza bruta o la maniobra aviesa lo que no sepamos lograr con la inteligencia, el conocimiento y la fuerza de persuasión.

Gastón LEVAL

(PIERRE R. PILLER)



Cartas de Georges Sorel a Benedetto Croce

(Continuación)

HEGEL quiere elevarse a un nivel en que lo individual quede absorbido por lo universal. El fenómeno se desvanece; la concepción de las uniformidades resulta insuficiente; se considera a las cosas desde sus raíces universales; el objeto del conocimiento «desciende y se eleva» (como dice Hegel), porque pierde en determinación y pasa a una forma más perfecta, más intelectual.

»Según esta manera de comprender la especulación filosófica, a Marx debiera parecerle natural anular todas las diferencias cualitativas entre los medios de producción, y reducir a todos los trabajadores a la unidad, cosa factible ya que se les considera en un aspecto cuantitativo.

»En el orden fenoménico este procedimiento se reduce a razonar sobre un término medio en vez de sobre las mismas cosas. Y no es del todo evidente que se pueda reemplazar una cantidad de mil elementos por mil veces su término medio (v. gr.: mil tubos de diferentes dimensiones no arrojarían la misma cantidad de agua que mil tubos de un diámetro equivalente al término medio de los primeros). Pero en la práctica es frecuente proceder mediante esta simplificación, dejando para más tarde ver la proporción del error.

»...En *El Capital*, el mismo Marx me parece que indica su manera de reducir el complejo social a los términos universales que yo indico. Así, en la página 15, ed. primera, dice: «El tiempo socialmente necesario a la producción es aquel que exige todo trabajo ejecutado con el grado medio de habilidad y de intensidad, y en las condiciones que, con referencia al medio social, son normales.» En la página 83, columna segunda, la misma observación se encuentra casi idéntica. En el folleto de 1865, traducido y publicado en el *Devenir*, Marx vuelve a la cuestión de las huelgas, que ya había tratado en 1847 en *La Miseria de la Filosofía*. En 1847, había seguido a Ricardo, y dice que en ciertas ramas de la industria, la elevación de los salarios podría provocar la baja de los productos (pág. 233). En 1865, toma la masa de salarios y la masa de precios y considera la producción en bloque; pero este bloque sólo podía tomarse en consideración equiparando todos los medios de producción a un medio normal.

»Yo no creo que los razonamientos de Marx puedan servir hoy día para gran cosa. Las leyes que da en *El Capital* no nos ilustran sobre ninguno de los problemas actuales, que están basados todos en diferencias de productividad, en los rápidos cambios que experimenta la industria, es decir, en el «fenómeno variable».

»No conozco ni una sola cuestión sobre la que los marxistas hayan arrojado un rayo de luz. Lo que dice Marx de las crisis es muy endeble y carece de ori-

ginalidad. El ha aclarado las nociones de trabajo, fuerza de trabajo, modos de producción, es decir, lo que podía aclarar con auxilio de la metafísica. Pero, hoy por hoy, hay que ir hacia otras cuestiones.»

27 diciembre 1898. No marcha muy de acuerdo con Labriola, y acaba por reprochar a un partido proletario el no atraerse a los intelectuales burgueses.

«He recibido de nuestro amigo Labriola una carta bastante singular, por la que parece resultar que se cree perseguido por mis artículos; está persuadido de que le imputan a él las opiniones mías, o sea, que yo las introduzco bajo la protección de su nombre dándome por su discípulo.

«En una carta casi idéntica, escrita a Lagardelle, dice que no comprende eso que llaman la crisis del marxismo. Como él ha autorizado a Lagardelle a enseñar esta carta, yo entiendo que puedo hablarle a usted de ella. Y veo que, según él, los estudios de usted sobre Marx no son más que «pasatiempos literarios», «estudios de aficionado».

»Esta apreciación me hace suponer que Labriola no debe de leer mucho y se encierra en una ortodoxia estrecha. La necesidad de limpiar al marxismo de todas las supervivencias del antiguo socialismo y de todas las tonterías introducidas por los políticos, se impone ante todo espíritu penetrado de ideas modernas. Ciertamente que el marxismo, así purificado, desaparecerá como sistema; pero quedará la obra auténtica de Marx, y esto es lo que constituirá una aportación científica.

»Bien quisiera yo que Labriola hiciese por fin un libro de historia demostrando cómo se aplica el materialismo histórico; lo ha prometido, pero no lo da. Me figuro que está un tanto embarazado ante la necesidad de justificar la doctrina que él mismo ha expuesto y probar que es ella la explicación de la Historia.

»En el fondo, el materialismo histórico, ¿no será una de las extravagancias de Engels? Marx había indicado un camino; Engels ha pretendido transformar esta indicación en teoría, y lo ha hecho con el dogmatismo pedante y a veces burlesco del escolar. Todo cuanto él ha tocado, además, se ha transformado de una manera desdichada; después ha venido Bebel que ha elevado la ridiculez a la altura de un principio (20). Por ello, hay que segregar a Marx y dar de lado a todos los falsos sabios que la socialdemocracia ha producido.

»Lagardelle, que regresa de Berlín, ha quedado muy sorprendido, viendo que la juventud universitaria no camina hacia el marxismo y que el partido socialdemócrata no recluta afiliados entre los inte-

lectuales. Singular situación para un partido que pretende representar a la ciencia.»

3 de junio de 1899. Resalta justamente la evolución del socialismo en un sentido cada vez más moderado.

«Veo por su artículo sobre Stamenler que no titubea usted en rechazar la tesis de Engels. Habría que buscar cuantos contrasentidos se producen entre los comentadores, a falta de entender la metafísica de Marx y de haber estudiado a Hegel.

«Yo creo que para Marx (al menos en un cierto período de su vida), el materialismo histórico no ha sido más que una indicación historiográfica.

«Recuerdo que dice Hegel que, «siguiendo la noción», el mismo contenido engendra su forma: hay un recuerdo de esta fórmula de Marx. La reforma del socialismo tendría como resultado impedir la explotación de las masas por los charlatanes que tan pronto predicán el comunismo como el socialismo administrativo, y que resultan tan poco escrupulosos como los mismos clericales en los medios empleados para escalar el Poder.

«En Francia nadie es seriamente marxista en el sentido antiguo. He aquí lo que escribe Deville (21): «Es aún más moderado en sus palabras que en sus escritos; es sincero y no gusta de ser tenido por un comunista revolucionario. Guesde ha quedado asombrado de la moderación de la mayoría de los alemanes de Stuttgart.» (22).»

17 de mayo de 1899. Preocupado por el problema de la tasa de beneficios.

«He recibido su Memoria (23). En efecto; yo tampoco creo que Marx haya demostrado totalmente nada. ¿Ha observado usted cómo en su discurso de 1865 Marx no daba más que una razón única al descenso de la tasa de beneficios y era ella la elevación de los salarios? (*Devenir Social*, junio de 1898, pág. 521.) A mí se me antoja, en muchas ocasiones, que Marx llama demostración a lo que no es otra cosa que una simple representación de una ley, debido a ese su sistema de terminología.

«Acerca de la tasa media de beneficios no nos enseña nada; lo único que hace es demostrarnos que su sistema se adapta a este fenómeno. En la página 93, columna segunda, nota 2 de la traducción francesa de *El Capital*, encuéntrase un dato muy singular, según el cual el volumen de la explo-

tación aumenta mientras que el obrero produce exactamente la misma cantidad de mercancías; aquí la explotación parece comparada a la jornada entera, y cuando se mide el grado de explotación se la compara al tiempo necesario.»

7 de junio de 1899. Todavía sobre la tasa de beneficios.

«Yo me pregunto si Marx habrá tenido la intención de demostrar (en el sentido científico de la palabra) la ley del descenso de la tasa de beneficios. En muchos casos (en la mayoría de los casos) se limita a tomar hechos empíricos y agruparlos en un sistema, dándoles una aparente ligazón lógica; se contenta con tanteos demasiado imprecisos, injustamente tomados por demostraciones. Así, por ejemplo, nos dirá tal vez que con dos obreros, trabajando en una máquina muy perfeccionada, no se obtiene tanto de plusvalía como con veinticuatro obreros (*El Capital*, traducción francesa, página 176, columna primera.) Toma cifras en exceso dispares para demostrar que (en un caso, al menos) la modificación de la composición del capital disminuye la plusvalía. Pero, en realidad, ¿las cifras tienen valores capaces de dar un resultado parecido? He aquí la cuestión de que no se ocupa.

«Tan pronto como Marx ha expuesto y analizado un hecho empírico, por medio de su terminología peculiar y con sus sistemas de representación de la economía, ya da aquel hecho por demostrado. Esto es una concepción hegeliana.»

(Continuará.)

(20) Bebel. *La femme dans le passé, le présent et l'avenir*, traducción francesa de Henri Ravé (París, Georges Carré, 1891). *La femme et le socialisme*, nueva traducción francesa, según la 50 edición alemana, por «Avanti». (Gaud. Volksdrukkerij, 1911.)

(21) Gabriell Deville, autor de un compendio del primer tomo de *El Capital* (París, Flammarion, 1883). Otras dos obras suyas: *Principes socialistes* (París, 1896); *Cours d'économie sociale. L'Évolution du Capital* (Bibl. del partido obrero francés, París 1884); *Gracchus Babeuf et la Conjuration des Égaux* (Zurich, 1887, librería del periódico *Vorwärts*, Berlín).

(22) En el Congreso de la Socialdemocracia.

(23) Sobre la baja tendencial de la tasa de beneficios.

Estudio social sobre la novela alemana de la guerra

(Conclusión)

MERECE un ligero examen este párrafo.

En primer lugar, describe en términos muy vivos la inferioridad material. Después, no se considera satisfecho diciendo que no les vence la destreza, pues como soldados son iguales en fortaleza y experiencia. Esto no le basta: tiene que hablar de superioridad. Es la vieja superioridad alemana de la literatura oficial. Es el antiguo postulado del alemán como tipo superior a todas las razas del mundo. El viejo orgullo de la prosa imperialista, que no ha muerto del todo.

La burguesía alemana había tenido buen cuidado de intoxicar a su pueblo con estos postulados de superioridad, exactamente igual que la inglesa, norteamericana o francesa. Y el soldado Remarque no estaba absolutamente limpio de aquella retórica muerta.

Y es que el pacifismo de Remarque no nace de un expreso sentimiento proletario, de solidaridad común de trabajadores contra capital. No nace de una solidaridad internacional de trabajadores contra clases dominantes. Nace en un momento pesimista, como consecuencia del desastre. Nace del horror a la guerra, no del análisis clasista de la guerra. Es —decíamos— un pacifismo de atrición.

Lo mismo ocurre con otro «objetivo», Johanssen, autor de *Cuatro de infantería*. Véase con qué «objetividad» describe a una jovencita:

«La chica tiene un pelo rojizo, pestañas casi blancas y ojos grises azulados. En una de sus mejillas, un lunar, del que brota un manojo de pelos descoloridos. Y, además, la cara pálida está moteada de pecas. Seguramente hace trescientos años hubiera ido a la hoguera por bruja.»

Era, naturalmente, una jovencita francesa.

Sigamos con Johanssen: «Los cuatro han marchado a través del sol, de la lluvia y del viento, por entre el lodo de los caminos, por entre el hielo de la nieve, por entre tierras floridas y desolados yermos. Han marchado de día y de noche, tras vic-

torias y pérdidas horribles. Pero esta era su última marcha. Acontecen cosas horribles. Se alza el velo y el ejército alemán, el pueblo alemán, se acaba. Con fabulosa resistencia lucha contra una enorme superioridad.»

Siempre los mismos temas: la superioridad numérica, el pueblo que sucumbe, los soldados heroicos. Más todavía:

«A cada diez granadas enemigas, apenas corresponde una alemana. Y contra escuadrillas de cincuenta y sesenta aparatos, a veces sólo hay un aparato alemán de caza.»

Ni Remarque ni Johanssen han podido extirpar todos estos rebrotes de resentimiento nacional. Faltan, en cambio, las condenaciones taxativas, rotundas, internacionales, lanzadas como bombas de abajo arriba, de proletariado explotado contra capitalismo culpable. Porque ahí está la verdadera condenación de la guerra.

Frente a estas producciones, documentales y objetivas del choque, aparecen otras producciones más eficaces, que hunden sus raíces en el pueblo o el individuo, que plantean los problemas de las ciudades y la sociedad que agonizaba lejos del frente, o de los hombres que sentían en sí, trágicamente, las consecuencias de la guerra.

Al primer tipo pertenece *La quinta del 2*, de Ernesto Glaeser, conocida por *Los que teníamos doce años*, en España.

Glaeser, hoy comunista, es casi un escritor proletario. Sabe en qué reside el crimen de la guerra. Su novela es ya una protesta de clase. En Alemania, campiña, en Alemania, ciudad, están ocurriendo cosas mucho más graves que en las fronteras. Y Glaeser las investiga, las acerca a la consideración de los hombres honrados.

Se está arruinando una generación, porque conviene a la guerra imperialista. Glaeser nos dice cómo se verifica esa ruina. Pero, por otra parte, esa generación está alimentándose en rebeldía. Glaeser también nos dice cómo.

Innumerables problemas alemanes y humanos pasan por su libro. A lo lejos, como

fondo de proyección, el espectáculo de la guerra. Pero de cerca, a ojos de todos, la destrucción de juventudes enteras.

Problemas pedagógicos, que dan a *Los que teníamos doce años* un alcance superior al de una simple novela de guerra; inquietudes sexuales que despiertan; choque de nuevas y antiguas generaciones; problema judío; proletariado y capitalismo...

Todas las grandes ansiedades alemanas de aquel momento desfilan aquí iluminadas por los fogonazos lejanos del conflicto. Y alcanzan, en Glaeser, una trascendencia humana. No es la condenación de la guerra alemana, sino la de todas las guerras. Página a página, Glaeser va construyendo su alegato, levantando el formidable expediente de responsabilidad contra el crimen internacional del capitalismo. Cuando la novela termina, el alegato está concluido. Glaeser ha formulado una acusación gigantesca. El lector quizás no la haya percibido. Y, sin embargo, actuará ya, para siempre, como una fuerza en su conciencia.

Aquí culmina, indiscutiblemente, la novela alemana de la guerra.

Y, como ventana asomada al mundo interno de un hombre, como ejemplo de los problemas psicológicos planteados por la guerra, de las tragedias individuales — surgidas a millones — hay una muestra magnífica: *El sargento Grischa*, de Arnold Zweig.

—Es la solidaridad de un escritor alemán con un ruso anónimo — ¡con tantos rusos anónimos! fusilado — ¡fusilados! — por la tremenda lógica de la guerra.

El pacifismo alcanza aquí una expresión humana, individual y bondadosa de indudable eficacia. Zweig no ha querido ser dantesco. Es, sin embargo, conmovedor.

Después de estas cuatro producciones tomadas como tipos, es inútil referirnos a la interminable colección de novelas escritas después de 1918 sobre la guerra o la postguerra, ya de los mencionados (*Después*, de Remarque; *Paz*, de Glaeser, etcétera), ya de los demás autores que se lanzaron al nuevo campo de la literatura de la guerra: *Lejos de las alambradas*, de Dwinger; *Guerra y Postguerra*, de Ludwig Renn, etc.

Conclusión

Hemos trasladado el centro de gravedad literario de la literatura sobre la guerra a

la etapa misma del conflicto. Hemos visto como con anterioridad a 1914 se preparaba un estado de espíritu para aquellos años, y cómo con posterioridad a 1918, el estado emocional de la guerra perdura y se mantiene en las novelas que tan fulminante difusión lograron en todo el mundo.

Así como antes de la guerra y durante ella se falseaba por los imperialistas de todos los países la intención y la finalidad del conflicto, así, después de la paz, ha querido continuarse disfrazando la verdad con respecto al sentido de la guerra.

Uno de los más venerados políticos dentro de la farsa liberaldemócrata de Europa, es el presidente Masarik, de la República checoslovaca. Oigamos a este estadista, en su libro *La Europa nueva*, mentir cínicamente, en 1918:

«Vemos opuestos en esta guerra universal, de una parte, el poder de una monarquía medieval, teocrática, de un absolutismo antidemocrático y nacional; y, de otra parte, Estados constitucionales democráticos, republicanos, que reconocen el derecho de todas las naciones — grandes y pequeñas — a su independencia política.»

Para Masarik, cuya posición antigermanista permitió la creación del Estado checoslovaco, expresión de una serie de intereses financieros, se ventilaba un principio de libertad contra otro de tiranía, una teoría de democracia contra otra de despotismo.

¡Bella y cínica manera de presentar la guerra!

La guerra no era sino una necesidad del imperialismo; y el imperialismo, la expresión máxima del capitalismo, dentro de su desarrollo histórico. Mucho más instructivo que todas esas fantasías líricas del presidente de Checoslovaquia es, por ejemplo, el libro de Lehmann sobre la internacional de los armamentos. Allí, como en tantos otros documentos que el proletariado de todos los países desconoce todavía, se muestra claramente cuál es el significado netamente capitalista y financiero de la guerra.

La novela de guerra podía ser, lógicamente, una de estas dos cosas: o una exposición de las miserias y los dolores sufridos, o una protesta airada, con un contenido clasista, contra el crimen financiero que pesó durante cuatro años directamente y sigue pesando aún, por sus consecuencias, sobre toda Europa.

También —ilógicamente— la novela de

guerra podía ser, y de hecho fué, expansión sentimental o manifestación de belicismo.

En tal sentido podemos afirmar que solamente allí donde se ha depositado un contenido de clase, una protesta revolucionaria, la paz ha encontrado su expresión más sincera, menos convencional, su expresión definitiva y exacta. Tal es la obra de Glaeser, o —fuera de lo alemán— *El Fuego*, de Barbusse.

Este sentido internacional revolucionario de *El Fuego* es lo que salva a esta producción de Barbusse. Con razón decía, aludiendo a esto, Radek: «En *El Fuego*, Barbusse celebró a Liebnicht como el único alemán cuyo ejemplo brillaba hasta en los últimos puestos del socialismo francés como una estrella en las tinieblas.» Este sentido proletario y antinacional de Barbusse, simbolizado por su admiración a Liebnicht, es lo que consagra su magnífico poema de los trabajadores en el frente.

No es, pues, una actitud sentimental o derrotista la que impedirá nuevas guerras, sino una actitud proletaria.

Poco importa que las muchedumbres obreras lean y contemplen en la pantalla *Sin novedad en el frente* o *Cuatro de Infantería*. Hay que ir más lejos: hay que llevar a las masas trabajadoras una conciencia bien definida de clase, que impida una nueva traición al proletariado como la de la socialdemocracia en 1914.

Esa conciencia de clase antiguerrera no se conseguirá difundiendo entre los trabajadores actitudes antiheroicas frente a la vida, cuando las necesita más heroicas y más templadas que nunca para la conquista del Poder y la organización del Estado campesino y obrero.

Se conseguirá, por el contrario, analizando con claridad el contenido de la guerra, mostrando su urdimbre capitalista y anti-proletaria, llevando a la conciencia de la clase trabajadora que en el frente y en las trincheras capitalistas se defienden los intereses opuestos a los de su clase, se lucha, en un suicidio deshonroso, contra la clase trabajadora misma.

Esa, camaradas, es la finalidad que la novela proletaria de guerra debe perseguir.

Pensad en un soldado alemán de 1915 ó 1916. Había sido arrancado a la esclavitud de la fábrica para la esclavitud del frente. Ya le tenéis en el frente. Defiende una bandera que no le dice nada porque no es la

bandera de su clase. A su lado hay otro obrero y otro y otro. Obreros y campesinos en filas, armados contra otros obreros y otros campesinos. Todos luchando por los intereses de los que viven a costa de los suyos. Todos cooperando al suicidio de su propia clase. Ese soldado alemán no sabe lo que defiende. Le han dicho que defiende a su patria, y la verdad es que no sabe a ciencia cierta lo que es su patria. Realmente no sabe que está muriendo por un enemigo de su clase. Y por no saber por qué combate, no tiene ni siente otro entusiasmo que el que defensivamente necesita para defenderse. Si supiera cuáles son los verdaderos intereses que se escudan detrás de su línea de fuego, volvería su fusil contra ellos. Y el resto de los soldados obreros y de los soldados campesinos obraría lo mismo. Pero lo ignora. Todos se lo han ocultado. Hasta sus jefes socialdemócratas han colaborado en la mentira.

Y, por el contrario, pensad en un soldado ruso. Este camarada sabe bien que defiende la revolución, la edificación del socialismo, la Internacional de los trabajadores: lo sabe y combatirá con toda su energía. Su canto dice: «Desde el mar siberiano al Báltico no hay ejército más temible.» Y es que tampoco lo hay más consciente. Combatirá, con amor, por aquellos a quienes defiende. Con odio, por aquello a que ataca.

Camaradas: Estamos al final de nuestra meditación. La novela de la guerra nos ha conducido a esta reflexión final: la necesidad de forjar una conciencia revolucionaria en el proletariado contra las causas imperialistas en la guerra. Pero de forjarla pronto. Pronto, porque las circunstancias pueden ser apremiantes. Pronto, porque debemos estar preparados para transformar la guerra *patriota* en guerra civil contra la burguesía.

Y ya que hemos aludido al ejército rojo, terminemos con la expresión de un deseo: que el ejército rojo, realidad en Rusia, sea también, en plazo breve, realidad proletaria en otras partes.

Conseguir esta realidad depende de nosotros. Porque la revolución la determinan las circunstancias, pero la hacen los hombres. La Naturaleza se encarga de hacer las tempestades; la revolución no puede hacerla la Naturaleza; la revolución solamente pueden hacerla los trabajadores.

S. MONTERO DIAZ

Espartaco y la insurrección llamada de los Gladiadores

(Continuación)

EMPRENDIÓ un sitio en toda regla del monte y ocupó todas las salidas practicables con sus tropas, esperando reducir al enemigo por el hambre. Entonces los rebeldes recurrieron a una estratagema bastante osada, que nos es relatada por Salustio y Frontin (19). Cortaron una gran cantidad de sarmientos de las viñas y los entrelazaron, juntándolos como anillos de una larga cadena y, por medio de esta escala precaria, descendieron uno por uno, durante la noche, hasta el fondo de un precipicio. Después de esto se aproximaron sigilosamente al campamento romano, sobre el que cayeron por retaguardia; sorprendidos por aquel ataque imprevisto, los romanos, presa de un terror pánico huyeron, abandonando a los rebeldes gran cantidad de armas y víveres.

Esta victoria robusteció considerablemente el prestigio de Espartaco entre la población libre y servil de la región, que afluyó a él en masa. Bien pronto se encontró a la cabeza de un ejército de diez mil hombres. Pero era necesario, como siempre, organizar y disciplinar aquella multitud de vagabundos, proporcionarles armas, caballos, en fin, alimentarlos y puede que vestirlos. Esta fué la primera y más urgente tarea de Espartaco y sus colaboradores. Fueron formados tres cuerpos de ejército, cada cual bajo el mando personal de uno de ellos, así como columnas especiales que recorrían la campiña y arrebatában a los propietarios el ganado, municiones y víveres. Una recluta preciosa fué para Espartaco la adhesión de los pastores montañeses de la Lucania, que habían estado hasta entonces separados de aquel género de empresas colectivas y preferían, por costumbre, operar por su propia cuenta. Fueron utilizados como tropas de vanguardia. Emprendían el ataque y, si era necesario, Espartaco les enviaba refuerzos en número suficiente para terminar su empresa. Pero, cosa notable, los rebeldes no se apartaban aún de sus montañas. Sólo después de haber instruído y equipado definitivamente a sus tropas, se puso en campaña Espartaco. Su plan consistía visiblemente, después de haber sacado todo lo que era posible de los propietarios rurales, en meter mano en las riquezas de las ciudades.

Muchos pueblos de la Campagne cayeron en su poder. Su táctica habitual parece haber sido, al apoderarse de una ciudad, abrir las puertas de las prisiones y poner en libertad a todos los esclavos. Todos aquellos que le debían así la libertad no dejaban de juntarse a sus tropas y le proporcionaban detalles útiles sobre el estado de la fortuna de los principales habitantes. Enseguida, todos en general, se ponían a la obra y, después del ajuste de algunos rencoros personales, tenía lugar el pillaje sistemático y minuciosamente organizado.

Un fragmento de Salustio nos demuestra su manera de tratar a los conquistados. Los acontecimientos que describe tuvieron lugar en Nole, pueblecito bastante próspero situado en las proximidades del Vesubio, en el camino que conduce a Nápoles.

«La crueldad de los rebeldes se manifestaba atormentándolos con las más dolorosas heridas; después de esto abandonaban aquellos cuerpos destrozados, medio muertos, sin acabar de quitarles la vida, para ir entonces a prender fuego a los techos de las casas. Los esclavos del lugar mismo, que su mal carácter dió bien pronto por camaradas a los rebeldes, arrancaban de los parajes más secretos todo lo que sus amos tenían oculto, o a sus mismos amos. Nada era sagrado para la rabia bárbara y la maldad servil. Espartaco, no pudiendo contener a aquellas furias, después de haber intentado vanamente aplacarlos, recurriendo a súplicas y ruegos, llamó a uno de sus íntimos y le dijo que saliera secretamente del pueblo y volviera enseguida proclamando «que las legiones romanas se aproximaban y que iban, al momento mismo, a tenerlas encima» (20).

Parece que esta estratagema salió bien y que los rebeldes, abandonando sus hazañas y dejándose el pillaje, salieron precipitadamente del pueblo.

En estos relatos de los excesos cometidos por las tropas de Espartaco, aunque emanen todas de escritores abiertamente hostiles al movimiento, no se puede encontrar nada increíble y se puede admitir que, en efecto, él no podía poner límite a los instintos desencadenados y se veía en la obligación de tener que recurrir a medios de astucia para detener aquellos excesos.

Después de haberse enterado de los acontecimientos de Nole, las autoridades romanas parecieron un poco inquietas. Pero el Senado se mostró una vez más incapaz de evaluar la importancia de la situación. La lección de Sicilia no había servido para nada y fué olvidada una vez pasado el peligro. Se limitó a enviar a Campagne al pretor Publius Varinius Glaber, sin darle tropas regulares, dejándole en libertad «de reunir a los primeros llegados precipitadamente y a toda prisa, pues los romanos no creían que aquella pudiera ser una guerra en todas sus formas y creían que, contra los bandoleros, sería suficiente entrar en campaña» (21).

La campaña comenzó de una manera bastante afortunada para los romanos.

Parecía reinar cierto desacuerdo en el campo de los rebeldes. Espartaco, considerado como demasiado moderado, parecía estar eclipsado por Crixius y Oenomaüs, los jefes del partido galo y germánico, partidarios de los medios extremistas, de la lucha a todo trance y siempre dispuestos a la batalla. Espartaco, alrededor del cual se agrupa-

ban los elementos orientales, más pronto era de opinión de no esperar el ataque de los romanos y, no sintiéndose aún bastante fuerte, creía preferible refugiarse de nuevo en las montañas y agotar al enemigo con una guerra de emboscadas. Pero, no fué escuchado.

El partido galo, confiando en su superioridad numérica (el ejército de Crixius contaba el sólo con 10.000 combatientes, y el de Oenomaüs con 3.000), quería batirse lo más pronto posible. Su deseo fué satisfecho, pero la consecuencia fué la completa derrota de las tropas de Oenomaüs, que, además, pagó su audacia con la vida. El resto de los rebeldes se retiró precipitadamente a las montañas.

Varinius quiso explotar su primer éxito. A pesar de algunos ligeros fracasos, maniobrando con habilidad consiguió encerrar a los rebeldes en un terreno inculto rodeado de montañas y de corrientes de agua infranqueables. Sus tropas ocupaban todas las alturas y Espartaco se encontró completamente envuelto por el enemigo, al cual no se escapaba su menor movimiento. No había, pues, que esperar poder engañar la vigilancia de los romanos y salir del bloqueo que se estrechaba a su alrededor. Espartaco consiguió, sin embargo, realizar aquella proeza. Si hay que creer a Frontin, se valió para ello de una estratagema que tuvo después cierto éxito y que proporcionó aún a Alejandro Dumas una de las páginas más pintorescas de sus *Tres Mosqueteros*.

«No osando huir en presencia del enemigo sin riesgo de perderse —relata Frontin— imaginó hacer plantar estacas de trecho en trecho, cerca de las puertas de su campo y atar a ellas un parecido número de cuerpos muertos, todos armados y vestidos, formando así de lejos un simulacro de centinelas y guardias avanzadas. Encendió grandes hogueras en los alrededores y, habiendo engañado así al enemigo con aquella vana imagen, hizo desfilar a toda su gente por detrás, a favor de la oscuridad, por un paraje impracticable si se le hubieran opuesto algunos obstáculos» (22).

Escapado del peligro, Espartaco trató de aproximarse al mar. Se esparció por el litoral y sus tropas hicieron ver de nuevo a los pueblos marítimos que no habían tenido aún ocasión de recibir su visita, cuáles eran sus maneras de vengar las injusticias sociales. Varinius se dirigió inmediatamente en su persecución. Destacó un cuerpo de sus tropas, al mando de su lugarteniente Cossinius, para desembarazar de rebeldes la región de Salinas, célebre por sus balnearios y donde numerosos propietarios tenían sus quintas de recreo, y él mismo se dirigió hacia el sur, donde se encontraba el grueso de las tropas rebeldes al mando personal de Espartaco. Este, al tanto de la maniobra del enemigo, dejó a Crixius el mando de sus tropas, eligió un equipo de pastores montañeses, hábiles escaladores de rocas escarpadas, y, sin víveres, sin bagajes, apenas armado, a marchas forzadas, franqueó con sus camaradas, con una rapidez increíble, las doce millas que le separaban de Salinas y cayó de improviso sobre el campamento romano. Cossinius esperaba tan poco aquel ataque que, mientras los rebeldes for-

zaban las empalizadas de su campamento, estaba a punto de tomar un baño en la fuente próxima» (23).

Apenas tuvo tiempo de salir del agua y emprender la fuga, pero fué alcanzado rápidamente y murió a manos de sus perseguidores (24). Después de haber saqueado el campamento enemigo, Espartaco volvió precipitadamente a su base de operaciones, y esta vez se creyó preparado suficientemente para presentar batalla a Varinius, consiguiendo una brillante victoria, a despecho de todos los esfuerzos de Varinius, que dió pruebas en la batalla de un verdadero valor personal y quiso repetir la proeza de Aquilius midiendo sus fuerzas con Espartaco (25), pero, sin embargo, fué menos afortunado que el vencedor de Athenion. Espartaco mató con su propia mano el caballo de Glaber y poco faltó para que el general en jefe de las tropas romanas fuera hecho prisionero por este gladiador.

Este fué un triunfo personal muy brillante de Espartaco, que no dudó en explotar inmediatamente.

Ocupó el litoral meridional, particularmente importante para la causa de la comunicación fácil que podía establecer, instalándose como dueño, salvo la Sicilia. Se apoderó por sorpresa, si hay que creer a Salustio (26), de la villa de Metaponte, cuyos habitantes ignoraban aún la derrota del ejército romano y no habían tenido tiempo de emprender ningún trabajo para asegurar su defensa. La villa fué saqueada copiosamente, hasta puede que con un celo completamente excepcional, si hay que creer a Orosio (27), que afirma que de todas las plazas de que se hicieron dueños los rebeldes en el transcurso de sus tropelías, Metaponte es la que más sufrió.

De allí, Espartaco se dirigió hacia el otro extremo del Golfo de Tarento, aproximándose aun más a Sicilia, y se apoderó de la ciudad de Thurium, donde estableció definitivamente su cuartel general.

Esta ciudad, donde Athenion había tenido en otros tiempos numerosos partidarios y donde el espíritu de rebeldía entre las clases inferiores parecía haber continuado particularmente vivo, se rindió a los rebeldes sin demasiada resistencia (28). Dueño de Thurium, Espartaco adoptó una táctica nueva. Esta vez se opuso categóricamente al saqueo de la ciudad. Ordenó a sus tropas salir de ella y establecer un campamento en el vecino llano. Resulta de un fragmento de Salustio que los bienes de los comerciantes y sus mercancías fueron respetados (29). Se hicieron negocios de aprovisionamientos con ellos y todas las garantías les fueron dadas a los que acudían para ejercer el tráfico de sus mercancías en el campamento de los rebeldes (30).

(Continuará.)

(19) Front. 1, 5, 21; Sal. Fr. 623 ap. Priscian. lib. X, cap. de præterit. Véase Flor., op. cit.—(20) Sal. Fr. 523 ap. Serv.—(21) App.; op. cit.—(22) Front. 1, 5, 22.—(23) Sal. Fr. 571 ap. Cledon, in exposition. artis., Donati, cap. de verbo.—(24) Plut., op. cit.—(25) App., op. cit.—(26) Sal. Fr. 199, ap. Serv. Aeneid. 2, 27.—(27) Orosio, op. cit.—(28) Flor., op. cit.—(29) Sal. Fr. 383 ap. Non. 4, 62.—(30) Sal. Fr. 383 ap. Non. 4, 62.

Democracias americanas

Mirad siempre adelante, aunque os equivoquéis.

JOSÉ INGENIEROS

I

AMÉRICA padece políticamente un sueño letárgico, cuyo fin no es predecible. El pueblo americano, escéptico, amargado por los desengaños de varias décadas de ficticia libertad política, se ha amodorrado en un vegetar positivo y materialista, negación de aquellos ideales que le impulsaron a las luchas de la independencia, hoy trocados en voceríos de los políticos declamadores.

América, laboratorio de la moderna democracia y de la libertad, según el criterio de fines del pasado siglo, es hoy políticamente una vastísima pampa en la que ni siquiera unos misérrimos arbustos interrumpen la monótona simetría del horizonte. La democracia y las libertades americanas, al hacer crisis, muestran la endeblez de su existencia.

¡Democracia! Bella palabra, cuando estaba impregnada de buenas y sanas intenciones, y simbolizaba, en una idea algo abstracta, una forma superior del gobierno de las colectividades. «Pero se ha vulgarizado tanto esta palabra, que ahora la emplean muchos sectores políticos, sin conciencia de su verdadero significado» (1). Admitida en la letra de las Constituciones, ha pasado a ser un lugar común esta palabra —no su espíritu, por pocos alcanzado— y sus derivadas; y ya no sólo la advertimos en boca de los políticos, en los programas partidarios, sino que recibe la sanción oficial de Gobiernos que, por la fuerza de las cosas o para mejor disimular sus deseos y avides, obran en su nombre, y en su nombre perpetran atrocidades dignas de los más inicuos despotismos. «Es así como vemos que los Gobiernos más conservadores hablan de la democracia, como si ésta fuera un elemento indispensable para su mantenimiento» (2).

El valor del concepto «democracia», tan desarrollado, mentado y ensalzado por los satisfechos burgueses que en todas las latitudes dormitan al tintineo de su dinero, es invertido en la realidad al aplicarse al gobierno de los pueblos; porque lo cierto es que las naciones se gobiernan, mas no por la voluntad del pueblo. El ideal de gobernarse un pueblo por sí mismo, si alguna vez pudo haber sido en tierras americanas una relativa efectividad —en las épocas revolucionarias—, hoy es una utopía.

¿Cuál es la significación pura, real, del concepto *democracia*? «Democratizar la soberanía es hacer que ésta resida en el pueblo y no en un rey, una casta o una clase; democratizar el gobierno es establecer en la ley y en las costumbres que su origen está en la voluntad popular; democratizar la enseñanza es poner, tanto la primaria como la superior, al alcance de todos los ciudadanos; democratizar la riqueza social es hacer partícipes de ella, a igual título y derecho, a los que la producen, han producido o producirán; democratizar la economía es hacer intervenir en la dirección de la producción y en la distribución de los productos a los productores, a los consumidores, al pueblo en general; democratizar la propiedad es declarar al pueblo propietario del suelo que habita y de todo lo que él contiene, producido y acumulado a través de los siglos por el pueblo mismo» (1). Y bien; según esto, la finalidad que debiera perseguir la democracia se ha convertido en un ideal desde que ni siquiera en la más absoluta democracia tienen aplicación esos postulados.

Porque ¿qué democracia, efectivamente ha logrado que la soberanía resida en el pueblo y de él dependa directamente, sin intromisiones de políticos o capitalistas, sin la mediación interesada de sus llamados representantes y de burocracias que, al fin y al cabo, van a constituirse en clase desde que gozan de privilegios, los que están dispuestos a defender, aunque sea por medios arbitrarios? La democracia ateniense hoy no se ve reproducida en estas democracias; la justicia o injusticia de sus decisiones —fruto de las injusticias de la acción

(1) E. Morales Sánchez. *Claridad*, número 238; Bs. As.

(2) E. M. S. Idem, ídem.

(1) Joaquín Coca. *El sufragio universal*.

de los demagogos; que, notémoslo bien, son en las modernas democracias los pescadores que a cada instante enturbian las aguas— era sí expresión de la voluntad popular, porque en el ágora todos los ciudadanos eran iguales. («¡La igualdad!... —¡Qué bello sería! —Demasiado bello, para ser verdadero... —Cuando todos los hombres se hayan igualado, no habrá más remedio que unirse», hace decir H. Barbusse a los personajes de *El Fuego*). ¿Qué democracia no se ve precisada, más a menudo de lo que parece, a fijar leyes que contemplen los intereses del Estado, en contra de los del contribuyente, esto es, en contra del pueblo? Los impuestos, única base financiera del Estado democrático, son, en cierto modo, una ley dictada por los intereses del Gobierno. ¿Qué democracia, aun aquellas que más alardean de esta conquista, ha sancionado en su Constitución y luego al aplicarse, de manera efectiva, la gratuidad de la enseñanza? La escuela única es, muchas veces, ignorada, cuando no incomprendida, al pretenderse limitar su extensión a la enseñanza primaria. ¿Qué democracia ha abolido la propiedad privada o lo ha intentado siquiera? El trabajador sólo tiene derecho al mísero salario que a regañadientes le entrega el patrono, y las más de las veces debe recurrir a medios violentos para conseguir infimas mejoras. ¿Qué democracia libra a la voluntad popular, arrancándola de las manos de los negociantes, la economía general de sus industrias y de su comercio? Cuando un Estado vese en peligro, acude de inmediato a reforzar su estabilidad, sustrayendo aun más al obrero la reducida participación que en él tenía, mediante conferencias y tratados internacionales, fijados de potencia a potencia, sin consultar la opinión de aquél. ¿Qué democracia, en fin, ha declarado —ni declarará jamás— que todo ciudadano tiene derecho al goce de la riqueza común, o aun que tiene derecho a trabajar la porción de tierra indispensable para su mantenimiento y el de su familia? El latifundio, ponzoñosa herencia del régimen colonial, mantiene inactivas grandes extensiones de tierras, que bastarían, laboradas por los miles de brazos desocupados de América, para la manutención de muchos más seres de los que actualmente en ciudades y campos padecen hambre y miseria.

Desolante es el cuadro; pero la observa-

ción desapasionada e imparcial nos da estas consecuencias. Pero tiene su razón de ser tal estado de cosas, puesto que «el proceso de democratización de la sociedad no puede detenerse en lo político, porque en este caso hay democracia formal, pero no real, ya que el derecho de la soberanía popular resulta una mentira cuando de hecho o de derecho la enseñanza, la riqueza, la economía y la propiedad están bajo el dominio de unos pocos, sin que el pueblo pueda modificar tal estado de cosas» (1). Y buscad una democracia en que esto no suceda... Desde la plutocrática (y, si no fuera contradictorio el término, aristocrática) democracia americana, donde «sólo un número insignificante de hombres de primer orden —el talento, por lo demás, es más un obstáculo que un elemento de triunfo, y por lo común es inútil— entran a la arena del Gobierno» (2), hasta la más liberal, en el terreno político y económico, de las democracias sudamericanas, es imposible pensar en la consagración real de los postulados democráticos, en «la soberanía social o integral», hasta que no se logre hacer desaparecer «de los principios y de las ideas e ideales populares» (y en ello no están interesados, como es presumible, quienes gozan de las posiciones encumbradas) «esa concepción absurda de una democracia limitada a lo político, que es el concepto atacado hoy con más virulencia, y en cierto modo fracasado por su ineficacia y su oposición a la verdadera y positiva soberanía del pueblo» (3).

¿Cabe esperar que desde las esferas gubernativas se procure la corrección de ése error? ¿Cabe creer que, ante el fracaso de la democracia, por no servir la verdadera y única soberanía del pueblo, los gobernantes otorguen a la plebe paciente el respeto de su soberanía? Negamos rotundamente. Sería preciso para ver cumplida esta alta finalidad, que surgieran, como han surgido en ciertas épocas en algunos pueblos, hombres que, por sus miras, abarcaran el bienestar común y el respeto de los derechos populares. Y aun en este caso, la amplitud de su visión y de su acción quedaría restringida por los intereses

(1) J. Coca. Ob. cit.

(2) L. Lemhan. *Le gran mirage*. U. S. A.

(3) J. C. Idem, ídem.

Va lo subrayado por mi cuenta.— A. R. F.

partidistas y de clase; o, si realizado en un momento su noble designio, convertiríase al poco tiempo en obra de resultados opuestos, negativos, desde que no emanó su consagración directamente del pueblo, y desde que éste no pudo luego enmendar los errores, afirmar los aciertos y defender las conquistas.

Esta es la realidad de las democracias de América, que sufren iguales males que las europeas, de las que son reflejo. Del círculo vicioso en que se revuelven las democracias, sólo puede salirse, como en cualquier otro régimen, por la fuerza violenta del pueblo; y esta forma es, en sí, antidemocrática, pues representa la destrucción de su medula ideológica.

Los pueblos constituídos en naciones independientes desde hace más de un siglo, son dirigidos —y no precisamente con vistas al futuro— por muy inestables Gobiernos, oscilantes a la voluntad de caudillos políticos o militares, por la fuerza de ambiciones o intereses, de capitales u oligarquías; hombres, afanes e instituciones que en nada responden al bienestar colectivo, tan socorrido concepto en peroratas y proclamas, a cada cambio de actores en el escenario donde se desarrolla la farsa, bajo el lema del bien común y de la libertad nacional e individual.

Del pueblo se extrae la energía cuando la ambición del primer llegado así lo requiere; al pueblo se le dice a cada paso que él lo es todo en el régimen democrático; el pueblo sustenta los irrisorios presupuestos de burocracias que, cual parásitos, absorben la riqueza natural del suelo americano; al pueblo se recurre en las luchas partidistas y caudillescas, y el pueblo, en fin, es la víctima paciente de todo orden de arbitrariedades y abusos

cometidos bajo el amparo de la democracia, por aquellos que han escalado, no preguntéis cómo, las posiciones privilegiadas de cada nación. Este es el aspecto real de la democracia, y cuando se os venga a hablar de legalidad y deber y patriotismo, reiros sin temor del buen hombre que tal os diga, porque legalidad, deber y patriotismo serán los despreciables escombros sobre los que primero asentará el pie quien aspire a conquistar el Poder.

Pero ocurrirá preguntar: si se desea que la democracia sea una verdad, ¿por qué no se le respeta? En la democracia, la libertad es una garantía de respeto; entonces, ¿por qué se le atropella por el más baladí motivo? Si en la democracia hombres e instituciones se hallan en inmejorables condiciones para realizar idearios cuyo fin es la felicidad colectiva y la armonía social, que sólo es preciso llevar al terreno de la práctica, ¿por qué no se emprende, de una vez por todas, esa obra?

A cada caso particular, y al conjunto del panorama político de las naciones americanas, aplicad estas preguntas, y la incógnita persistirá.

El pueblo, en el que cabe suponer, si no una educación e ilustración superiores que le permitan discernir con precisión y tiempo el proceso de las cosas humanas, por lo menos una intuición reveladora, no se engaña muy a menudo, y ha dicho su palabra rotunda en cuanto a la sinceridad y a la eficacia que otorga a los sistemas gubernativos de América. Por eso la indiferencia es su única manifestación de desprecio, categórica, a cada vuelco que las cosas sufren en los Estados.

Avenir ROSELL

Montevideo.



Los tres amores

CON motivo de las Primeras Jornadas Eugénicas Españolas, la Prensa diaria de Madrid y de provincias vino publicando, casi a diario —tributo a la actualidad—, las opiniones de los plumíferos de oficio interesados en los temas que directa o indirectamente tratan del tema «eterno y misterioso» del amor. Y era interesante y altamente instructivo seguir —ojo avizor y oído alerta— los vuelcos y revuelcos que, sobre la pista erótica, daban estos corredores periodistas. Por de pronto se advertía a las primeras de cambio, el criterio simplista de tirios y troyanos, quiero decir, de impresionistas y expresionistas, de los seres polarizados (todavía existen torres de marfil) en el campo del empirismo o en el campo de la ilusión. Unos defienden el «amor animal»; otros, el «amor sentimental». Y de ahí no salen. Es un sonajero de dos notas o un guitarrico de dos cuerdas. Así es de superficial nuestra prensa. Se diría que la hoja periodística carece de espesor, aunque se dilate en la espesura de la superficialidad hasta límites francamente absurdos...

Pero hoy se sabe —por las dos vías viene la luz: intuición y reflexión— que el amor es de una complejidad que requiere, para ser abarcada y comprendida, una mirada angular. A los pobres maestros del noble arte de leer, escribir y contar, no les cabe en la cabeza la afirmación de Pearson, que sostiene la necesidad del estudio previo de la geometría del hiperespacio para el conocimiento exacto de los niños defectuosos, lo cual es cierto, aunque se escandalicen todos los directores de grupos escolares de Madrid y pueblos adyacentes, porque se ha demostrado que el estudio de la trigonometría esférica de espacio múltiple, está estrechamente ligado a la teórica de la correlación múltiple y de la asociación múltiple; y como todo problema pedagógico, si es verdaderamente tal, es un problema de selección, puede decirse que no hay pedagogía sin profunda base matemática, ya que, por lo general, no es un órgano solamente, sino un grupo de órganos con ciertos valores y ciertas relaciones internas, lo que hace a sus poseedores más aptos para el medio en que vive su raza. Y esta cuestión es de pura mate-

mática. Es el cálculo quien nos tiene que dar resuelto el problema de un modo cuantitativo. «El matemático —dice Pearson— procede desde las curvas de frecuencia a las superficies de frecuencia, y, si quiere traspasar estos límites, encuentra que su problema le conduce al espacio de muchas dimensiones y da al estudio del llamado hiperespacio un valor que no tenía antes aquí para la filosofía natural, es decir, para el estudio del mundo perceptivo.

No se puede hablar del amor, señores periodistas, sin antes haberlo situado en un vértice estratégico para su omnilateral observación. El amor también tiene su radiogonometría. Existe, evidentemente, una física del amor, pero también existe una psicología del amor, y en ambos mundos se advierten estructuras normales y teratológicas y funciones equilibradas y morbosas que nos obligan a desarrollar una higiene previsoras o una terapéutica correctiva. ¿Quién puede negar tampoco que el amor tiene su técnica, su economía y su juridicidad? Pues si todo esto es de la más absoluta certeza, no lo es menos que hay una estética, una ética, una política y una pedagogía del amor. Y da profunda pena ver cómo los poetas padecen ceguera psíquica para la física del amor, y cómo los sabios padecen la misma ceguera para el sentimentalismo amoroso.

Recientemente, Emilio Carrere arremetía contra los analistas del amor, diciendo que «los terribles hombres de ciencia están empeñados siempre en aguarles las fiestas a los poetas». Pero, con igual criterio arbitrario, los sabios podrían sostener que los absurdos poetas —plantas de maldición— viven solamente para aguarles las fiestas y echar por tierra lo mejor de la investigación científica. Y no es eso. Sabios y poetas constituyen la esencia de la Humanidad, porque, en fin de cuentas, el mundo se compone de física y de poesía, de realidad y de ilusión, y el AMOR —renovada esperanza del mundo— es un feliz engarce de ilusión sobre realidad. Ahora bien; los sabios nos dan la visión real del mundo, mientras que los poetas nos ofrecen la visión ideal. El físico observa las cosas como *circunstancia* del hombre. El poeta,

en cambio, penetra en la *sustancia* de las cosas. La ciencia tiende a explicar la vida, mientras que la poesía nos la hace amable. En suma: la Humanidad cuenta con estos dos valores radicales: ciencia y arte, esto es, física y poesía. Todas las cosas tienen dos luces; la Naturaleza nos las presenta (luz natural) y la Poesía nos las representa (luz espiritual). CULTURA no es otra cosa que física y poesía. La vida tiene en el amor su rico manantial, y en la poesía, su bello surtidor. Los sabios descubren el manantial y los poetas erigen el surtidor. Sus misiones son claras y distintas. Por eso la cultura del amor ha de llevarnos a la comprensión de los sabios y a la emoción de los poetas. La cultura es el cauce de la vida.

La obra egregia de hacer llegar al pueblo la verdadera cultura, es función política si se trata del pueblo adulto, y función pedagógica, cuando se aplica al pueblo niño. En esencia, política y pedagogía son una misma cosa. Y cuando un pueblo posee estos valores humanos —poeta, sabio y político— puede decirse que es un pueblo capaz de imprimir una huella profunda en la Historia. Todo el sentido esotérico de la verdadera pedagogía y de la verdadera política, consiste en hermanarse y compenetrarse para esa función de cultura que representa para Natorp «la obra entera de elevación del hombre a lo alto de la plena Humanidad».

● ●

No hay un solo amor, sino tres: el amor *ciego*, el amor *miope* y el amor *clarividente*. El primero lo conoce todo el mundo, y el tercero lo analizó Max Scheler. Del segundo queremos nosotros apuntarnos el tanto de su captura. Para Marañón, el amor sigue siendo ciego, si bien para un suceso tan grave como casarse se necesitan guías con buena vista. También necesitan una más larga vista algunos de nuestros eminentes sexólogos. Marañón, entre ellos.

El amor ciego —pasión— puede definirse con aquella conocida expresión materialista: «El amor es el roce de dos muco-

sas.» Es un amor somático, de pura sensación, de impulso instintivo, amor físico o de aparato genital, que se traduce en placer simple y puro.

El amor miope —selección— es el amor de alma a alma, es un amor de deseo, amor psíquico o de mecanismo mental, cuya satisfacción nos produce deleite. Es el amor de novela y de sainete, que ha entretenido y perturbado tanto las más fuertes digestiones de los pacíficos ciudadanos y de los burgueses ventripotentes.

El amor clarividente —dirección— es amor de espíritu, puro deliquio místico, que se eleva sobre el deseo del amor miope y se sublima en el sentimiento religioso, llegando al éxtasis de gozo metafísico.

El amor, pues, nos descubre tres raíces, a saber: el impulso, que es raíz de potencia; el deseo, que es raíz de apetencia; el sentimiento, que es raíz de tendencia. Ahora bien; para la potencia se pide salud o consistencia; para la apetencia, pureza o decencia; para la tendencia, perfección o excelencia.

Estas tres manifestaciones del amor pueden darse aisladamente y en doble o triple juego, constituyendo el drama o la tragedia de cada vida humana. El ideal educativo para el amor consiste hoy en día en orientar a la juventud para que logre la realización del amor integral mediante la coordinación del impulso orgánico, de la selección psíquica y del sentimiento amoroso espiritual —placer, deleite y gozo— en una misma trayectoria y en una misma unidad, confundidos y compenetrados en cada momento amoroso. Esta suma o integración de valores sexuales y eróticos determina el nuevo sentido de la castidad, que no es abstinencia ni continencia, sino integración de los tres amores en plena limpieza y disfrute pleno.

Así visto el amor, adquiere todo su alcance filosófico. José Ortega y Gasset dice que «el amor consiste en impulsar a un ser hacia la perfección de sí mismo». Y si esto es auténtico, ¿por qué han de reñir los poetas y los sabios cuando se pone sobre el tapete de la discusión el tema radical de nuestra vida?

Luis HUERTA

¡No iremos a la siega!

(Relato inédito)

TODA VÍA era muy niño cuando, una noche, se presentó un hombre de la ciudad en la hostería de su padre.

En esta época del año, en los campos, los trigos no habían sido segados, pero ya en todas las casas de la aldea, los campesinos se preparaban y afilaban sus hoces, por orden del señor.

El forastero no permaneció mucho tiempo en la taberna del padre de Juan Kiss; se marchó enseguida, entrando en todas las casas de los labriegos.

Por la mañana, todos los campesinos de la propiedad habían erguido la espalda, tantas veces inclinada bajo el látigo, y se habían juntado en la plaza del mercado para escuchar los discursos del forastero.

El sol se había elevado ya en el firmamento y los segadores continuaban oyendo hablar al desconocido; las hoces reposaban bajo la luz del sol; en los ojos brillaba la revuelta.

En la multitud, unos gritaban:

—¡No iremos a la siega!

El forastero había conseguido juntar en un haz incandescente las chispas, raras aún, de la revuelta.

—¡No iremos a segar el trigo del señor!

Tal era ya la voz de la muchedumbre.

Pero, de pronto, dirigidos por el administrador, los guardias a caballo llegaron a la plaza del mercado. El forastero fué el primer detenido; se le pusieron las esposas; uno de los guardias le golpeó tan fuertemente con la culata del fusil, que la sangre comenzó a brotar de la frente y de su pecho. Cuando el desgraciado cayó desvanecido, el guardia de orden público le pateó la cara y con la espuela le saltó un ojo.

Alaridos de dolor, gritos de rebelión se elevaron al cielo.

Entonces comenzó el suplicio de los aldeanos; los elegían entre la multitud, como ovejas destinadas al sacrificio en un inmenso rebaño.

Vino la noche. Los guardias entraban en las casas y se llevaban a los hombres, sin preocuparse de los lamentos de las

mujeres ni de los aullidos de los perros; el conjunto formaba un espectáculo desolador. La aldea tenía el aspecto de una casa mortuoria.

Una vez elegidas, las víctimas fueron atadas junto con una cuerda muy larga y les pegaban para hacerlas avanzar.

El cortejo llegó frente a la taberna; allí se detuvo. En este momento apareció el administrador en compañía del notario y del cura.

El comandante del puesto fué a decirle entonces, que los culpables principales estaban detenidos y que aquella misma noche serían conducidos todos al pueblo cabeza de partido.

—¡Rompedles los huesos —dijo el cura—, que bien se lo merecen! ¡Son unos impíos! ¡Nunca vienen a la iglesia!...

—¡Sobre todo, dadle su merecido a ese malvado que vino de Budapest! El es el que los ha empujado a la revuelta —dijo el administrador.

Y añadió:

—Sargento, antes de partir, vengan y beberán con nosotros, por cuenta del señor.

El jefe llamó a sus hombres y decidió que, mientras iban todos a beber, los presos fueran encerrados en la cuadra de la taberna.

En la primera fila de los presos iba un viejo trabajador de los campos, Miguel Tandy; la sangre corría por su frente, sobre el pecho aparecía la camisa desgarrada. Sin embargo, marchaba con pie firme y la obstinación brillaba en sus miradas.

Detrás de Tandy venía el vecino de Juan Kiss, Csapo; su mano gigantesca, que en tiempos ordinarios podía levantar las barricas de 25 litros de cerveza tan fácilmente como briznas de paja, hasta encadenada, estaba presta a la lucha.

Había puesto una desesperada resistencia a los guardias y, para reducirle, uno de ellos le había aplastado los dedos de los pies con el recio tacón de sus botas; entonces solamente se le pudieron poner las esposas. Pero Csapo no se quejaba.

Enseguida venían los otros campesinos; Juan los conocía a todos.

En la última fila estaba el hombre de Budapest. Su cabeza, cubierta con una exuberante cabellera, aparecía desmesuradamente hinchada, tomando enormes proporciones entre la oscuridad. Parecía que flotaba por encima de sus compañeros de infortunio.

Después de haber encerrado a los presos en la cuadra, los guardias fueron a la taberna; se desembarazaron de sus armas y sus gorros y se pusieron a beber.

Mientras tanto, Juan Kiss había ganado el patio, y a pasos precipitados avanzó hacia la cuadra.

Allí escuchó con ansiedad. Nadie hablaba; reinaba un silencio amargo, humillado y lleno de cólera.

Hubiera querido gritar y lanzar su pequeño puño a la cara de los guardias.

Se detuvo ante la puerta de la cuadra. Después la abrió con precaución.

Entonces sintió sobre él la mirada interrogadora de todos los presos.

—Tengo un cuchillo —dijo—, si quieren puedo cortar la cuerda.

—Pequeño —repuso el preso más cercano— no olvidaremos tus bondades con nosotros; pero, si quieres ayudarnos verdaderamente, tráenos un cubo de agua; esos verdugos nos han hecho comer sal en la Alcaldía.

Juan Kiss llevó sin fatiga el pesado cubo del pozo.

—Ahora, es preciso que nos des a beber —le dijo un preso cuando volvió Juan—, porque nosotros no podemos levantar el cubo. Ponnos el agua bajo la boca, como se hace con las bestias.

Cada cual esperó pacientemente su turno.

Bien pronto el cubo estuvo vacío.

Juan corrió a por un segundo; luego llevó un tercero.

Hasta hubiera ido a por un cuarto cubo si, en aquel momento, no hubiera oído ruido que venía de la taberna; eran los guardias que llegaban a ensillar sus caballos; bien pronto se aproximaron a los presos.

Juan Kiss apenas tuvo tiempo de ocultarse tras un montón de heno.

Desde este observatorio vió alejarse el cortejo.

Hubiera querido gritar, pero las palabras no salían de su garganta. Hubiera

querido hacer algo, pero no sabía qué hacer... y cerró su puño convulsivamente.

Luego siguió el cortejo de lejos.

Era muy tarde cuando volvió a casa.

En los confines de la aldea, el viento le llevó el olor de los campos de mies madura; las espigas se inclinaban y dejaban caer los granos.

Cuando entró, encontró en la taberna de su padre al administrador, al notario y al cura, que aún aplacaban su sed ante las botellas de vino. La embriaguez enrojecía ya sus caras.

Juan Kiss se sentó cerca de ellos para escuchar su conversación.

El cura era el que hablaba:

—Hay que ahogar la revuelta dentro del huevo; si fuera necesario, yo estrangularía a todos los segadores con mis propias manos.

—Esté tranquilo, padre —dijo entonces el notario—; el nuevo sargento les dará su merecido. Viene de Transilvania y, allá lejos, ha podido aprender muy bien su oficio. Hay que romperles las costillas a estos campesinos revoltosos... Si supiera usted, padre, cuántas molestias me causa esa asquerosa gentuza... Lo que quisieran es organizarse e implantar el socialismo. El otro día, uno de ellos entró en mi despacho sin dejarse el sombrero a la puerta; hice que el sargento le ajustara las cuentas y, en esta ocasión, he visto que es el hombre que necesitamos. No le pegó al labriego con el látigo, sino con una zurriaga rellena de ceniza; esto desloma, pero no deja señales. Hoy no se puede utilizar ya el rebenque, porque los campesinos corren enseguida a casa del médico a que les extienda un certificado, y el proceso comienza. El abogado judío les atiende, pues aunque sabe que la ley jamás da la razón al campesino, él, por lo menos, cobra sus honorarios. Y es una suerte que así ocurra, porque los abogados se hacen con todo el dinero de esos piojosos, que si no... Dios sabe lo que ocurriría...

—Nos devorarían —suspiró el cura.

—Yo —continuó el administrador—, continué fiel a mi rebenque; no hay nada mejor. Miren, la primavera pasada vino una comisión a verme para pedir que se quitara el estercolero que hay junto a la casa de los jornaleros, que nos trabajan todo el año; porque, decía el que llevaba

la palabra, las aguas residuales se filtran en la vivienda.

Sin enfadarme, comencé por decirles, que ya que sus padres, abuelos y bisabuelos vivían a gusto en aquella casa en que penetraban las aguas residuales, no había razón alguna para que se modificara el estado de cosas por ellos. Pero entonces el orador me declaró que las cosas habían cambiado un poco ya en el mundo, y lo que ayer era bueno se había transformado en malo en nuestros días. Al oír aquello me enfadé; empuñé el rebenque que tenía sobre mi escritorio y le solté tal golpe al delegado en plena cara, que le rompí dos dientes. Esto les ha dejado mansos como corderos y aún estarían bien tranquilos hoy sin ese vagabundo de Budapest... ¡Pero se les meterá en cintura! ¡Cuando este invierno no tengan qué comer, ya podrán venir a suplicarme que les dé un poco de trigo! Entonces me burlaré de ellos. No tardarán en pagar su rebeldía. Dentro de dos días llegarán a la

aldea segadores eslovacos y esos son menos difíciles que ellos. Esos eslovacos se conforman con el trigo podrido del año pasado; nuestros jornaleros tienen ya los ojos muy abiertos.

—Esta es mi opinión —dijo entonces el notario—; si no conseguimos extirpar a tiempo de sus cerebros esas endiabladas ideas socialistas, seremos arrollados por ellos y nos aplastarán.

El enervamiento que sentía Juan y la atención con que había seguido las palabras de los tres compadres, le habían fatigado mucho. Su cabeza cayó sobre la mesa de la taberna, que trascendía a aguardiente, y cuando unas horas más tarde lo despertó su madre, aun tenía el espíritu embargado por la pesadilla que sufrió durante el sueño; se veía ante el administrador, levantaba su puño amenazador, y luego le aplastaba la gruesa cabeza repugnante.

Imre GYOMSI



Reproducción de un magnífico dibujo de Granjoun publicado antes de la guerra..., pero que no pierde actualidad.

Ayuntamiento de Madrid

¿Disminuye la pequeña burguesía?

CAREZCO de datos completamente actuales. No obstante, no son tampoco tan raros como los que nos muestran quienes niegan que la pequeña burguesía no sólo no decrece, sino que va en aumento.

El escritor del que tomo los datos no se le puede tachar precisamente de socialista. C. S. Fuchs, en su *Economía política*, presenta la siguiente estadística:

INDUSTRIA SIDERURGICA DE ALEMANIA

PERIODO: VEINTICINCO AÑOS ULTIMOS

(DEBE REFERIRSE HASTA 1923)

Al iniciarse el período de cada cien explotaciones, eran pequeñas... ..	62'8	Al iniciarse el período de cada cien explotaciones, eran grandes	18'5
Al finalizar el período de cada cien explotaciones, eran pequeñas... ..	29	Al finalizar el período de cada cien explotaciones, eran grandes	47

ESTADOS UNIDOS

Las explotaciones de más de un millón de dólares (grandes explotaciones) absorbían en el

Año	De cada cien partes de producción
1904	39
1909	44
1914	49
1919	68
1923	66

En esta última estadística el crecimiento de la gran explotación se produce en línea recta, pero esto no es lo general ni lo lógico. Nada de particular tendría que en la marcha de la línea se produjera un retroceso que la contradijera, que la negara. Estas negaciones son muy frecuentes en la historia. Así como el grano de trigo, para seguir existiendo necesita negarse convirtiéndose en espiga, así también la marcha ascendente de la concentración provoca a lo largo de su curso no la negación de la propiedad solamente, sino también y a un lado de ésta, la negación de la concentración. Cualquiera que observe

la fiebre de reformas agrarias que hemos padecido en Europa, comprobará que esto es cierto.

Nadie pretenderá que la absorción de la pequeña burguesía se produzca en línea recta, con movimiento continuo y aun acelerado. Esta interpretación mecánica de los hechos no va con el marxismo. El análisis marxista es mucho más dúctil, más fino, más flexible. «Cala más hondo.»

La desaparición de la pequeña burguesía encuentra en el camino muchas alternativas, cambios bruscos; a veces retrocesos de bulto; otras veces se producen estancamientos. Pero el fenómeno, raudo

en ocasiones, lento en otros, negándose con frecuencia, se produce.

Si se pudiera hacer una estadística en la actualidad, durante la presente crisis, las cifras de esa desaparición de la pequeña burguesía serían aterradoras. El número astronómico de parados que hay en el mundo no lo forman sólo proletarios. Por lo menos en una tercera parte lo componen pequeños burgueses, que añoran vol-

ver a la clase social de que la crisis los arrojó.

A causa precisamente de esta descomposición se ha dado la pequeña burguesía cuenta de que existe, mejor dicho, de que se muere, y quiere detener su proceso de descomposición por medio del fascismo. Una clase no deja de existir sin sostener antes una ruda lucha contra la muerte.

R. MEGIAS



Dibujo de Dunoyer

Ayuntamiento de Madrid

El derecho al aborto

NO de los primeros acuerdos de la Revolución bolchevique, en materia de leyes sociales, fué el conceder a las mujeres el derecho al aborto. ¡Cuántas historias se han inventado para socavar esta benéfica conquista social! Las clínicas son insuficientes para poder atender a tantas mujeres como acuden a ellas; la hacienda sufrirá un grave quebranto por la cuantía económica de estas atenciones; si el hambre diezma la población rusa, el derecho al aborto despoblará las ciudades.

Un nuevo azote, peor que las siete plagas de Egipto, ha nacido con la amoralidad completa de los dirigentes de la revolución.

A pesar de las insidias, aun después de implantado el aborto legal, sigue siendo Rusia el país más poblado y el de mayor coeficiente de natalidad.

Un examen imparcial de la cuestión nos informa sobre los beneficios y consecuencias familiares de esta ley, sin duda alguna condenada por las conciencias más oscuramente burguesas, y cuya apología será atormentada por los ojos de Caín de nuestras autoridades.

Considerando que el cinema es un gran medio de propaganda, los soviets han puesto en circulación una película donde se patentizan los beneficios de esta cruzada higiénica.

En la película rodada por Sovkino, asistimos al proceso de una aprovisionadora de ángeles (en el cielo, sin duda, recompensarán a estas gentes, que se encargan de facturar cada día a un sin fin de ángeles, que entrarán por las puertas de San Pedro en las regiones celestiales) ante un tribunal proletario, compuesto de hombres y mujeres de diversas edades. El público que llena la sala de justicia está compuesto de obreros. El acusador público, también es obrero. Colgado del testero a que da espalda el tribunal, pende un retrato de Lenin, que sonríe como si supiera que el tribunal va a obrar justamente. El argumento de la película es sencillo. Una obrera es cortejada por un guapo mozo. La joven se transforma en querida del galán, con tanta inocencia que necesita de la lectura de un libro educativo para comprender que está encinta.

Dibujos animados muestran la anatomía de los órganos femeninos, la fecundación, el desarrollo del embrión y del feto. Con vencida de su embarazo, decide con su amante acudir a una comadrona que vive en un lugar discreto. La visita, termina mal y tiene necesidad de ser conducida al hospital. Junto a su lecho, un profesor explica a los alumnos los peligros de estas intervenciones mal practicadas: metritis (inflamación), salpingitis (inflamación de la trompa) y esterilidad. La obrera muere a las pocas horas. De nuevo, los dibujos animados explican la causa de la desgracia: la comadrona, al perforar el útero, ha dado origen a una peritonitis mortal.

La comadrona es condenada a cinco años de prisión, en medio de los aplausos del auditorio de proletarios.

La película explica el aborto clandestino frecuentado en los países capitalistas, y cuya perdurabilidad arroja una cuantía en las estadísticas, que asusta: En Nueva York, 80.000; 400.000, en Alemania; 500.000, en Francia. El porcentaje de defunciones se puede calcular en un 4 %.

Por el contrario, en Rusia, no debe haber, ni hay, abortos criminales. Como está autorizado, se practica en las mejores condiciones, además de que las consultas sobre anticoncepcionales ilustran sobre las maneras de evitar la concepción. En la película se indican los beneficios del aborto oficial, practicado en clínicas especiales; la natalidad «racionalizada», la ayuda durante los embarazos, las casas-cuna, con espléndidos jardines; la infancia feliz de los acogidos a la tutela del Estado.

Los resultados de la propaganda hecha por la película han de ser buenos, pero la parte crítica de ella es aplicable a todos los países.

La aplicación de la ley del derecho al aborto, en Rusia, es sencilla. En los países capitalistas, su terapéutica se aplica por razones puramente médicas, pues no se puede interrumpir un embarazo sin que una enfermedad producida o agravada por él amenace la vida de la mujer: una tuberculosis avanzada o una dolencia de corazón, etc. En la U. R. S. S., en indicaciones de los médicos, son admitidas con más facilidades que en otros países, además que

se tienen en consideración también las *indicaciones sociales*, pues toda mujer es libre para «desembarazarse».

En Moscú, existen una veintena de «consultorios anticoncepcionales» donde las mujeres son examinadas, después de llenar unos boletines impresos, donde consignan su estado civil y los argumentos con que fundamentan su demanda.

En cada consultorio hay una Comisión compuesta de tres miembros: tres mujeres; la primera, médico; la segunda, representante del Comisariado de Salud Pública, y la tercera, una funcionaria que hace de secretario. Examinada la demanda, goza la Comisión de plenos poderes para admitirla o rechazarla. Siendo condición indispensable para ser interrumpido el embarazo el que éste sea de menos de tres meses.

Suelen fundamentarse las demandas de aborto en el excesivo número de hijos, fundamento tan social como matemático; en la edad avanzada para seguir dando hijos, y otras, que no los han tenido nunca, aducen que son demasiado viejas para empezar a tenerlos. Cuando la Comisión desestima la demanda, le asiste a la perjudicada el derecho de comparecer ella misma ante el tribunal, para defender su proposición.

Generalmente, acuden a estos consultorios empleadas, obreras y mujeres de trabajadores. Las intelectuales no representan ni un diez por ciento de la clientela de estos dispensarios.

Para disminuir el número de niños abandonados, se han empleado dos medios: obras de protección a la madre y al hijo y la legislación del aborto. Antes de la Revolución se podían contar unos 60.000 niños abandonados anualmente. Hoy, no llegarán a anualidades de 5.000. Pues siempre es preferible no dejar nacer un niño, que abandonarlo una vez nacido. Es menos costoso y menos perjudicial, pues en estas clínicas las mujeres no suelen estar más de cuatro días, sin grandes peligros, siendo los casos de muerte contadísimos. Las estadísticas marcan *uno por cada veinte mil operaciones*.

El aborto, desde luego, no puede ser

nunca un ideal. ¡De ningún modo! Pero, no puede dudarse que sea mejor, el dejarlo practicar por manos inexpertas. Hay regiones en Rusia, en la cuenca del Volga, por ejemplo, donde estas clínicas son innecesarias, pues las mujeres no quieren nunca interrumpir sus preñeces. Se confía poder reducir los abortos, cuando el pueblo ruso aprenda a controlar su fecundidad por el empleo racional de los anticoncepcionales.

A pesar de la ley de abortos legales y de la propaganda de anticoncepcionales, sigue siendo Rusia la nación donde nace más gente. En 1928, por 1.000 habitantes, nacen en Rusia 42; en Francia y Alemania, 19. En 1930, un 40 % en los Soviets; en Francia, 18. Con abortos, no se ve privada Rusia de tener cada año tres millones de habitantes más.

¿Puede suponerse, por esta reseña, que el macho es un sátiro en libertad? Nada de eso.

La madre soltera es protegida y respetada como esposa legítima, pues la madre denuncia al padre de su hijo y éste tiene la obligación ineludible de subvenir las necesidades de ésta durante los nueve meses del embarazo y seis meses después del nacimiento. El padre paga, hasta que su hijo tiene dieciocho años, una pensión igual a la mitad del «mínimum vital» establecido según las regiones. La madre paga la otra mitad. Si los padres no pueden satisfacer esta pensión completa, el Estado paga la diferencia.

La madre disfruta de una licencia de dieciséis semanas cobrando el salario completo. Al nacer el niño, recibe el salario de un mes para las primeras atenciones y un *trousseau*. La asistencia médica es gratuita.

El niño, para la ley soviética, es el primero siempre, pues todos los sacrificios que se hacen en la actualidad son para asegurar el futuro radiante.

El canto de piomeros dice así:

Se iluminan las noches azules.
Somos los hijos de los obreros...
Su era más radiante se acerca...

Hugo PEGUJAL

Notas de libros

Origen y desarrollo del trabajo humano, por Jorge Fr. Nicolai. (Biblioteca de Estudios, Valencia.)

Nicolai —el «gran europeo» de Rolland— pertenece a esa categoría de beneméritos de la cultura, que han sacado a la ciencia de su reducida e inaccesible torre de marfil, universalizándola y convirtiéndola en alimento asimilable de todos los espíritus. Este pequeño libro que acabamos de leer lo prueba eficientemente. Su contenido, de sustancia empírica, aparece, mediante una sencillez expositiva insuperable (que, a veces, redundaba en detrimento del estilo y del lenguaje, aunque esto, en su caso, no importe gran cosa), perfectamente esclarecido y comprensible, de manera que, aun a falta de un cierto grado de preparación filosófica, aun carente de toda predisposición analítica, cualquier cerebro aprehende sin esfuerzo su desarrollo y conclusiones.

Estudia Nicolai el proceso histórico del *Trabajo humano*, partiendo del bíblico «ganarás el pan» (no como reconocimiento de autenticidad de la maldición divina, sino como «signo convencional»), como hito inicial en el sendero prehistórico, y define e interpreta certeramente las distintas fases evolutivas del esfuerzo muscular, como generador (en cooperación con multitud de vicisitudes cósmicas y fisiopsicológicas) del esfuerzo cerebral, expresión perfecta del verdadero trabajo humano.

Analiza luego lo que pudiéramos llamar la lucha del nervio con el músculo (equilibrada, en cierto sentido, en las generaciones actuales), de cuya pugna espera ver salir triunfante al primero en una humanidad futura de apoteosis psíquica y total remisión física, desde el punto de vista del físico determinante, agente; no del físico coadyuvante, eficiente.

Materias tales, que, por su índole, habrían de resultar eminentemente áridas, aparecen aquí revestidas de una rara amenidad, gracias al ya referido sistema expositivo de Jorge Fr. Nicolai.

Sebastián Roch (*La educación jesuítica*), por Octavio Mirbeau, y **Secretos del convento**, por Sor María Ana de Gracia. (Biblioteca Estudios, Valencia.)

Al mismo tiempo que el libro de Nicolai, llegan a nuestras manos otras dos obras que la Biblioteca de Estudios, de Valencia, acaba de dar a la luz en su novísima edición.

No creemos del caso comentar ambos libros, universalmente conocidos por ediciones anteriores.

Pero sí hemos de hacer resaltar la loable labor divulgada que su reaparición significa. Por otra parte, no es ello novedad, tratándose de la Biblioteca de Estudios, que ha echado sobre sí la tarea de contrarrestar los efectos de otras «productoras»

de libros consagradas a lo baladí, cuando no al esperpento pseudocientífico.

Sirva esta mención como estímulo para que la renovadora editorial valenciana prosiga en su labor meritoria, por la que tantos triunfos ha logrado ya y tantos otros le esperan.

El sexo y sus manifestaciones históricas, por William J. Fielding, versión castellana de Eloy Muñiz («Cuadernos de Cultura», Madrid, apartado 454.)

Prosigue esta publicación quincenal su benemérita labor educativa y de documentación; y podríamos decir que esta continuidad, mantenida a despecho de dificultades de todo género, es una progresión ascendente, ya que cada Cuaderno que aparece, por la índole de las materias predilectas de esta colección, es una superación del antecedente.

El número 83, que tenemos a la vista, cuyo título figura al principio de esta nota, es un concienzudo estudio en que, con rara habilidad, se aúnan lo ameno y lo erudito.

A pesar de lo reducido del volumen, quedan en él tratados profusamente, con abundancia documental enciclopédica, temas de envergadura tal como el simbolismo sexual en la religión; los fundamentos históricos del simbolismo sexual; el simbolismo sexual en la prehistoria, etc., etc.

Enriquecido con textos de los principales investigadores y exégetas del mundo, como Rawlinson, Lee Alexander Stone, Payne Knigh, Hylsop, etc., el número 83 de «Cuadernos de Cultura» ofrece a los ávidos de la cultura sexual, que actualmente constituye tema de universal atención, una fuente de conocimientos básicos difícilmente superable.

El hijo ajeno (Agencia General de Librería, Montevideo), y **Tan-gó** (Impresora Uruguaya, Montevideo), por Carmen Piria.

Hay amor en estas dos novelas de Carmen Piria. Pero no es el amor enfermizo del romanticismo —en su acepción asimismo morbosa—, sino el amor viril —viril aun en la sensibilidad femenina— de la nueva generación. Amor, por otra parte —desde un punto de vista técnico— episódico, que no es el eje de la acción, ni en *Tan-gó* ni en *El hijo ajeno*, sino uno de tantos radios, tan importante como el que más y como el que menos. Tal vez resulte esto un poco paradójico; quizá parezca un juego —vacío— de palabras. Pero es que en la novela, como en la vida, es a veces un detalle nimio la determinante de toda una desviación, decisiva, de la línea general.

Y las novelas de Carmen Piria, de las que la fantasía huye a empellones de lo real, son como cronicones de existencias, como biografías de seres

anónimos, pero, en definitiva, seres, tan importantes, tan humanamente históricos, como cualquier personalidad de Ludwig, por ejemplo.

América, la América española —que, con razón se irguió, por boca de los martinieristas, contra De Torre, cuando éste quiso trasladar su meridiano intelectual—, ha producido y está produciendo una subespecie —digámoslo así— de escritores, escritoras en su mayoría, que han echado sobre sus hombros la no fácil tarea de renovar la novela castellana. Modestamente, silenciosamente, sin alardes: huyendo lo mismo, *equidistándose*, de Cervantes que de los marinettistas.

A este género de nueva novela, de novela de las cosas, de la influencia de las cosas (en que la circunstancia es el protagonista y el ser humano un simple reflector), pertenecen *Engranajes*, *Jaque Mate*, *Mosk-Strom* —de Rosa Arciniega— y estas dos: *El hijo ajeno*, *Tan-gó*, de Carmen Piria.

Cito a Rosa Arciniega, hispanoamericana y novelista, porque no he podido menos de recordarla leyendo a Carmen Piria. No es una comparación, pues, sino un punto de referencia.

La carreta (novela de «quitanderas» y vagabundos), por Enrique Amorim. (Colección *Claridad*, Buenos Aires.)

Enrique Amorim es el autor de *Horizontes y bocacalles*, de *Tráfico*, de *La trampa de Pajonal...*; pero es, sobre todo, el autor de *Tangarupá*. *Tangarupá* (Buenos Aires, 1923) habría bastado para catalogar a Amorim entre los costumbristas más genuinos de la literatura americana y para elevarlo a la categoría de los *preocupados*, socialmente hablando. La *preocupación* social, el afán de hacer obra sana y provechosa —afán y preocupación tan raros en el literato cien por cien, generalmente obsesionado por la *forma* y, por ende, desentendido del *fondo*— se manifiesta en Amorim a través de toda su producción artística, y culmina en *Tangarupá*, en donde el problema sexual es todo y el *folklore* se desliza bajo la tesis como un subrayado ambiental.

Ahora Amorim ha dado a la luz una nueva novela: *La carreta*. Hemos hablado de su anterior novela grande —el resto de su obra lo constituyen cuentos y poesías—, porque ésta, *La carreta*, es como si dijéramos «el otro aspecto» de aquélla. Aquí, como allí, el problema sexual —el problema eminentemente actual— invade el área de acción, pero planteado en términos distintos; por eso el Amorim de *La carreta* no es el Amorim «pobre, áspero, inmenso en su dolor, árido y seco» que retrata Welker, sino, precisamente el otro, el Amorim que exhibe, tras un prisma de localismo, los «flores pintorescos del pericón» y las «gracias de los gauchos dicharacheros o las chinas coquetonas y felices» —el Amorim que el propio Welker echaba de menos—. Si *La carreta* no posee todo el valor social que habría derecho a esperar de un literato joven y trascendental a un tiempo, en cambio posee el mérito de la honradez del escritor de

vocación que no produce lo mejor cotizable, sino lo más eficiente. Y otro mérito: el de haber sabido, ya que no llegar a lo filosófico, ir más lejos de lo insustancial.

Haz, poemas, por Aristeo Martínez Aguilar. (Editorial «Boi», Méjico.)

Ante un poeta lírico —lírico subjetivamente y, también, objetivamente, porque hay un lirismo endémico por el que lo objetivo queda subjetivado, colorado con el iris de un prisma personal—, la crítica debería siempre encogerse de hombros o, a lo sumo, contemplar desde un plano exclusivamente sensorial, de espectador del pueblo.

Así, tras la lectura de *Haz*, en conjunto, o de cada una de las *espigas* —inmaduras y prematuras algunas— que lo forman, sólo cabe decir que nos agradan o no.

Hablar de la técnica de Aristeo Martínez de Aguilar es imposible, porque ni él, ni ninguno de los poetas que se han echado a andar por su sendero, poseen lo que se llama una técnica. Su manera de hacer no sólo está sin codificar, sino que es incodificable. Tanto mejor o tanto peor, según la sensibilidad y concepción individuales.

Lo interesante en estos casos es ser poeta, y Martínez de Aguilar lo es. Más poeta cuanto más sincero. Poeta auténtico en *Milpa*, en *Madre*, en *Polvo del camino* (*En la noche negra de mis cabellos—ha llegado el invierno—con sus escarchas—fili-formes*), en *Jardín* y, sobre todo, en *Haz* (la composición que da título a su libro):

*Haz de dolores
y alegrías.
Cosecha del camino:
espigas ya maduras,
segadas por mi mano
en la amplia
sementera
del destino.*

En otras, el poeta sucumbe ante el observador que, afortunadamente, es un observador gómezseriano, hasta el punto de que nada tiene que envidiar a la mejor «greguería», esta observación que, por otra parte, no está, aunque lo pretenda, escrita en verso:

*Las pinturas se han escapado
de las tiendas
y bailotean
un fox-trot en las caras
de las muchachas.*

En definitiva, *Haz* «nos agrada». Y nos agrada aun más por sus atisbos literarios que espontáneamente asoman tras algunas de sus composiciones, tales como *Soldado* y *Papelero*.

GRÁFICAS REUNIDAS.-Grabador Esteve, 19, Valencia

B I B L I O T E C A

ORTO

Dirección: Apartado de Correos 454, MADRID

EL SINDICALISMO (Historia-Filosofía-Economía), por *Marín Civera*.—3 pesetas.

PATERNIDAD VOLUNTARIA (Guía práctica de los medios para evitar el embarazo), por *Hildegart*.—2 pesetas.

PLAN FINANCIERO QUINQUENAL DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA, por *José López Tomás*.—5 pesetas.

TEATRO DE MASAS, por *Ramón J. Sender*.—2 pesetas.

JESUITISMO Y MASONERIA (Dos ideales opuestos), 250 páginas, por *Matías Usero Torrente*, ex sacerdote misionero católico.—4 pesetas.

SEXUALISMO REVOLUCIONARIO (Amor libre), magníficamente presentado, por *E. Armand*.—2'50 pesetas.

COMO ACTUABAN LOS BOLCHEVIQUES EN LA CLANDESTINIDAD (traducción directa del ruso por *A. Nin*), *Krasin*, *Bogomolov*, *Guerchandovich*.—4 pesetas.

1945. EL ADVENIMIENTO DEL COMUNISMO LIBERTARIO (Una visión novelesca del porvenir), por *Alfonso Martínez Rizo*. 2 pesetas.

LA ULTIMA VICTIMA DE LA INQUISICION (El maestro de Ruzafa, Cayetano Ripoll), por *Julio Noguera López*; ilustraciones de *Rivadulla*.—2 pesetas.

PERVERSIONES SEXUALES (El instinto sexual y sus manifestaciones mórbidas), por el *Dr. Benjamín Tarnowski*. Con un extenso prólogo, traducción y láminas de la señorita *Hildegart*. Epílogo del *Dr. Havelock Ellis*. Con abundantes fotograbados, en couché, de todos los homosexuales célebres en la Historia.

EL AMOR DENTRO DE 200 AÑOS, por *Alfonso Martínez Rizo*.—2 pesetas.

COMO SE CURAN Y COMO SE EVITAN LAS ENFERMEDADES VENEREAS, por *Hildegart*. Con ilustraciones.—4 pesetas.

EL PROLETARIADO ANTE EL SEXO, de *N. Tarassov*. (El derecho al aborto. El aborto legal y clandestino).—1 peseta.

«EL CAPITAL», DE CARLOS MARX, AL ALCANCE DE TODOS, de *Carlo Cafiero*. Prólogo de *James Guillaume*.—2 pesetas.

LIBERTINAJE Y PROSTITUCION (*Grandes prostitutas y famosos libertinos*), por *E. Armand*. Una obra sensacional acerca la influencia del hecho sexual en la vida política y social del hombre. Ilustrada con numerosos grabados y fotografías.—10 ptas.

PROSTITUCION, ABOLICIONISMO Y MAL VENEREO, por el *Prof. Luis Huerta*. Una obra de palpitante actualidad para todo aquel que quiera enterarse del estado actual de la prostitución en España y en el mundo; la reglamentación, el abolicionismo, la trata de blancas, etc.—4 pesetas.

EL COMUNISMO LIBERTARIO Y EL REGIMEN DE TRANSICION, por *Christian Cornelissen*. La organización de las industrias bajo la dirección de los Sindicatos obreros; distintas maneras de apreciar el problema monetario; la organización de la agricultura; justicia y policía en una sociedad comunista; el arte, la moral, etc, etc.—2 pesetas.

LAS RELIGIONES DEL MUNDO DESENMASCARADAS, por *Matías Usero Torrente*. Un tomo de más de trescientas páginas, en las que el autor pasa revista y compara todas las religiones, a la luz de la ciencia y con un criterio modernísimo. Los grandes conocimientos del autor —ex sacerdote misionero católico— y su larga experiencia religiosa hacen de este libro algo indispensable en la biblioteca del hombre libre.—5 pesetas.

Ultimos **CUADERNOS DE CULTURA** publicados:

N.º **80.** **¡Esclavos! (Notas sobre el África negra)**

Por GUILLERMO CABANELLAS - Precio, 0'60 ptas.

N.º **81.** **El hombre y sus antepasados**

Por CARROLL LANE FENTON - Precio, 0'60 ptas.

N.º **82.** **El híbrido del hombre y el mono**

Por el Profesor ALFONSO L. HERRERA - Precio, 0'60 ptas.

N.º **83.** **El sexo y sus manifestaciones históricas**

Por WILLIAM J. FIELDING. - Precio: 0'60 ptas.

N.º **84.** **Cristo y su tiempo (Vida y martirio de un hombre libre)**

Por E. RUIZ ARTAJONA. Precio: 0'60 ptas.

OBRAS DE HILDEGART

(Editadas por la Biblioteca **ORTO**

Apartado 454, MADRID)

Paternidad voluntaria (Guía práctica de los medios para evitar el embarazo)

Con profusión de grabados. - 2 pesetas.

Perversiones sexuales (El instinto sexual y sus manifestaciones morbosas)

Con abundantes grabados, en couché, de todos los homosexuales célebres en la Historia. - 2 pesetas.

Cómo se curan y cómo se evitan las enfermedades venéreas

Con ilustraciones. - 4 pesetas.

Sexo y Amor (agotada).

La Revolución sexual

Ayuntamiento de Madrid